

✠:  
VIDA, Y VIRTUDES  
DE EL VENERABLE,  
Y APOSTOLICO PADRE  
JUAN DE UGARTE  
DE LA COMPANIA DE JESUS,

Missionero de las Islas Californias,  
y uno de sus primeros  
Conquistadores.

ESCRITA POR EL P. JUAN JOSEPH  
*de Villavicencio de la misma Compañia,*

QUIEN LA DEDICA  
A el Grande, y Admirable  
Apostol de el Oriente San  
Francisco Xavier.

*Impressa, con las licencias necessarias, en Mexico, en  
la Imprenta del Real, y mas Antiquo Colegio de San  
Ildefonso. Año de 1752.*

# DEDICATORIA.

**E**L QUE NO RECONOCE los grandes beneficios, y hecha en olvido los favores, à mas de incurrir en la torpe nota de ingratitud vituperable, se hace, como dice Tertuliano, reo de la beneficencia, que dispensó largamente las mercedes: *Humana gens illius beneficentia rea est, cuius ingrata.* Text. in Apológ. cap. 40. Grande es, esclarecido Apostol, y amado Padre mio San Francisco Xavier, el beneficio, que os debo: pues à vuestra poderosa Intercession debo el vivir. Ya tyrana la muerte con su fiera gradaña me amenazaba el golpe: ya estaba la cruel Parca para cortar el hilo de mi vida, y yo en lo humano desesperado de remedio: más era insensible tronco, ó yerto cadaver, que viviente. Entonces quando la fuerza de la maligna fiebre me tenia ocupadas las potencias, y havia embargado los sentidos, entró por mis puertas vuestra bellissima imagen, que es con mucha razon la veneracion, y el encanto.

canto del Real Colegio de San Ildefonso, donde ha obrado, y obra grandes maravillas, y al entrar, aun siendo assi, que yo estaba enagenado de mí proprio, reconocí el soberano huésped, que me favorecia, y despues, que la malignidad de la fiebre un tanto remitió su furia, y tuve yo algun conocimiento, no podia fixar en la santa Imagen los ojos, sin que por ellos se liquidara el corazon en copiosa avenida de tiernísimas lagrimas. Nunca he dudado, Santo mio, que por vuestra piadosa intercession escape de tan terrible aprieto, y manifesto peligro: y assi vivo, y siempre viviré reconocido á vuestra soberana proteccion, y el no confesarlo assi, seria reprehensible ingratitude, muy ofensiva á vuestra singular beneficencia, que me hiciera yo digno de la sensible pena de no volver á experimentar los efectos de vuestra clemencia admirable.

Sé muy bien, gloriosísimo Apostol, que debiera haveros mostrado mi agradecimiento en empeñarme cuidadoso á pro-  
cu-

curar imitar vuestras virtudes, y abrasado zelo de la gloria de Dios, y bien de las almas; pero con bastante confussion de mi tibieza, reconosco, que no he sabido desempeñar la obligacion en que me puso vuestra singular piedad. Pero ya, que en esto (que era lo que mas apreciarais) no he mostrado mi gratitud, para manifestarla en algun modo, os ofrezco rendido, y os consagro el tal qual trabajo, que he tenido en escribir la vida, y virtudes del Venerable, y Apostolico Padre Juan de Ugarte, que supo seguir vuestros passos, tomar vuestros exemplos, é imitar vuestras gloriosas empreßas, para convertir á Dios una numerosa gentilidad, y reducir á bien vivirá muchos pecadores. Recivid Santo Apostol este corto tributo de mi agradecimiento, y alcanzad del Señor, que la leccion de esta vida sea para encender en los corazones de todos los ministros Evangelicos, un ardiente zelo del bien de las almas, para que crezca el numero de los que han de cantar perpetuas alabanzas á la incomprehensible Magestad de Dios Trino, y Uno por toda la eternidad en la gloria. \*

**PARECER DEL P. ANDRES**  
de *García* P<sup>reposito</sup>, Vice-Provincial de esta  
Provincia de *Nuevas-España*, Professo de la  
*Compañía de Jesus*.

Excmo. Sr.

Obedeciendo al precepto de V. Exc. he leído con toda cuidada  
la *Vista* del Venerable Padre *Juan de Ugarte* de nuestra  
*Compañía de Jesus*, Misionero de la *California*, escrita por el Pa-  
dre *Juan de Villavicencio* de la misma *Compañía*, y no he notado  
en ella cosa alguna, que sea contraria à nuestra santísima, buenas cos-  
tumbres, y Regalías de su Magestad; antes la juzgo muy útil y en  
la comun edificación, y provecho de los que la leyeron, y que les  
virá de aliento à los operarios Apostolicos, que se emplean, así en  
la conservación de la fe en los Neophitos, como tambien en la  
conversión de la mucha gentilidad, que habita en los confines, po-  
zo conocidos, ó del todo ignorados, de estos vastos Dominios de  
su Magestad. Por lo qual puede V. Exc. dar la licencia, que se pi-  
de, para que se de à la prensa, y salga à luz. Así lo juzgo salvo &c.  
En esta Casa Professa de la *Compañía de Jesus*. En 26. de Agosto  
de 1752.

Excmo. Sr.

B. L. M. de V. Exc. su seguro Servidor, y Capellan.

IHS

*Andrés Xavier García*

PARECER DEL PADRE FRANCISCO  
Zevallos Profeso de la Compañia de Jeros.

Sr. Provisor.

D<sup>o</sup> orden de V. S. he visto con gustosa atencion la Vida del Venerable Padre Juan de Ugarte, escrita por el el Padre Juan de Villavicencio de nuestra Compañia; con acierto tan feliz, que ha conseguido darnos en pequeño volumen cabal la Imagen de un Gigante. Asi creo se puede con razon despedir el sugeto de esta historia, en quien la magnanimidad de corazon, la grandeza de los talentos naturales, y las virtudes insignes, formaron un Héroe superior à todos los elogios. Nada parecia imposible à su animosidad, que alentada de tu ardiente zelo, allandò las dificultades al juicio humano, insuperables, que retardaban la Conquista espiritual de la California, en cuya reduccion insistió incansable *in labore, & erumpit, in vigilijs multis, in fame, & siti, in jejunijs multis, in frigore, & nuditate.* 2. ad Cor. cap. 11. Hatto convertida la sudeza de aquel barbaro pays, en florida viña del gran P. de Familias Christo Señor nuestro. Siendo el Padre Ugarte el Prometheo, que con la antorcha del Evangelio animò aquellas gentes, infundiendo en ellas el espiritu, y vida verdadera. Las huellas, que de xò estampadas siguen al presente los Evangelicos operarios, que con tanta gloria de Dios se ocupan en el cultivo de aquella trabajosa labor, à los quales juzgo seràn los exemplos de este Varon Apollolico de grande aliento, y estimulo para la prosecucion de sus laboriosas tareas. Por esto, y por no contentar cosa alguna, que desdiga de la pureza de nuestra santa fé, y buenas costumbres, soy de parecer, *salvo melioris,* que el libro diga de la luz publica. Colegio de San Pedro, y San Pablo, y Noviembre 15. de 1759.

Sr. Provisor.

B. L. M. de V. S. su mas afecto Servidor, y Capellan,

†  
1135

Francisco Zevallos.

## Licencia del Superior Gobierno.

**E**L Excmo. Señor Don Juan Francisco de Guemes, y Harcastras, Conde de Revilla Gagedo, Gentil Hombre de la Camara de su Magestad, con entrada, Teniente General de los Reales Exercitos, Virrey y Gobernador, y Capitan General de esta Nueva España, y Presidente de su Audiencia, y Chancilleria, &c. concedió su licencia para la impresion de este Libro, visto el parecer del Padre Andrés Xavier Garcia, de la Compañia de Jesus, como consta por Decreto de 7. de Septiembre de 1752.

*Rubricado de su Excelencia.*



## Licencia del Ordinario.

**E**L Señor Doctor Don Francisco Xavier Gomez de Cervantes, Cathedratico Jubilado de Prima de Sagrados Canones en la Real Universidad de esta Corte, Prebendado de esta Santa Iglesia Cathedral, Examinador Synodal, Juez Provisor, y Vicario General de este Arzobispado, &c. concedió su licencia para la impresion de este Libro, visto el parecer del Padre Francisco Zevallos de la Compañia de Jesus, como consta por Auto de 7. de Septiembre de 1752.

*Rubricado de su Ilustrissima*

# Licencia de la Religion.

**A**NDRES XAVIER GARCIA DE LA COMPAÑIA de Jesus, Preposito de esta Casa Professa de Mexico, Vice-Provincial de esta Provincia de Nueva-Espana. Por la facultad, y potestad, que para esto me es concedida de N. P. Ignacio Vizconti, General de nuestra Compania de Jesus. Por la presente doy licencia al Padre Juan de Villavicencio Professo de nuestra Compania, para que pueda imprimir la Vida del Padre Juan de Ugarte, que ha escrito; por haverla visto personas doctas de nuestra Compania, à quienes la cometi, y no haver hallado cosa digna de censura. En fee de lo qual di esta firmada de mi nombre, sellada con el sello de mi officio, y referendada por mi Secretario. En Mexico, en 15. dias del Mes de Noviembre de 1752. años.

✠  
IHS

Andrés Xavier Garcia.

✠  
IHS

Ignacio Xavier Hidalgo

Pro-Secr.

✠

## Prologo al Lector.

**E**S ACERTADA MAXIMA DEL PRUDENTE Horacio, que qualquiera, que se resuelve á escribir, antes de hacerlo, mida con madura, y muy atenta consideracion, con sus fuerzas, la materia, que entre manos toma, y examine su peso para vér si son sus ombros capaces de llevarlo: Horat. de arte Poetic. *Sumite materiam vestris, qui scribitis equam :: viribus, & verjate diu. quid ferre resusent :: quid valeant humeri.* De este prolixo examen se sigue, que quien emprende tratar lo que no excede los limites de su ingenio, puede con ordenada facundia dar esplendor, y grande lustre á la obra, de que se encarga: *Cui lecta poterit erit res, ne facundia deseret hunc, nec lucidus ordo.* Como por el contrario, quien pretende llegar adonde no alcanza, se hallará metido en un estrecho, de donde le obligue la verguenza á retirar el pie. Al atender yo los desmedidos elogios con que uniformes alaban, y sin faltar engrandezen el conjunto raro de escogidas prendas, las virtudes heroicas, y proezas admirables del Venerable, y Apostolico Padre Juan de Ugarte; quantos lo conocieron, y trataron; á el leer los informes, que dan de su ardiente zelo, y gloriosos trabajos los que fueron testigos de lo mucho, que hizo, y trabajó por la gloria de Dios, y bien de las almas; por lo qual sujetos de mucha madurez, y religiosidad, lo llaman á boca llena Apostol. le dan el honroso titulo de Atlante Californio, el incluyto renombre de norma, y exemplar de Misioneros perfectos; y lo peñan en abastecido, no solo de virtudes, sino tambien de todas dotes naturales, que puede con

zon aplicarsele lo que dixo Proporcio hablando de la úni-  
guis Roma: *Natura hic posuit quidquid ubique fuit.* A el  
vser, digo, y hacerme cargo de todo esto, no fue menes-  
ter mucho para conocer, que el historiar su vida, y virtu-  
des, era empreña muy superior á mis cortísimos talen-  
tos; y que para un Heroe tan insigne se necessitaba mu-  
cho mas delicada pluma, que la mia; pues era necessario,  
que perdiesen mucho de su esplendor sus obras grandes,  
entre las opacas sombras de mi tosco, y nada pulido estí-  
lo. Esto reconocí, y esta alegué por excusa para no escri-  
bir la vida de este Varon tan admirable, quando se me  
intimó el orden de que lo hiciesse; pero no admirandote  
mi excusa, emprehendi la obra, que excede á mi corta  
capacidad, confiado en que no habrá quien tenga por osá-  
da temeridad el emprehenderla, quando el hacerlo, es  
solo por manifestar el rendimiento de obediente. Es po-  
co lo que yo he discursado por los amenos campos de la  
eloquencia; y así me hallo muy escaso de flores para  
adornarla. Los vuelos de mi pluma son muy cortos para  
seguir á este Varon admirable sus passos Apostolicos;  
pero para que no le heche menos todo, he procurado,  
quanto he podido, averiguar la verdad de los successos, y  
quanto escribo es sacado de las relaciones, que han dado  
lugeros muy religiosos, y veridicos, que han ilustrado.  
y aun ilustran esta nuestra Sea Provincia. Con esto queda  
preocupado el concepto, que se puede formar de ser hy-  
perboles, ó exageraciones de muchas, algunas de las co-  
sas, que se refieren del Apostolico Padre. El llamar he-  
royas sus virtudes, como tambien el referir algo, que se  
diga milagro, ó prophacia, en ningun modo es con in-  
tenc

ñension de prevenir al juicio de nuestra Santa Madre  
Iglesia, ni pretender mas, que una fé humana, fundada  
en el dicho de hombres prudentes, y de conocida virtud.  
Quiera la divina Magestad, que la leccion de esta vida  
sea para excitar en muchos el deseo de imitar un zelo  
tan ardiente, y fervoroso del bien de las almas, para alen-  
tarse à trabajar mucho, y sollicitar por todos modos el ex-  
tender, y propagar la mayor gloria de Dios.

Vale.

VIDA,



**VIDA, Y VIRTUDES**  
 DEL VENERABLE, Y APOSTOLICO  
**PADRE JUAN DE UGARTE**  
 de la Compañia de Jesus, Missionero en  
 las Islas Californias, y uno de sus prime-  
 ros Conquistadores.

*CAPITULO I.*

*Patria, Padres, y educacion en sus primeros años  
 del Venerable Padre Juan de Ugarte.*

**N**ACIÓ EL PADRE JUAN A 22 DE JU-  
 lio del año de 1662. y parece que fué feliz  
 horoscopo de su ardiente caridad el tener por  
 día natalicio el que lo es de la fervorosissima amante, y  
 fiel Discipula del Señor Santa Maria Magdalena. Re-  
 nunció para Dios en la saludable fuente del bautismo el  
 día 7. de Agosto del mismo año. Fué su Patria un lugar  
 de la Provincia de Honduras, llamado San Miguel Te-  
 guisajalpa, quien puede gloriarse ciertamente mas bien  
 que de los metales preciosos, que rinden sus ricos mine-  
 rales, de haver dado à luz un Varon, cuyo ingenio de  
 oro,

oro, y talentos incomparables lo hizieron apreciar de todos, y él con sus heroicas empreſas, y glorioſos trabajos renovó los dorados ſiglos de los Apoſtoles. Fueron ſus Padres D. Juan de Ugarte, y Doña Anna Maria de Bargas, perſonas, que à mas de ſer muy chriſtianas, y piadoſas, eran de ſangre muy limpia, y noble calidad. Tuvieron abundancia de los bienes que llaman de fortuna, y la Divina Mageſtad fecundó ſu nupcial talamo con tan copioſo fruto de bendiccion, que llegaron à quinze los hijos que tuvieron. De eſtos à mas del Padre Juan, dió tambien ſu nombre, y ſe aliſtó en nueſtra Compañia el Padre Pedro de Ugarte, quien aſſimilmo trabajó glorioſamente, y con ſu ſudor, y fervoroloſos aſanes ayudó à fertilizar los campos eſteriles de la gentilidad en las Californias à los principios de ſu conquista, y despues en la Provincia tuvo un porte muy juycioſo, edificativo, y ajuſtado. Tuvieron ſus Padres de nueſtro Juan ſingular eſmero en la educacion, y buena crianza de ſus hijos, procurando no ſolo imponerlos en las imporrantíſſimas maximas de chriſtidad, y temor de Dios, ſino tambien enſeñarles à tener reſpectos, y procederes honrados, y caballeroſos. De ſde muy niño comenzó Juan dar eſpecifico de lo que havia de ſer, y conjeturando ſus pacientes que havia de ſer grande hombre, por lo que eſtando, aun en edad tan tierna le reconocian, unos otros ſe decian lo que ay à los Montañezes de Judea en el nacimiento del ſagrado Baſtiſta. Luc. 1 & 66 *Quis puer iſte erit?* Que ſerá de eſte niño, que tantos juicios manieſta de que ſerá grande? Y con razon pre-

dieron a añadir: *Etenim manus Domini erat cum illo*, que con especialidad lo dirigia la poderosa mano del Señor, y lo guardaba, para que teniendo el nombre del Precursor, no le faltasen las obras siendo ardiente luminosa antorcha, que havia de derretirle, y consumirle por dar la brillante luz del Evangelio a las gentes ciegas, que habian sabido las mas incultas, y remotas regiones.

Viendo los parientes de nuestro Juan los fondos de capacidad nada vulgar, los talentos no comunes, que aun siendo niño tierno descubria, clamaban a su Padre, que lo guardasse para el adelantamiento de su casa, y para darle aumentos de lustre, y esplendor. Pero es buena prueba de lo muy christiano, y piadoso, que era este Caballero, que conociendo muy bien el inestimable tesoro que tenia en su hijo, y las prendas de este, aun desde entonces sobresalientes; por lo mismo determinó hazer de él sacrificio, ofreciendolo a Dios en el estado Ecclesiastico. Generosidad de animo verdaderamente grande, y digna de alabanza, y que no se vé con mucha frecuencia en el mundo, pues ansiosos de ordinario los hombres de llevar adelante sus familias con los mayores lucimientos, suelen por quedarse con aquellos hijos, que juzgan mas preñados, y talentosos, y solo quieren dar el deshecho a Dios, ofreciendole aquellos que tienen por mas inútiles, y para poco.

Siendo el niño Juan de edad de siete a ocho años, lo pidió a sus Padres, enamorado de su linda indole, y amables propiedades, un Tio suyo hermano de su Madre, para llevarlo a sus haciendas, que las tenia bien opulen-

lentas, y quietas, con el designio de que se fuesse indostriando en el manejo de ellas, y aprendiendo á gobernar con acierto, y acertar con prudente economía lo que por fin havia de venir á ser suyo, pues era su animo el que lo heredasse, puesto que por ser Clerigo no tenia otros herederos. Concedieron los Padres el que fuesse Juan con su Tio, pero siendo alli que la libertad del campo ofrece dilatado espacio para los juegos, y entretenimientos pueriles, y el manejo de los caballos, y otras trabezas que alli puedes lograr, les son á los niños tan agradables, quanto por el contrario les es en estrecho pedregado, y molesto el trabajo de cultivar el animo con el estudio, nietho Juan, comenzando desde pequeño á tener miramientos, y reflexas de hombre maduro, tuvo en mas la cultura del ingenio, que la de la tierra, y como lo tenia Dios destinado para saber mucho, se ajustó con la practica al dictamen del sabio que dió mas peso en su estimacion á la labiduría, que á las riquezas, y tanto, que á estas reputó por nada en comparación de aquella: *Dicitur nihil esse duxi in comparatione illius.* Sap. 7. y 8. En nada reputó nuestro Juan la quantiosa herencia, que le esperaba, ni la libertad operetida de la vida campeña le parecia agradable como podia ser á otro qualquiera, que no oviera sus alcances; antes bien clamó, y con instantes supplicas pidió á su Tio, que lo embiasse á estudiar, alegando para el buen despacho de su peticion, que su deseo era de ser tambien Ecclesiastico. Juntos estos sus ruegos con los designios de su piadoso Padre de ofrecerlo á Dios, vinieron en darle gusto, y condesciente lo que pedia, y justamente demandaba.

JUAN DE UGARTE  
CAPITULO II.

7

*De sus primeros estudios, y vocacion á la Compañia.*

**R**ESTITUIDO EL NIÑO A SUS PADRES, determinaron estos despacharlo á Guazetmala para que diera principio al estudio de la Latinitad. Mas el solícito, y cuydadoso Padre, no queriendo fiarse de otros, fué en persona á dexar á su hijo, para encomendarlo por si mismo el Maestro, y proveérle polada correspondiente á su calidad. Púolo en la casa de una Señora muy principal de allí, donde dexó las necessarias providencias para el decente trato de el estudiante. Empezó Juan á frequentar las aulas de la Compañia, y entendió la molesta, y larga tarea de los estudios, con un grande fervor, que su aplicacion al estudio era igual á su capacidad extraordinaria. Para tener tiempo bastante para estudiar, sacudiendo muy de mañana las pesadezas del sueño, de que tan dificultosamente se sacuden de ordinario los niños, era muy puntual en madurar. Y como assi para discurrir, como para abrir las puertas era necesario, que se levantasse alguno de los criados, solia decir por chiste la Señora de la casa: este Niño con sus madrugadas me hade enfermar toda la familia: y al mismo tiempo se valia del empeño de Juan para excitar la pereza, y desapplicacion de un hijo suyo, que iba tambien al estudio, á quien solia decir: *Note averguñar de ver su perezoso, y aplicacion de este Niño?* Esta aplicacion, y re-

En tan constante en el estudio era en nuestro Juan propio efecto de su animo generoso, y de aquel noble pundonor, que fue siempre admirable en él. Se empeñaba tanto en el estudio, no solo porque no le llevassen ventajas en el aprovechamiento sus condiscipulos, sino tambien, como solia decir con gracia, porque no le perdieran el respeto con algun castigo. Quanto era, aun entonces la honradez.

Con tan sollicito de veló, y cuydado de aprovechar, junto con los fondos de su ingenio, hezia progresos muy notables, y en corto tiempo se halló no solo buen Gramatico, sino tambien consumado Humanista, Poeta, y Rhetorico, mereciendo los mayores elogios, y aclamaciones entre sus condiscipulos, y consiguiendose la mas sabida estimación, y aprecio de sus Maestros. Ni solo anhelaba por aprovechar en las letras, sino que procuraba tambien medrar en las virtudes, aplicandose mucho à exercicios de piedad, y devocion: y aun desde entonces practicaba ya la mortificacion, y usaba macerando el cuerpo con penitencias. Prueba de esto es, que halliendolo en una ocasion llevado consigo un Sujeto nuevo al ingenio del Colegio, para que alli descansase un poco de sus tareas, y diese algunas treguas á su afanado estudio con unas vacaciones; reparando un dia dicho Sujeto, por no sé que casualidad, en la cama, en que dormia Juan, la halló sembrada de leños, con que se la hacia incomoda. Tan de entremano comenzó los preludeos de los indecibles trabajos, y asperezas, que despues paló en las gloriosas empresas en que lo menó su Apostolico zelo.

Con el caudal de sus amables prendas, con su porte tan modesto, y juycioso, y con su aprovechamiento tan lucido se ganó Juan las voluntades, y corazones de los Sujetos, que vivian en el Colegio de Guatemala. Y como no hay incentivo mas poderoso para el amor, que el amor mismo, viendote amado, comenzó tambien á amar á los que lo amaban, y á aficionarse de su religio- so trato, y virtuoso proceder. Al mismo tiempo Dios inundó en su animo, la soberana luz de la vocacion, y le excitó el deseo de contagiarse á su divina Magestad en nuestra Compania. No se hizo caso á las voces del Cielo, sino que obedeciendo á la divina inspiracion, dió cuenta de sus deseos á su Confesor, expusolos tambien á los demás Padres, quienes informaron al Padre Provincial de los talentos tan singulares del mozo, de su inocle sobremanera docil, y de las buenas inclinaciones, que manifestaba. Vistos estos informes, no solo no usó dificultad el Padre Provincial en admitir al preten- diente, sino que se persuadió que en él embiaba Dios un hijo á la Compania, que havia de dar nuevo lustre, á su esplendor, y ordenó su Reverencia, que viniesse á Mexico, para passar al Noviciado de Tepozotlan.

Alegre, y regozijado Juan de ver el buen logro de sus santos deseos, sacrificó gustoso á Dios las muy bien fundadas esperanzas, que le daban sus realzadas prendas de ser mucho en el mundo por qualquiera lizea, que en él significasse ofreció á su Magestad la quantiosa herencia, que esperaba de su Tio, y la legitima, que de sus Padres se le tozaba. Dió cuenta de su recibo á su Padre, y este pie-

solo Cavallero, que tan de antemano tenia, con ánimo  
 generoso, ofrecido el sacrificio, vino bien en la ejecu-  
 cion, y no solo dió su grata licencia, sino que tuvo à di-  
 cha soya el que entrasse su hijo en la Compañia. Dió  
 luego las necessarias providencias para tan penoso, y di-  
 latado viaje, y ya que se deshacia de prenda tan amada,  
 procuró con afecto paterno, que á mas de ir su hijo muy  
 bien abastecido de reales, y demás cosas necessarias para  
 un largo camino, fuesse bien acompañado. Despachólo  
 en compañía del Sargento Mayor Don Joseph Fernan-  
 dez de Guevara, Padre del Padre Joseph de Guevara, á  
 quien su señalada virtud, y prendas no vulgares, hicieron  
 muy conocida en esta Provincia. Púsole en camino nue-  
 stro Juan, y á pocas jornadas experimentó no confide-  
 rable quebranto en su salud, por un grave accidente, que  
 le sobrevino. Trataba Don Joseph de Guevara de vol-  
 verlo á Guatemala, de donde aun no se havian alejado  
 mucho, para que allí con mas comodidad se curara; pe-  
 ro se opuso constante Don Juan, diciendole: de ninguna  
 manera vuelvo yo; no vé usted, que dirán que me aut-  
 pénti? Prosigamos nuestro viaje. Instaba Don Joseph,  
 mire usted, que ha estado fuera de si delirando con el ac-  
 dor de la calentura, ha evacuado tanta abundancia de co-  
 lera de esse cuerpesito, que apenas se haze creible, que  
 cupiera en él, y persona inteligente en Medicina, afirma,  
 que está usted muy de cuidado, y assi lerá lo mejor vol-  
 verle, y curarle. A esta instancia no oyó Don Joseph  
 otra respuesta, que la antecedente, sin poder persuadir  
 el regreso al fervoroso Don Juan, que estando firme en

lo dicho le decía: usted me perdone, yo no buelvo; porque se dirá, que me arrepenti, y yo no trato de esto. Cedió Don Joseph al honrado empeño de su Compañero, y esperando á que remitiera la fuerza del mal, assi que vió con algun alivio al enfermo siguieron el viaje y fué el Señor servido, que se aliviase Don Juan, y recobrase la salud.

En este mismo camino sucedió una cosa en que mostró mas lo pandonoso de su genio, y el empeño de sus nobles atenciones. Encargóle un sujeto, que llevara una carta, y al pasar por cierto Pueblo la dió á un Indio de él. Ofreció Don Juan dársela en mano propia. Haviendo llegado al tal Pueblo hizo diligencia de saber la casa, y aunque pudiera valerle de alguno de los criados, que consigo traya para que pudiese la carta en manos de su dueño, no quiso hacerlo assi, sino que levantandole muy temprano el dia siguiente, llevó personalmente la carta, y la puso en manos del Indio. Quando Don Joseph Guevara (quien por ser muy de mañaco no lo havia visto ir) lo vió bolver, y supo que havia ido á dar la carta, le dixo: porqué usted tomó esse trabajo, y no se valió de alguno de los criados para su entrega? Dixele (respondió Don Juan) que la havia de dar en mano propia, y las cosas como se prometen se cumplen; una palabra fué, que la dársela en mano propia, y no cumplirla menos, que dándola yo mismo.

Este noble modo de proceder conservó toda la vida; porque no se opondrá, ni está reñida con la virtud el porte caballeroso, y honrado. Y si bien es muy cierto,

que sabe Dios sacar de las piedras hijos de Abraham, y de vale de instrumentos ineptos, y desproporcionados para obras excelentes, y grandes; es verdad tambien, que en el orden regular de su providencia sapientissima, que lo dispone todo, no menos con fortaleza, que con admirable suavidad se acomoda en su modo de obrar á aquello, que es mas conatural á las cosas, proporcionando con la naturaleza los soberanos dones de la gracia. Por esto sobre el cimiento de un corazon maguanimoso sube muy bien, y se levanta la excelsa fabrica de una virtud heroica. El buen refugio de esto, aunque no huviera como hay otros muchos, nuestro Inclito Patriarcha, y Santissimo Padre San Ignacio, cuyo animo generoso le sirvió de fundamento para erigir la eminente machita de una incomparable santidad. Y el mismo santo con aquel maravilloso don de discernir espiritus, con lo que havia enriquecido el Cielo, solia decir, que havia observado, que un corazon maguanimoso, y naturalmente generoso, recibiendo los divinos dones, negociaba ran en breve con el talento recibido, que en poco tiempo se hallaba con excelsivas creces. Quantas consiguió nuestro Juan en la virtud, ayudado de su natural generosidad, lo manifestó el discurso de su vida.

Continuaba su camino con su buen Compañero, y aun ya desde entonces se enlayaba á las incomodidades, y trabajos, que despues le fueron familiares, y continuos en sus apostolicas empresas. Sucedió un dia con los que caminaban, que picando algo recio se adelantaron á las cargas en que venia la necesaria provision para

ra el sustento, sobrevino en esto una copiosa lluvia, con la qual se detenian mas dichas cargas, y á los viajantes apuraba la necesidad, hallandose en paraje donde no era facil encontrar, que comer. Acafo uno de los criados, que acompañaban havia reservado, y traya consigo un poco de maiz, que havia sobrado á las mulas en la posada antecedente. Noticiado de esto Don Joseph de Guevara, dixo á nuestro Don Juan: se atreverá usted á que comamos de este maiz tostado? Luego con grande donaire, sin alco, ni melindre, respondió: si Señor, porqué no? El fuego purificará el maiz de las barbas de las mulas, y en la ocasion que estamos nos sabrá muy bien. Comió del maiz, aunque era pasto tan repugnante al regalo, y abundancia en que estaba criado. Pero comenzó á mostrar lo que hizo despues quando se vió en lances tales, que en muchas ocasiones el maiz tostado hubiera sido para él un regalado plato, y aun una mesa esplendida. Concluidos al fin los trabajos de su camino, llegó á Mexico, donde luego pasó á dar la obediencia al Padre Provincial, quien reconoció que venian bien los informes, que su Reverencia tenia del pretendiente, con lo que él manifestaba en su afabilidad, modestia, y nada afectada compostura, y así ordenandole que viera á los Padres consultores, é hiziera las demás diligencias necesarias, en breve lo despachó su Reverencia para que fuese á Tepozotlán á dar principio á su

Noviciado.



VIDA DEL VEN. PADRE  
CAPITULO III.

*Su entrada en la Compañia, y fervores de su Noviciado.*

**L**UEGO QUE FUE DESPACHADO D. JUAN, sin dilacion alguna se partió à Tepozotlán, donde dió principio à su Noviciado el dia 14. de Agosto del año de 1679. siendo de edad de 17. años. Allí verdaderamente como árbol fecundo plantado en la corriente de las aguas, comenzó desde luego à descollar con grande lozania, y presto descubrió las flores de las bien fundadas esperanzas de los copiosos frutos que havia de dar después. se aplicó desde el principio à la virtud con tanto fervor, zelón, y conato, como se havia aplicado al estudio. Con esto muy en breve se adelantó mucho, y se hacia ya reparat de sus conovicios, sobrepasando entre todos tanto, que el Maestro de Novicios, que lo era el Venerable Padre Pedro de Echagoyan, lo ponía por exemplar à los otros, y el mismo Padre lo miraba con un genero de respeto, que quasi declinaba en veneracion. Conocia el grande fondo de juicio, y madurez de su Novicio, y que sabia callar, y tener en silencio, como el Padre deseaba, el extraño rigor de sus ásperas penitencias, y así hizo con hazza de él, poniéndolo solo en un aposento retirado para que sin registro se remendase los instrumentos de cilicotos, y disciplinas de hierro. de que usaba el penitentissimo Padre, y con que maltrataba su cuerpo, y como el uso de estos instrumentos era frecuente, con frecuencia tambien, se descomponian y necesitaba

taban las manos del Hermano Juan de Ugarte, quien no solo era de grande, y claro ingenio, sino que tambien para que no le faltasse prenda alguna, tenia grande habilidad, y destreza para todo lo que llamamos mecanismo.

A poco tiempo de Noviciado viendo el Padre Beator lo mucho que se adelantaba en virtud, y el pette que tenia tan juycioso, le dió el cargo de Prefecto, que es en el Noviciado el que tiene el cuydado de las distribuciones, y demás exercicios. Tovo mucho que repugnar su humildad en este oficio, por la tal qual sombra de superioridad, que tiene, y con tendimiento propuso algunas razones para escusarse de exercitarlo; pero no siendo oidas sus proppuestas exerció el oficio todo el restante tiempo de su Noviciado. Dando un dia cuenta de conciencia le preguntó su Maestro, como te vá á mi Hermano de Obediencia? Respondió con viveza el Novicio: me vá muy mal Padre. Mal en la Obediencia (replicó el Padre Echagoyan) siendo essa la principal virtud, y como caracteristica de la Compania? Si Padre (respondió el Hermano Ugarte) porque á mi le me vá todo en mandar, y con este oficio de Prefecto, no se que es obedecer. Pues en essa ha de obedecer, (dixo el Padre Echagoyan) y no hay que proponer.

No remitió un punto su fervor, antes bien lo augmentó en el decurso de su Noviciado, en donde se conoce bien quan profundos cimientos hecho de perfeccion, y virtudes, por el grande edificio que levantó despues. De todo disputo Dios, que nos dexasse de su propia mano individual noticia en una pequeña hoja, que agaso guarde

daba, para tener en ella siempre presentes sus primitivos fervores. Y por no impedir el que pueden ocasionar sus propias clausulas, van á la letra como las tenia escritas, aunque son algo dilatadas. Desde el dia de renovacion 6. de Enero, hasta hoy primero de Febrero del mismo año de 1681, he invocado á la Santissima Trinidad tres mil setecientas, y cinquenta veces. Otras tantas veces he invocado los dulcissimos nombres de JESUS, y MARIA, entregandoles juntamente en sus manos mi alma, y corazon. Me he exercitado en deseos de morir por Christo, pidiendolo con todo mi corazon mil trecientas, y cinquenta veces. He examinado mi conciencia cinco veces al dia. Todas las vezes que he entrado, y salido del aposento he pedido la bendicion á MARIA Santissima, arrodillandome. He procurado prevenir los tentaks de la Obsidencia, principalmente de la oracion examen, rosario, y letanias. He rezado setenta, y cinquenta veces las Letanias de nuestra Señora por mis Padres, Hermanos, suplicando á Dios, y á MARIA Santissima me dé á todos mucho fervor. Asimismo cada dia al acostarme, y levantarme he pedido á JESUS, y á MARIA, á los Santos Angeles la bendicion para toda la Comunidad, particularmente para los de esta casa. He rezado por las almas del Purgatorio ciento, y setenta y cinco veces el Psalmo *Miserere*. Tres, ó quatro veces cada dia he encomendado á Dios los agonizantes, haciendo oracion por ellos. Todo esto ofrezco con todo mi corazon, y toda mi alma á MARIA Santissima, juntamente con cinquenta disciplinas, trecientas, y setenta y cinco

horas de cilicio traído en estos días; el dormir sin colchón, y vestido, con todo lo demás de curiosidades vanidadas, rosarios, ayunos, abstinencias, actos de fé, esperanza, y caridad, y las mortificaciones interiores. Hasta aqui las cláusulas en castellano del sobre dicho papel, que termina con un afectuosísimo coloquio latino, cuyas ultimas palabras son estas: *Admirabilis Virgo Mater, ut hoc largita es, sic etiam ad majora, ac tandem ad sanguinem pro Filij tui Jesu-Christi, cuique nominis honore fundendum gratiam uberem largieris. Amen* Las quales palabras para los que no las percibieren en latin, quierera decir Admirable Virgen, y Madre, assi como me has concedido esto, concede me tambien gracia abundante para mayores cosas, y finalmente para derramar la sangre por el honor del nombre de tu Hijo Jesu-Christo, y de el tuyo.

Si estos fueran propósitos solamente, tuviera lugar la admiracion de un fervor excesivo; pero pudiera con todo quedar algun reliquicio a la duda de haverlos observado, porque siendo tantas cosas podia presumirse algun olvido, aunque inculpable, ó algun descuido en la observancia de alguna de ellas; pero siendo cosas ya executadas, hay mucho que admirar. Y es cierto, maravilla grande, que en tan poco tiempo pudiera el fervoroso Novicio hacer tanto; pero no se haze increíble si se advierte, que no dexaba perder particula alguna del buendia, y para él fueron muy buenos todos, y cada uno de los que vivió en el taller de santidad, donde aprendí á vivir dias llenos. Con estos actos de virtud, y fervores extraordinarios se dispuso para consagrarse á Dios, y hazer

cer sacrificio de si proprio en los votos religiosos del biennio, los quales hizo á 15. de Agosto de 1681. dia de la gloriosa Assumpcion de la Soberana Reyna de los Angeles, y Madre nuestra MARIA Santissima, dia celebre, y dicho solo para la Compania, en que sus primeros Padres ofrecieron á Dios sus primeros votos, y el haber á nuestro Juan para los suyos el mismo dia, parece fué presagio de que havia de renovarse en el espíritu Apostolico, y fervoroto zelo de aquellos Varones esclatecidos.

#### CAPITULO IV.

*Da principio á sus estudios, y haze en ellos progresos muy lucidos.*

**H**ECHOS LOS VOTOS DE EL BIENNIO O pasó el Hermano Juan al Seminario, mas hallandose con bastantes noticias de lo que allí se estudia: por haver entrado, como ya se dixo, aventajado en la Latinitad, Poesia, y Rhetorica, en breve pasó de la esfera de discipulo á la de Maestro; porque reconocido su grande aprovechamiento, á que se juntaba su experimentado juicio, y madurez, fué señalado para instruir á otros de los Seminaristas, que haviendo entrado menos aprovechados, necesitaban de mas solidez en la Latinitad, para emplearse en cosas mayores. Fué esta muy buena ocasion para que el Hermano Juan exercitara los esmeros de su caridad, y zelo. Aunque atendia cuydadose á todos sus encomendados; puso especial conato, y diligencia en uno, que por ser ya adulto se le hacia una

cultad insuperable el imponerse en los rudimentos, y pedrillos no menos menados, que molestos de la Gramática, y llegó su desahento á tanto, que no juzgaba poder salir con la empresa de aprender la Latitud, y trataba ya de pedir á los Superiores, que lo aplicassen á otra cosa. Esforzó quanto pudo el Hermano Juan su caritativa eloquencia para persuadirle, que no se desanimara, ni concibiera tan ardua la dificultad de aprender, que no pudiera vencerse doblando el estudio, y aplicacion, que el de su parte prometia multiplicar las lecciones, y duplicar el cuidado. Así lo prometió el Hermano Juan, y así lo cumplió con tesón tan constante en la diligencia, que vino por fin á conseguir, no solo que aprendiera su desconsolado clientulo, sino que aprendiera de suerte, que pudo al fin passar muestra entre los mas aprovechados, siguiendo despues con lucimiento el dilatado curso de los estudios, despues de los quales sirvió con credito á la Provincia, manifestando siempre su reconocimiento, y gratitud en protestar todas las veces que se ofrecia, que quanto sabia, y era lo debía á la excesiva caridad de nuestro Juan.

Este ya se dexa entender quanto coydaría del aprovechamiento proprio, pues aun del ageno se mostraba tan solícito. Y aunque havia antes de entrar en la Compañia acaudalado muchas noticias de las letras humanas, con su constante aplicacion al estudio, y con su entendimiento claro, y profundo, se enriqueció con muchas mas, y dió sabidos realces de perfeccion á lo que antes havia adquirido. Dedicabasse fervoroso á los santos lite-

ntos; pero en ellos siempre cuidó de lo que tanto en  
 carga nuestro Santo Padre á los Estudiantes Jesuitas; y  
 es, que el fervor de los estudios no estubie, ó disminuya  
 el amor de la vida religiosa, y de las virtudes solidas. En  
 estas nunca dexó de aprovechar; porque desde que se de-  
 dicó á Dios en el estado de la Religion, determinó seguir  
 constantemente la senda de los Justos, que es una luz bria-  
 llante, cuyos rayos no conocen disminucion, y van siem-  
 pre en augmento hasta formar un hermoso, y clarodia.

Concluido su año de Seminario passó al Colegio  
 de San Pedro, y San Pablo á oír la Philosophia, en cuyo  
 tiempo guardando el mismo tenor de aplicacion, y em-  
 peño en breve comenzó á sobresalir de tal manera, que  
 admiraba no solo á sus Condiscipulos, sino tambien á  
 su Maestro, quien celebraba su buena suerte de haverle  
 cabido un Discipulo, que sin algun afán, ó trabajo suyo,  
 no solo pectebia las mas intrincadas dificultades, y se  
 hacia dueño de las mas graves, y difíciles questiones, sino  
 que por sí sabia dificultar muy subrilmente. Resaltaba  
 con mas claridad, y viveza los bellos resplandores de su  
 ingenio á vista de su encogimiento humilde, y de la pro-  
 funda sumision con que obedecia, y se sujetaba en todo  
 á su Maestro. La modestia, y compostura con que es-  
 taba en la classe, no menos edificaba á los otros Estu-  
 diantes nuestros, que lo hazia respectable á los estranos.  
 Disputaba con fuerza, y eficacia, pero jamas el calor  
 de las disputas le hizo decir palabra, que no fuesse muy con-  
 puesta, y medida. Su ventajoso aprovechamiento lo  
 hizo acreedor á las primeras funciones de su curso, que

desempeñó con el mayor lucimiento, haziendo en ellas quedar á su Maestro muy aitoso. Por su conocido juicio, madurez, y religiosidad; muy á los principios de su curso fué señalado para passar al Colegio Real de San Ildefonso á cuidar de los Colegiales con el cargo de Maestro de aposentos, sin haver exemplar hasta entonces de que se huviesse dado este oficio á estudiante Philosopho. En el continuó hasta acabar la Philosophia.

Acabada esta fué señalado á enseñar Gramatica en el Colegio de Zacatecas, y como sabia siempre dar todo el lleno de perfeccion á los empleos en que la obediencia lo ponía, y tenia altamente impreso en su animo este dictamen, que muchas veces repetia: *Quidquid egeris bene age, et laudasti Deum.* Hiz bien hecho todo lo que hicieres, y serán tus obras prácticas alabanzas de Dios, ya se dexa entender el esmero, aplicacion, y cuydado con que tomó la enseñanza de la Juventud, atendiendo no solo á que sus discipulos aprendieran la latinidad, sino tambien á que se impusieran en todo lo que es urbanidad, cortesía, y modo de tratar politico. Sobre todo, empleaba su mas cuydada diligencia en criarlos en temor de Dios, é imponerlos en buenas costumbres, y amor á la virtud. Para conseguir esto les hacia fervorosas exhortaciones en la classe, y con colores muy vivos les pintaba la fealdad del pecado, lo terrible de las penas eternas, lo caduco de nuestra vida, y lo instable de las prosperidades del mundo. Esforzaba su elocuencia para dar á conocer la hermosura de las virtudes, el consuelo que sienta el espíritu en la observancia puntual, y guarda fiel de la

la ley divina, á que es obligacion ajustarse desde la tierna edad. Ni solo en comun, sino que tambien á cada uno en particular, en las ocasiones que ocurrian les daba buenos consejos, y los persuadia á que huyessen de malas compañías, y de todo aquello que les podia ocasionar su ruina. A todos persuadia que fueran cordial, y tiernamente devotos de MARIA Santissima, haciales cada dia rezar su rosario, y asistir á la Misa con mucha compostura, y devocion, procuraba que frequentaran los santos Sacramentos, y no perdonaba diligencia conducente á su buena educacion. Con este desvelo, y sollicitud logró sacar muy aventajados discipulos, y aprovechados no solo en la Gramatica, sino tambien en buena crianza, virtud, y cristiandad, y muchos de ellos desde entonces se aplicaron al estado Religioso, que escogieron despues. Esta grande exaccion con que el Hermano Juan exercitaba su magisterio, lo hizo amable, y respectable, no solo de sus discipulos, sino de toda la Ciudad; todos le amaban, y se hazian lenguas para alabar su modestia, afabilidad, y mansedumbre, y sin cesar elogiaban el fervoroso empeño con que estaba dedicado á la enseñanza de la Juventud. En casa á mas de su propia ocupacion se comedia á todo lo que se ofrecia, y ayudaba en quanto podia á los demás sugetos, sin desdeñarse de hazer en obsequio suyo qualesquiera ministerio por bajo que fuesse; pues á esto lo inclinaba aquella profundissima humildad, que fué virtud, como característica suya con que esmalto las demás virtudes, y realizados talentos.

\*\*\*

CAPITULO V.

*De sus restantes estudios.*

**C**UMPLIDOS DOS AÑOS DE ENSEÑAR Gramatica volvió el Hermano Juan á seguir la carrera de sus estudios, dando principio al de la Theologia, y como desde Philosopho havia dexado tan bien acreditada su conducta en el gobierno de los Colegiales, de antemano havia intespuesto su suplica el Padre Rector de San Ildefonso, y alcanzado del Padre Provincial, que en volviendo, lo restituyera á su Colegio. Hizose assi, volvió el Hermano Juan á San Ildefonso, donde pasó lo restante de sus estudios; porque aunque hubo mudanza con los Rectores, todos clamaban, y pedian, que les dexassen al Hermano Juan de Ugarte; porque satisfechos de su prudencia, y talento singular de gobernar Colegiales, en el descargaban los cuydados, y quasi todo el peso del Colegio. El á un mismo tiempo era Procurador, y despensero. cuydaba de la cocina, iba á la plaza como el mas humilde Coadjutor á comprar la fruta, y de otras cosas necessarias para el Colegio, todo corria por su mano con tal acierto, y economia prudente en el gastar, que comparados los libros, y comparados los gastos de los años anteriores, eran mucho menos manejando el dinero el Hermano Juan, y teniendo á su cargo las provisiones del Colegio. Y esto no porque solicitasse ahorros con detrimento de los individuos, lo qual desdecia mucho de la generosidad de su genio, y nobleza de su magnanimo

corazon, sino porque con su prudencia, y cuydado sabia gastar de tal modo, que costandole menos, no solo no defraudaba en cosa alguna à su Comunidad, sino que cedia en utilidad suya la economia; porque era conocida la mejora en la qualidad, y tambien en la cantidad de los alimentos. Se hizo tan notable este augmento, y mejora de San Ildefonso con la industria, y desvelo del Hermano Ugarte, que noticiosos de ella el Padre Provincial, y el Padre Rector del Colegio Maximo, hicieron consulta de economia (que assi puede llamarse) en que hicieron asistir al Hermano Juan; para que en presencia del Hermano Procurador, y otros Sujetos de dicha consulta dixesse el modo de gobierno, que observaba, con el qual gastando mucho menos, que otros, trataba con tal exceso de mejora, y cantidad de alimentos à sus Colegiales, para que observassen semejante methodo el Hermano Procurador, y demàs oficiales del Colegio.

Y si en estas cosas que eran accesorias à su oficio era tan grande su actividad, bien se dexa entender qual seria su desvelo en lo principal de su cargo, que era el cuydado inmediato de los Colegiales, y el hazer que estos cumplieran con sus obligaciones. Esto hacia con singular esmero, y vigilancia, portandose de tal modo, que mezclaba muy bien las amarguras del rigor, con la dulzura de la suavidad, haziendole no menos amar, que respetar, y temer. Todos al passo que lo remiamos lo venerabamos por la exemplar edificacion con que en todo se portaba: dice en su informe un sujeto grave, que asu-

eró à esta Provincia con sus talentos, y religioso porte. Fué el tal sujeto primero Colegial, y despues discipulo en la Philosophia del Padre Juan de Ugarte, y assegura, que no solo los Colegiales Philolophos, que son los principalmente sujetos al Maestro sino tambien los passantes, y ya provectos, de tal suerte lo respectaban, y temian, que se componian mas bien al vér, ó al oír, que venir el Padre Maestro, que en presencia de los Padres Rectores. Entre los muchos que entonces ilustraban al siempre illustre Real Colegio de San Ildefonso, era uno el Ilustrísimo, y Reverendísimo Señor Dr. Don Juan Ignacio de Castorena, quien obtuvo las primeras Dignidades, y estimaciones en la Santa Iglesia Metropolitana de Mexico, y acabó Dignísimo Obispo de Yucatán. Este Señor era ya sujeto maduro, y acreditado quando nuestro Juan estaba en el Colegio, y era uno de los que mas lo veneraban. Despues ya constituido en dignidad hablaba su Ilustrísimia con singular aprecio, y estimacion del Padre Ugarte, elogiando su singular virtud, y alabando sus extraordinarios talentos. Lo mismo se experimentaba en otros muchísimos sujetos de cathogonia, que le havian sido subditos.

Es buena prueba de lo que se havian impresionado del temor reverente de su Maestro los Colegiales, el que algunos aun mucho despues de salidos del Colegio, y ya dueños de sí, lo conservaban. Así se experimentó en lo que sucedió al Padre Pedro de Ugarte Hermano de nuestro Juan. Iba el Padre de camino para Guadalupe, y llegando à cierto Pueblo hizo allí mansion con el delig-

nio de decir el dia siguiente Miffa. Para poder hacerlo, y conseguir el que fueffe temprano, y no perder la madrugada, passó á pedir su beneplacito al Señor Cura, entró en su casa en ocasion en que se divertia con otros amigos en un juego de cartas. Apenas el Cura vió al Padre se levantó del juego, y saliendo al encuentro se le echó á los pies manifestando grande rubór, y sentimiento de que lo huviesse hallado jugando á los naipes, y se culpaba á sí mismo de no haver escarmentado, siendo assi que por lo mismo havia llevado muchos azotes por mandado del Padre en San Idefonso. Esto decia el Cura equivocando al Padre Pedro con su Hermano Juan, y pensando que hablaba con este, y era bien fundado el equivoco por ser muy parecidos los dos Hermanos. Reconociendo la persona con quien hablaba se recobró del susto, y confesó ingenuamente el temor que hasta entonces tenia al Padre Juan de Ugarte, y concedió al Padre con mucha benevolencia, y atencion lo que desleaba.

Ni se impresionaron solo del temor de su Maestro los Colegiales, sino que tambien se prendaron notablemente de su prudente discrecion. El Sujeto arriba dicho, que fué su discípulo, y Colegial, siempre alababa su admirable discrecion, y solia referir, que aunque se hacia temer mucho de los Colegiales, era al mismo tiempo tan discreto, y afable con ellos quando los sacaba al campo á divertir, que desde que salia hasta que volvía parecia mudarfe en otro hombre; porque era la misma alegría y la diversion de todos, que los entretenia con varios graciosos juegos, chanzas, y entretenimientos, siem

pie contenido en los terminos de la modestia, y religiosidad. Pero lo mismo era poner de vuelta el pie en el umbral del Colegio, quando luego recobraba su acostumbrada medida, y seriedad, con que hacia componer á los Colegiales.

Tan grave peso de ocupaciones, que eran sobradas para un hombre solo, que no tuviera otra cosa en que emplearse, y que eran capaces de rendir las mas valientes fuerzas, no le quitaban á nuestro Juan el que atendiese al estudio de las materias Theologicas, que cursaba; antes bien dedicaba á ellas todo el tiempo, que podia, y como le ayudaba tanto su feliz, y tenaz memoria, su comprehension, capacidad singular, y raro ingenio, tenia las primeras estimaciones, y creditos en su lucidissima escuela, siendo por esto escogido para el desempeño de las primeras funciones. En una de estas, que authorizó con su presencia el Excelentissimo Señor Virrey, viendo su Excelencia el magisterio, viveza de ingenio, y modesto dominio del theatro, con que el estudiante estaba, preguntó: de donde es este Padre? Respondiéronle que era de Honduras. Que lastima (exclamó su Excelencia) que no sea de mi tierra! Deseando como es natural por su Patria el honor grande que le daria sujeto tan inteligente. En otra de sus funciones se hallaba presente un Religioso muy grave de nuestra Señora de la Merced, y Capedrativo de la Universidad, este aunque sin conocerlo, havia visto diversas veces al Hermano Juan en el humilde empleo de comprar futas, y horralizas para su Colegio, y viendo en la funcion literaria un lucimiento ex-

era ordinario y singular ingeniosidad con que el estudiante se le acreditaba de consumado Maestro, hablando el Religioso con uno de los nuestros le dixe: admirado estoy de ver estudiante tan palmofo, y dixera yo por cierto, que este Padrecito es el Coadjutor comprador del Colegio; porque yo he visto á uno varias veces en la plaza comprando hortalizas, que es un trasumpto, en todo semejante á este Padre. Respondio el sujeto con quien el Religioso hablaba. No se le parece, sino que es el mismo, que ha visto V. P. Admiróse mas entonces el Religioso de ver que un sujeto de tan relevantes prendas anduviese con tanta humildad en el oficio de comprador, y que en el huvieste adquirido tan opulento caudal de letras, como manifestaba, y grandemente edificado de la Religiosa observancia de la Compañia, exclamó diciendo. O dichosa Compañia, que mantienes en tan prodigioso equilibrio las letras con las virtudes, y consigues el tener á tus hijos en el profundo de la humildad estando en el auge mayor de los aplausos!

Los mismos progresos que en las escolasticas, hizo nuestro Ugarte en las demás letras, como fué á cada una de las facultades, escolastica, Poetica, y Oratoria le hubiessen aplicado su grande, y amplissima capacidad. Sus argumentos eran tenidos de los mas perspicaces, sus poesias apreciadas de los mas cultos, y los Sermones admirados de los mas inteligentes, y doctos. Ofreciase por este tiempo uno del mayor empeño de que estaba encargado un sujeto secular de mucha cathogoria, este, ó bien fuese por falta de salud, ó por la multitud atropada de

gocios que le ocurrieron se halló alcanzado de tiempo, y hechó de vér, que en el espacio corto que tenia, no podia salir la obra tan bien limada, y pulida como demandaba la grande expectacion, que havia de ella. Viendose en este aprieto acudió al Padre Provincial, quien libró el desempeño en el Maestro de San Ildefonso, como que lo conocia no menos juycioso para el secreto, que habil para la obra. Hizo el Sermon tan ingenioso erudito, y docto, que si no cobró nuevos creditos el que lo dixo, fué por estár ya muy acreditado.

Tan santamente ocupado fue nuestro Juan siguiendo la carrera de los estudios, hasta que llegó el tiempo en que segun los estatutos, y costumbre de nuestra Provincia debta recibir los sacros ordenes. Recibidos estos se hizo cargo de las graves obligaciones que consigo trae el altissimo grado del Sacerdocio, y encendido en nuevos favores su corazon, anhelaba á la mas estrecha union con el summo bien por medio del mas ardiente amor. Dispuso para celebrar su primera Missa con muchos ejercicios de mortificacion, y de las demas virtudes, y la celebró con singular devocion, y ternura, no cesando de dar afectuosas gracias á la Magestad divina de hallarse ya en estado de poder mas inmediatamente emplearse en ayudar á los proximos, solicitando la salud de sus almas, el qual zelo ardió siempre en su corazon, y dió á su vida brillantes resplandores. Ya Sacerdote fué señalado para sustentar el acto mayor de prima con que comenzó sus estudios tan lucidamente como los havia comenzado, y proseguido, teniendo siempre todos, que

ad

admirar un ingenio de los mas ventajosos, que en aquellos tiempos hubo, una capacidad sin tamaño, un talento admirable, un lucimiento, y expedición rara para deshazer, y allanar las dificultades mas arduas. Y assi en esta funciou como en las demas, todos elogiaban su modestia, y engrandecian la profunda humildad en que engastaba los grandes fondos de su brillante ingenio.

## CAPITULO VI.

*De otros empleos en que ocupó la obediencia al Padre Juan de Ugarte.*

**A**CABADOS CON TAN GRANDE LUCI-  
mientó los estudios, con extraordinarias aclamaciones, y aplausos, assi en las letras como en virtudes, jnycio, madurez, y religiosidad, embió la obediencia, como es costumbre, al Padre Juan à la tercera probacion. Esta, con la celestial sabiduria, y prudencia incomparable con que ordenó todas las constituciones, y reglas nuestro Santissimo Legislador, y Padre, le estableció para reparo de los primitivos fervores de espíritu, que se conciben en el Noviciado, y es muy facil que se remitan, ó entibien con el calor de los estudios, y distraccion de los continuos afanes de las tareas literarias en que ocupado todo el entendimiento en especulaciones, y sutilezas, no está tan apto, ó á lo menos no está tan desembarazado para emplearle en aquellas consideraciones piadosas con que la voluntad se inflama en el amor divino, y solido desseo de las virtudes. Poco, ó nada tenia que

refortificar el que tuvo siempre tan presentes los fervores de Novicio, que havia tomado por oficio proprio, lo que á los Novicios en medio de sus mayores fervores se suele dar por prueba. Y mas quando se halla en las oraciones, que en el tiempo de sus estudios, havia dispuesto varias oraciones, y regulatorias para que no se olvidaba en el fervor de las letras, el de las virtudes, y entre las otras oraciones, una era renovar los propósitos del Noviciado.

Con esto solo le quedaba en la tercera probacion poner en obra los propósitos hechos, de los quales la mayor parte se dirigia al bien, y salvacion de las almas. A quantos hombres perdidos, y desviados pecadores, reduxo del de entonces á bien vivir con sus consejos, exhortaciones, y platicas, se conoce bien por el renombre de Apóstol, que empezó á merecer, y le comenzaron á dar desde aquel tiempo, y si estos pueden parecer pocos, será solamente en comparacion de los muchísimos que convirtió despues, con cuyas conversiones, sin exageracion alguna, ó hyperbola, se mereció tan glorioso título. Verdad es, que hacia lo que todos, pero con espíritu muy singular, y extraordinario fervor, y affera muy abundante la cosecha de almas, que recogia su zelo para abastecer los graneros del soberano Padre de familias.

Pero estando muy bien hallado en esta suerte de ocupaciones tan congeniales á su espíritu apostólico, quando esperaba que se le concediese mas espacioso campo para atender al bien de las almas en Millones, recibió carta del Padre Provincial, en que le assignaba no para

distraído, sus pasage cria Milagrosos, ordenándose que pasasse á ser Ministro del Noviciado. Aquí fue donde el Padre Juan dió mayores muestras de la benignidad profunda, que havia acudido entre los mayores peligros de perdarla. Todos conocian sus talentos admirables, celebraban el raro conjunto de prendas, que lo adornaban, y solo el Padre no sabia, ó no se persuadia ser el que era. Fuese al Padre Provincial, y apuró su capacidad toda en proponer su grande ineptitud para el oficio que su Reverencia le encargaba, y en disuadirle la assignacion. Fuese al Padre Provincial, como confesó después, á lo que quisavido persuadirlo, y huviera cedido á las alegatos, á no advertir, que sus razones en lo reflexo eran prueba de lo contrario, que alegaban, y así le mandó que obedeciese. Acogióle tanto con esta resolución el Padre Juan, que pronunció en lagrimas, manifestando en esta demostracion, que tan recia era la interior lucha en que esforzadas combatian la obediencia, y la humildad en aquel magnanimo corazón capaz de gobernar un mundo.

Quedó al fin por la obediencia la victoria, y el Padre Juan pasó al Noviciado á exercitar su nuevo oficio. Allí en el taller de la sanidad, no se puede decir que le acordó de los primitivos fervores, puesto que nunca los havia olvidado, si en aquella fragua se refinaron, y subieron de punto los preciosos gualtes de su finissima caridad, y amor de las virtudes solidas. Con el exercicio de estas se perdalense á los Novicios, persuadido de que es muy cierta la maxima del sentenciado Seneca, que es

no dilatado, y prolixo el camino de enseñar por preceptos, y consejos; quanto por el contrario es conpe-  
 dido breve, y facil el de enseñar por exemplos: *Longum  
 est per precepta, breve, & efficax per exempla.* Lo qual  
 es muy conforme á lo que dice San Bernardo: *Sermo 21-  
 mus, Est efficax exemplum operis est, plurimum faciens suadere  
 te, quod monstrat facibile.* Que es un Sermon, aunque, mu-  
 do, muy eficaz el exemplo de la obra, porque qualquiera  
 se persuade, que puede executar lo que es otra vez  
 practicado. Con la practica enseñaba el Padre Juan á  
 los Novicios las virtudes, dandoles tales exemplos de  
 todas ellas. Todos veian en él perfectamente practica-  
 dos aquellos mandos apieros de las reglas de la modela-  
 ra, veian un vivo exemplar de la observancia de todas las  
 las otras reglas, y sobre todo, á todos se hacia grande-  
 mente admirabile su profunda humildad, siendo assi, que  
 muchos de los que havia en el Noviciado estaban bien  
 noticiosos de los grandes talentos del Padre, á quien ha-  
 vian tratado, y conocido mucho, siendo Colegiales de  
 San Ildefonso, y los que no lo havian sido no estaban  
 ignorantes de lo que era su Ministro, pues lo sabian, por  
 lo que oían á los demas. Un sugeto de los mas condeco-  
 zados, y respectables de esta Provincia, dice, que siendo  
 su Reverencia Secretario, y Ministro el Padre Ugarte,  
 este solia llamarlo algunas veces para que le declarasse  
 algun punto de la Vida latina de San Ildefonso, Koffka,  
 que escribió el Padre Saquino, dando á entender, que  
 no la entendia, aun siendo assi, que era tan versado en la  
 latinidad, y eminente en las letras humanas. Así se ha-  
 cia

cia ignorante; mostrandose en esso mismo muy sabio en la verdadera ciencia de los Santos, que es el desprecio de si mismos.

El solo se despreciaba quando todos tenían sobrados motivos para apreciarlo. Muy alto aprecio, y subida estimacion tenían los Superiores de su virtud, discrecion, y prudencia de que havia dado muy buen specimen en su ministerio, y deseando el buen logro de sus talentos en el Colegio Maximo le ordenaron que passasse á él á exercitar el mismo oficio. Aqui se le renovaron al homídisimo Padre las congojas, que antes lo havian cercado, juzgandose incapaz, y del todo inepto para gobernar una escuela numerosa, cuyo gobierno necessita de mucha prudencia, y discrecion. Obedeció por fin, y se sujetó á las disposiciones de la obediencia. Passó á exercitar el ministerio en el Colegio Maximo, en donde si su gobierno no fué igual á la expectacion, que de él se tenía, fué por exceso, y porque supo el Padre mejorar con los hechos las voces de su buena fama. Supo granearse á un tiempo el amor, y el respeto de todos, con lo qual hacia quanto queria de sus Subditos, y conseguia de ellos quanto deseaba, y assi se veía maravillosamente florecer la observancia regular, y todos andaban muy cuydadosos, y diligentes en el cumplimiento de sus obligaciones. Procuraba el Padre darles gusto en quanto cabia, y aun quando negaba alguna cosa, era de suerte, que no los dexaba disgustados usando de aquel prudentissimo modo de que usaba nuestro Santo Padre, con que á todos los dexaba contentos. Quando le ofrecia reprehender algu-

alguna falta, ó corregir algun exceso lo hacia con tal prudencia, discrecion, y zelo, que engendrando en el culpado confusion de su culpa, y deseo verdadero de la enmienda, jamas exasperó á alguno, ó lo dexó ofendido, pues todos conocian, que sus reconvenciones, y paternales avilos eran partos legitimos de una sincera voluntad desinteresada del bien, y lustre de la Religion, y provecho de sus individuos. Morricabalasle el humilde Padre en las reprehenciones, que daba, y siempre las hacia pensionandole muy á su costa. Assi se vé en el libro de sus apuntamientos, donde del tiempo que fué Ministro se leen estas clausulas. Por la reconvencion, que hizo á su hermano os ofrezco Señor una Misa cada año, una platica cada mes en las carzetas, en acabando el oficio de Ministro, otra platica cada mes en la plaza, el visitar cada mes los hospitales, el no tener en el apotento dulce alguno, el ayunar los Viernes, y los Sabados, y esto por toda mi vida. Hasta aqui sus clausulas, por donde se conoce el espíritu que lo animaba quando corregia á los otros. Y se infiere qual seria el deseo que abrafaba á todos, si á tanto se estendia el de uno solo. Mas no fué solo uno, por varios se lee en dicho apunte, que ofreció, ó no tanto, porco menos.

Con esto estaban todos contentísimos con el Padre, y solo el no lo estaba; porque á mas de repugnar mucho á su encogimiento humilde toda superioridad, veia su ardiente zelo aprisionado, y ceñido á la corta esfera del Colegio, sin poder emplear su actividad en ayuda de los proximos, y por esto deseaba verse libre

de la cadena del oficio. Mas para engañar un tanto la sed ardiente que tenia de la salvacion de las almas, solia salir los Domingos en la tarde, quando por estár en su recreacion nuestros estuadiantes, no era tan precisa su asistencia en el Colegio, y se iba á algun hospital llevando consigo un paño lleno de tablillas de chocolate, y con grande caridad, y amor lo repartia á los pobres enfermos, dando á todos consejos muy saludables, exhortandolos fervorosamente á la paciencia, y sufrimiento, y á tolerar por Dios las molestias de la enfermedad, insultos y los persuadia, que se confesassen oyendo su Reverencia con mucho gusto á quantos querian hacerlo. De alli se iba á algun barrio, y sacando una campanilla, que consigo llevaba, juntaba gente, y le hacia á su Compañero que hiziera una platica de explicacion de la doctrina christiana, y acabada esta, iba con la gente que se havia juntado, y con otra que iba viniendo, cantando las oraciones hasta llegar á otro puesto acomodado, en que hacia su Reverencia otra platica, y empleada tan santamente la tarde se volvia al Colegio á entender á las cosas de su cargo.

En este continuaba por obediencia, pero anhelanddo siempre con fervorosas ansias, y encendidos deseos por las Misiones. Assi quanto hacia en este tiempo, segun se lee en sus apuntes, era para que la divina bondad no mirasse sus culpas para no concederle las deseadas Misiones si, eran para su mayor gloria. Estos eran los intentos del fervoroso Padre Ugarte, y aunque los havia ya manifestado á los Superiores, estos seian desig-

nios muy diversos, y pretendian, que sus grandes talentos se empleassen dando lustre á la Provincia en las Catedras.

CAPITULO VII.

*Es asignado el Padre Juan de Ugarte para enseñar en Mexico la Philosophia.*

**T**ANTO COMO SU IMPERIO APRECIABA Philipo Rey de Macedonia haver logrado la ocasion de dar por Maestro á su Hijo el grande Alexandro al insigne Principe de los Philosophos Aristoteles, juzgando con razon que el cuydado primero de un amoroso Padre, debe ser el prover á sus hijos de Maestros excelentes, por lo mucho, que la buena institucion les importa. Gobernando siempre con paternal sollicita providencia los Superiores de la Compañia, no se huvieran manifestado providos si teniendo un Maestro tan ventajoso, como el Padre Juan de Ugarte, que da á su Religiosa Juventud, lo huvieran omitido. Por esso el Padre Provincial le señaló para que leyesse Artes á los nuestros en el Colegio de San Pedro, y San Pablo, añadiendole, que no tenia que insistir en la peticion de las Misiones, pues para todo lo demás que quisiessse lo tendria prompto, menos para esso. Viendo el Padre Juan la resolucion con que se le mandaba, sacrificó á la obediencia sus deseos, y fervorosas ansias de Misiones, y comenzó á prepararse para la penosa tarea del curso. Y como este lo emprendia solo por hacer obsequio á Dios obedeciendo, aunque

fabia muy bien, que consiste en gran parte el desempeño del Maestro en la habilidad, y buena capacidad de los discipulos, y su Reverencia tenia muy bien conocidos, y experimentados a los Seminaristas, se dexó totalmente en las divinas manos, sin queter eleccion alguna en los que havian de entrar á cursarle, como se lee en sus apuntamientos, donde se halla la clausula siguiente. Hoy Sabado propongo no hablar, ni insinuarle á cerca de los discipulos, que podia dessear viniessen á mi curso, esperando los que el Señor me embiare, y los que fueren del gusto de nuestra Señora, debajo de cuya proteccion los dexo.

Con esta resignacion humilde, y con tan poderoso patrocinio, como el de MARIA Santissima, dió principio á su curso, y aqui dió un rato exemplo de aquella profundissima humildad con que siempre tiraba á deprimir sus relevantes prendas. Hallabase por aquel tiempo leyendo Rhetorica en el Colegio Maximo aquel sugeto de quien diximos, que siendo Seminarista, y el Padre Ugarte Ministro lo hacia que le declarasse algunos trozos de la Vida de San Estanislao, que compuso el Padre Saquino, con este sugeto se estrechó el Padre Juan, pidiendolo que le dispusiera el Prologo que havia de leer á sus discipulos, alegando que su Reverencia entendia poco de latinidad. Tenia el sugeto muy bien experimentado, y conocido al Padre Juan de Ugarte, y sabia muy bien que todo lo sabia hazer con perfeccion, y assi bien hechó de vér que su peticion era efecto proprio del deseo que tenia el Padre de abatisle, y assi una y otra vez

resistió á su peticion; mas viendo la constancia con que persistia en ella el Padre Juan, hubo de darle gusto, y hacerse el Prologo, el qual dictó fielmente el humilde Padre, sin añadir ni quitar una palabra. De esta suerte manifestó ser muy extraordinaria su humildad; porque como es sabido, el que quiere ceder en mayorias, ó en lucimientos del ingenio, es muy raro.

Aplicóse á la enseñanza de sus discipulos con aquel empeño, y tesón, que en todas sus cosas acostumbraba. A el tamaño de su grande ingenio era la claridad con que sabia explicarse, y explicar aun las cosas mas difíciles de entender, de este modo introducía aun en los menos hábiles, y que no tenían mucha capacidad, las quæstiones mas delicadas, y los imponía en las dificultades mas arduas. Llegó por fin á conseguir un considerable numero de discipulos muy aprovechados, y tan ventajosos, que muchos de ellos passaron á ser Maestros despues, y han sido lustre de la Republica literaria. Ni fué solo el empeño del Padre Ugarte sacar discipulos aventajados en letras, antes bien su esmero principal fué solidarlos, y adelantarlos en virtud. Y como esta se enseña mas bien que con palabras, con el exemplo de las obras, aunque el Padre Juan aserverizaba mucho con sus buenos consejos, y exhortaciones á sus discipulos, mas los alentaba con su ajustado, y religioso proceder. En confirmacion de esto dice un Sugeto de nuestra Compañia, que fué discipulo del Padre: siempre observé en mi Maestro el Padre Juan, el hablar religioso, y serio, con dictámenes de mucho aprovechamiento á sus discipulos, en quarenta años,

que por grande dicha mia tengo de Religion, siempre me ha levido el que su Reverencia me dixo, que aunque como hombre miserable mirasse mis faltas; pero que apreciara en mucho los exercicios, palabras, y dictámenes de nuestro Santo Padre, y que experimentaria con el tiempo, que quien no tenia este aprecio, se perdia; yo conosco haverlo experimentado en la perdicion de muchos, que he visto, y en mi a la veneracion de este santo consejo, debo en gran parte la dicha de ser Jesuita. Saliendo con su Reverencia muchas veces en tiempo del curso, observé en su grande Religion, que nunca hizo visita, que no fuesse muy seria, y decente, tratando del negocio de las almas con tal fervor, que aprendió mi tibieza á fervorizarse, hasta ir á Californias á ver si podia servir de algo. Hasta aqui el testimonio del Sugeto sobredicho, en que se manifiesta quan bien imponia el Padre Ugarte á sus discipulos en las maximas de virtud, y perfeccion; pues se imprimian tan altamente en sus animos.

Otro Sugeto de los nuestros, discipulo tambien del Padre Ugarte, allegata, que en todo el tiempo, que conoció, y trató á su Reverencia, que fué no solo quando fué su discipulo, sino tambien en San Ildefonso, y en Tepotzotlán, observó en él igual edificacion, y una modestia tan singular, que ni en la classe, ni en las funciones de fuera se portaba de otro modo, que como si fuera un fervoroso Novicio. Lo comun era tener los ojos bajos, aun hablando con muchachos, sus discipulos. Havia advertido el Padre á sus curstantes Jesuitas, que desde las

cinco de la tarde, que salian de leccion, hasta passada una hora, ninguno le buscasse para consultar sus dudas. Sucedio algunas veces, que olvidado alguno de este orden, ó movido acaso de alguna curiosidad buscó al Padre, y todas las veces, que esto sucedió, fué hallado de rodillas rezando devotamente el Rosario de Nuestra Señora en compañía del Venerable Padre Juan Maria de Salvatierra, quien por este tiempo havia venido á Mexico, y con quien el Padre Ugarte havia entablado intima comunicacion.

Con esto no es mucho, que hiciessen ventajosos progressos en la virtud los discipulos del Padre Juan, y este colmado fruto se vió, no solamente en los Jesuitas, sino tambien en los demás discipulos seculares. Es buena prueba los muchos, que retirandose del mar tempestuoso del siglo, tomaron puerto en las Sagradas Religiones. Estos fueron tantos, que apenas hay sagrada familia, que no le sea deudora al Padre de algun Sugeto. Allí consiguió el Padre Juan, no solo los credits, mas la benevolencia tambien de las Sacratissimas Religiones; pues los discipulos, que entraban, contaban el respecto con que citaba sus Autores, el decóro con que proponia sus sentencias, y la estimacion con que alegaba sus pruebas. Solo la esclarecidissima Religion del Gran Patriarcha Santo Domingo no havia tenido parte en esta recruta sagrada; mas presto se emmendó como falta la contingencia; pues como apenas se puede dar passo sin citar sus Autores, en la primera ocasion, que se ofreció, les dixo el Padre Ugarte á sus discipulos: he reparado, que sus condif-

cipulos de ustedes han entrado en todas las sagradas Religiones, menos en la del Gran Patriarcha Santo Domingo. Sepan ustedes, que esta Ilustrissima Religion es el Atlante de la Iglesia, son los Padres Predicadores el baluarte de la fé, el martillo de la heregia, y los Apostoles del gentilismo, y al fin han sido, son, y serán siempre los Maestros del mundo. Si alguno de ustedes se inclinare á esta Sagrada Religion, avíseme, que en ello tendré grande gusto, y singular complacencia. Tomó Dios por medio esta exhortacion para llamar á uno, que entrando en la Religion de Santo Domingo, contó á los Religiosos lo sucedido, y los Reverendissimos Padres Predicadores excediendole, como acostumbra de agradecer, y caballerosos, despues de haver acabado el noviciado, dexaron al discipulo defender en publico las sentencias de su Maestro, sirviendo de introduccion al suyo un grande elogio, assi del Padre Ugarte, como de la Compañia. De aquí se colige quan eficaces eran para con Dios las peticiones del Venerable Padre; pues todo lo que vió logrado fué lo que pidió á su divina Magestad desde el primero dia de su curso, como consta de una oracion, que se halló entre sus apuntes.

### CAPITULO VIII.

*Es el Padre Juan de Ugarte señalado para Rector del Colegio de San Gregorio.*

**C**OMO LOS HOMBRES GRANDES SABEN bien llenar los puestos en que los ponen, son muchos

chos los empleos, que clamaban por sus personas, los universales talentos del Padre Ugarte lo hazian Sugeto para todo, y assi no lo tenian ocioso los Superiores. Acabó su curso de Philosophia con extraordinario lucimiento, y con universal aclamacion de Maestro consumado, y luego los Superiores le señalaron por Rector del Colegio de San Gregorio. La ocupacion era nada congenial à su encogimiento humilde, que tanto repugnaba mandar, quanto desheaba obedecer à todos; pero no obstante le fué menos gravosa, por ver que havia de exercitar nuestros ministerios con los pobres indios, con lo qual tiraba ya los gajes de Missionero. Vióse en el Venerable Padre una perfecta idea de un verdadero Superior de la Compañia, segun lo piden nuestras Constituciones. Sabia muy bien el Padre, que para lograr la perfecta asistencia de los Subditos en lo espiritual, havia él primero de asistirles con todo lo necesario. Para poder hacer esto mejor tomó el manejo inmediato de las haciendas, y como para todo tenia especial talento, presto las adelantó del todo, que pudo sortir con abundancia su Colegio de todo lo necesario. Miraba con grande respeto, y con grande amor à sus Subditos; y por esto se avergonzaba de que carecieran de algo, que el pudiera agenciar con su trabajo. Por esto, no solo estaba dispuesto à darles quanto pidiesen, sino que, con vigilante generosidad, se anticipaba à dar antes que le pidiesen, para con esto impedirles el natural torrojo que ocasiona el pedir. Haviendo à poco tiempo de entrado en el oficio comprado una pieza de paño de castilla, dixo en comun à todos los Suje-

tos, he comprado ya paño, el que necessitare forana, manero, ó qualquiera otra cosa, vaya à la ropetia á que le hagan lo que ha menester.

Quien tanto cuydado ponía en atender, y provée de lo necesario á sus Subditos, quando estaban sanos, ya se dexa entender con quanta sollicitud, y diligencia los atenderia quando estaban enfermos. No reparaba en gastos, buscaba los mas afamados Medicos de la Ciudad, y no le daba cuydado el que ordenassen las medicinas mas costosas, velaba para que se dieran al enfermo en el tiempo, y hora, que el Medico prescribia, y en todo se mostraba tan cuydadoso, como pudiera una Madre muy cariñosa. No es mucho con esto, que lograse el Padre Rector ver florecer en su Colegio la regular observancia, y tener á sus Subditos muy alentados para dedicarse con grande fervor à exercitar nuestros ministerios, en todo lo qual les iba por delante con el exemplo. Con esto se augmentaron notablemente los concursos en la Iglesia, á oír los Sermones, y á frequentar los Santos Sacramentos. Promovió en su Colegio el Padre Juan con singular esmero el estudio del Idioma Mexicano, á el qual era el primero, que se aplicaba, y para conseguir que sus Subditos lo aprendiesen, y usasen con la mayor perfeccion, las tardes desocupadas de otros ministerios, juntaba á los Padres en su aposento, y juntos hacian exercicio del Idioma, contruyendo, preguntando, y respondiendo los puntos mas dificiles del. Acabado este exercicio, el Padre Rector (en todas sus acciones magnanimo, y caballeroso) daba á sus Subditos un buen refresco, que

renia de antemano prevenido. Y considerando el Padre, que el dar al trabajo algunas treguas conduce para trabajar con mas brio, y que es indispensable para aliento de la naturaleza algun descanso, hacia que los Sujetos falliesen los Jueves á refrescarse un poco, y cesar de sus tareas en el campo, donde siempre la generosidad les tenia algun agasajo prevenido.

Una de las ocasiones que estaba con sus Subditos el Padre Ugarte en la referida conferencia, entró de repente el Padre Provincial, que venia á verlo, y hallandolos á todos ocupados en tan loable exercicio, grandemente edificado exclamó diciendo: gracias á Dios, que lo que tantos años ha se ha deseado, y pretendido, lo vemos ya humildemente executado. En otra ocasion el mismo Padre Provincial fué testigo de los crecidos aumentos en lo espiritual, y fruto de nuestros ministerios en San Gregorio, por la aplicacion, y zelo del Padre Rector Juan de Ugarte. Venia dicho P. Provincial á verlo un Domingo de Quaresma, y vió, que el concurso de Indios á oír el Sermon era tan numeroso, que no cabiendo en la Iglesia, fué preciso para los muchísimos, que quedaban fuera poner otro Sujeto, que les predicasse, y para que ellos pudiesen oír con alguna suerte de comodidad, sin estar expuestos del todo á los ardientes rayos del Sol hacia el Padre colgar en la calle velas, ó toldos de esteras, para que defendiesen con su sombra. Al vér esto el Padre Provincial, quedó no menos edificado, y consolado, que quando se halló presente á la conferencia del Idioma Mexicano, y mas quando entendió su Reverencia, que las

las dos cosas, que havia passado por sus ojos, no era casualidad, ó contingencia, sino que una, y otra eran frequentes, y ya asentadas en aquel Colegio. Dió entonces repetidas gracias al Padre Rector Joan de Ugarte por la aplicacion à los ministerios, que su Reverencia tanto promovia, de lo qual era indicio concurso tan numeroso.

Costaba poco, ó para decirlo mejor, le disgustaba mucho al Padre Juan de Ugarte el uso de visitas à señalares, y procuró su Reverencia, assi con el referido exercicio de la lengua Mexicana, como con otras varias industrias impedir semejante diversion, y en esto, como en lo demás, enseñaba con el exemplo, no saliendo de casa, si no era para confesar à algun enfermo, ó para alguna inexcusable diligencia propia de su officio. Como las excelentes prendas del Padre eran universalmente aplaudidas, y celebradas en toda la Provincia, assi de los nuestros, como de los de fuera, llegó à noticia del Excelentissimo Señor Virey su grande, y extraordinaria capacidad, caudal de juycio, prudencia, destreza rara en el manejo de los negocios mas arduos, y resoluciones acertadas en los puntos mas intrincados, embió su Excelencia à llamar al Padre Juan, quien obedeciendo passó à ponerse à su obediencia. Fué admitido del Señor Virey con grande afabilidad, y benevolencia, y despues de haver tratado el punto, que por entonces se ofreció, dixo su Excelencia al Padre, que se dexasse ver à menudo, y frequentasse el venir à Palacio. El Padre muy ageno de las vanas honjas en los Palacios muy usadas, y frequen-

res, respondió con modestia agradeciendo al Señor Virrey su favor, pero le añadió con ingenua claridad: Señor, yo soy hombre ocupado, y no tengo lugar de venir á Palacio. Edificose de la respuesta aquel Señor, pero no por esso dexó de llamar muchas veces al Padre para consultarle negocios de mucho peso.

En este tiempo, que estaba de Rector en San Gregorio el Padre Ugarte, intentaron los Superiores, que entrasse en una de las Cathedras de Theologia del Colegio Maximo, pero se excusó su Reverencia con el cuidado del Colegio, y de las haciendas, que inmediatamente manejaba. Por entonces tambien, no obstante, que tenia sobre si el peso de muchas ocupaciones, como si estas fueran poco cebo para el fuego voraz de su encendido zelo, tomó á su cargo el ser Procurador de las Misiones de Californias, que comenzaban á formarse. Lo que tuvo que hacer, y padecer en esta empreña, lo concebirá solo quien supiere el estado en que por este tiempo estaba esta Conquista. Todos los Monarchas, que ha havido en las Españas desde el Señor Carlos V. de esclarecida memoria, havian dado repetidos assaltos á estas Provincias; pero todo en vano. Lo que se havia conseguido en tiempo del Señor Carlos II. fue el reconocer parte de la tierra, y darle el nombre de inconquistable. Havian venido á esta empreña desde Don Fernando Cortés los primeros Capitanes, que han passado á este Reyno. Havia exhibido el real erario mas de trescientos mil pesos, y fuera de lo que havian librado varios particulares para asegurar el buceo de las perlas, havia ofrecido

cido, doze años antes, la Catholica Magestad del Señor Don Carlos II. por medio de su Virey el Illustrissimo, y Excelentissimo Señor Don Fray Payo Enriquez de Rivera quatroenta mil pesos anuales al que quisiere hacerse cargo de dicha Compuista. Mas perdidas ya todas las esperanzas, desistieron todos de la empressa, teniendola por attentado, y juzgando que era pretender un imposible. Este era el estado de las Californias, quando tomó à su cargo el Padre Juan de Ugarte el ser Procurador de ellas.

Nadie puede defraudar al Venerable, y Apostolico Padre Juan Maria de Salvatierra de la gloria de ser el primer Apostol de estas Islas. El fue el primero, que con su heroyco zelo miró como facil, y assequible lo que todos reputaban ya por imposible, y agenció, con no poca sollicitud, y trabajo las necessarias licencias para conseguirlo. Pero es tambien muy cierto, y ninguno negará que le ayudó, no poco, el Padre Ugarte: así para allanar las dificultades, como para agenciar las provisiones, y solicitar lo necessario para la consecucion de sus desseos. Esto fue antes de entrar en las Californias, porque despues sobre el Padre Ugarte cayeron todas las diligencias, que eran menester, para que el Venerable Padre Salvatierra pudiera mantenerse en una tierra deshabitada de todo. Es cierto, que el Padre Juan Maria dexó varias limosnas aseguradas, pero el Padre Ugarte solicitó muchas mas, para lo qual conduxo mucho la general acceptacion, que con toda suerte de personas, y especialmente con las mas principales, y de mayor lustre de Mexico tenia el Padre. Y si con todo esto estuvo para des-

compararse la Conquista por falta de medios, que huviera sido à no tener un tan activo Procurador como el Padre Ugarte? Es, no hay duda, glorioso blason del fervoroso Padre Juan Maria de Salvatierra, haver sido el primero en entrar; pero siendo cierto, que *æqua pars est descendentis ad prælium, & remanentis ad sarcinas, & similititer dividunt.* 1. Reg. 30. v. 24. Es tambien indubitable, que no merece menor lauto, ni se le debe menor premio à el P. Juan de Ugarte por haverse quedado en Mexico procurando lo necesario para aquellas Misiones, mientras el P. Juan Maria entró en ellas à hazer guerra al infierno, y despojar à los demonios de aquella infeliz gentilidad, que tan avassallada estava. Assi al Venerable Padre Juan de Ugarte en gran parte se debe el primer ingreso, en mayor la continuacion, y en el todo la permanencia de estas Misiones.

Elcogió Dios à estos dos grandes, y Apostolicos Varones para una empresa, de que se ha seguido tanta gloria à su Magestad, y ha sido colmadissimo el fructo, que se ha cogido en las almas. Desde la primera vez, que el Padre Salvatierra salió à pedir limosna para poder emprender su Conquista, sacó por Compañero al Padre Ugarte, que se hallaba entonces leyendo Philosophia. Sucedió en esta ocasion, que entrando en casa de un Señor Prebendado, desde el patio le pidieron limosna, estaba en el corredor, y desde alli con mal modo, y muestra de mucho enfado, les arrojó un peso, que con grande humildad, y agradecidas expreßiones recibió el Padre Juan de Ugarte, teniendo no poco, que violentar su genio

nio pundooroso. Celebró mucho el Padre Salvatierra lo bien que exercitó su Compañero el oficio de limosnero, y con festiva alegría solía decir despues, que el Padre Ugarte havia dado muy buen principio, cogiendo con la limosna un competente socorro de mortificación. Esta que padeció esta vez fue un como preludio, ó ensaye de las gravísimas, que tuvo despues que padecer para juntar las crecidas limosnas necesarias para los quantiosos embios, que necesitaba la fundacion de un Reyno destituido de todo lo necesario. Es cierto, y no puede negarle, antes debemos confessar agradecidos, que aunque por estár exhaustas las cajas reales, y no por falta de desseo en nuestro Catholico Monarcha el Señor Don Philippe V. nada se libró de lo real erario; con todo alivió en esta parte mucho al Padre Ugarte la generosa piedad, y liberalidad piadosa de muchos ilustres Cavalleros. Fueron estos, para el agradecido recuerdo, y muy debida gratitud, Don Pedro Gil de la Sierpe, quien dió el navio con toda su tripulacion para que passara el Venerable Padre Juan Maria de Salvatierra. El Señor Fiscal de Guadalupe Don Joseph de Miranda, quien se manifestó tan zeloso, que para el fin de ayudar á obra tan santa, y del agrado de Dios, llegó á empeñar las joyas de la Señora su Conforte. El piadosísimo Eclesiastico, cuya generosa piedad, y larga profusion en hacer bien, dura, y durará siempre en las voces de la fama el Sr. D. Juan Caballero, y Ocho, el qual despues de haver fundado las dos primeras Misiones, llegó á ofrecer en una carta todo su opulento caudal, y á ser necesario su persona tambien. Ayuda-

son assimismo al P. Juan de Ugarte con sus limosnas los Señores de ambos Cabildos Eclesiastico, y Secular de Mexico, y muchos otros piadosos Caballeros de esta Ciudad; pero como fueta del principal embió, eran tantas las cosas, que á cada passo se ofrecian. no era razon molestar con cada una de ellas á los bienhechores, ni era justo importunar su generosidad con peticiones repetidas, y asistia mucho que tolera la invicta paciencia del Padre Juan de Ugarte.

A esto se le agregó la perdida de unos barcos, el malogro de otros, y la falta de lo necessario para tripularlos, por esto se decia communmente, que solo un Padre Ugarte podia dar vado á tan arduas dificultades. Todas las venció su heroico zelo, y todo lo que por este tiempo hacia, y padecia, se lo ofrecia á nuestro Señor, para que su divina Magestad le otorgasse su peticion de ser Misionero. Deseaba el Padre Misiones nuevas, asperas, pobres, y desamparadas, y por las cartas del Venerable Padre Juan Maria de Saharierra hallaba que las Californias eran á medida de su deseo. Con esto desde este tiempo en casi cada hoja de sus apuntes renueva esta peticion á Dios. Ya pidiendo inmediatamente á su Magestad, ya corrido por sus culpas, ó por mejor decir por su humildad, pide, poniendo por medianera á MARIA Santissima nuestra Señora. Ya se vale del poderoso patrocinio del Santissimo Patriarcha Señor San Joseph. Para este fin erigió al Santo en el Colegio de San Gregorio la hermosa Capilla, que hoy tiene, y está ilustrada, y ennoblecida con una muy ilustre, y devota Congregacion.

cion. La fabrica de esta Capilla costó al Padre Juan de Ugarte muchas persecuciones, y contradicciones, que tuvo que vencer, como él mismo lo dixo despues á un Missionero su confidente; pero todas estas molestias que tolleraba, ofrecia gustoso para que el Santissimo Patriarcha le alcanzasse de Dios el cumplimiento de su ardiente desseo de Misiones.

Quan agradables le fueron al Santo estos obsequios, y quan acceptas á Dios las fervorosas oraciones del Venerable Padre, lo mostró el efecto. Aun antes de que passara á sus deseadas Californias, consoló la bondad divina sus fervorosas ansias, mostrandole por aquel mismo tiempo aquella misma lancha, en que havia de passar, con sola la diferencia, que la que el Venerable Padre vió en espíritu, tenia en lugar de Marineros unos niños Californios. Lo que estos niños significaban, no lo sabemos; pero no hay que dudar, que fue el vér el varco de este modo algun grande prenuncio, como lo fue aquel desmedido Etyope, que fatigó en sueños los rebultos hombres del grande Apóstol del Oriente San Francisco Xavier, á quien con tanta perfeccion procuraba imitar el Padre Ugarte. De este favor, que nuestro Señor le hizo, no puede haver testigo mas abonado, y fiel, que el mismo Venerable Padre, quien en los ultimos meses de su vida comunicó al Padre Missionero, arriba citado, este, y otros muchos casos, que le passaron en esta empresa. Bien, que despues de haverlos dicho, como corrido de sí proprio, y lleno el rostro de rubór, exclamó admirado. Que es esto Padre! Yo me debo de morir breve, y Dios debe

debe querer, que diga à V. Reverencia estas cosas, que tanto cuydado he puesto, que no salieran de mi pecho. Sea à su Magestad la gloria, que à mi no me puede caer mas, que la confusion.

## CAPITULO IX.

*Entra en las Californias el P. Juan de Ugarte.*

**H**ALLABASE EL VENERABLE PADRE en estos tiempos en el auge mayor de las estimaciones, y aplausos de la Corte Mexicana, con singulares creditos de sugeto consumado; y en todas lineas venia solo atendido, y venerado de todos, dentro, y fuera de casa; pero el Padre, que al passo que era de altos, y generosos pensamientos, era verdaderamente humilde de corazon, y despreciador de las honras, y lucimientos, solo desseaba sepultarse en los desiertos Californios, viviendo solo a Dios, y sacrificarse à llevar y ganar para Christo aquellos Indios miserables, y desamparados. Logró el Padre la ocasion de haverse perdido el año de 1700. el barco en que se llevaban los locos, y no hallandose modo con que suplir su falta, fue necessario, que saliesse el Padre Juan à hacer en persona las diligencias, si se hallaba por aquellos mares otro, ó era menester hacerlo. Fue sobre manera sensible para todos en Mexico su partida; pero necesidad tan grave, y urgente no pedia magnanimidad, ni actividad menor, que la del Padre Ugarte. Con esto tambien pidió licencia condicional à los Superiores para passar à Californias, caso que fuesse

necessario, para vér como estaban las cosas, y hacer las medidas necessarias para remediar lo que necesitaba de remedio. Partió de Mexico el Padre dia del grande Apóstol San Francisco Xavier, y como iba á imitar sus gloriosas proezas, quiso tambien imitarlo en su pobreza heroica, y así las prevenciones todas del Venerable Padre para un viage tan dilatado, como emprendia, se reduxeron solo á un par de sabanas, una colcha, y unos pocos reales, sin mas cargas, ni otros reparos para las muchas incomodidades, que ofrece un camino. Los trabajos, que en este padeció el Padre fueron muchos; pero para muchos mayores estaba dispuesto su zelo fervoroso. Llegó por fin al Rio Hiaqui, y allí con grande consuelo de su espíritu vió en un estero aquella misma lancha, que le havia mostrado en espíritu nuestro Señor. Era ella tan pequeña, y estaba tan vieja, y maltratada, que solo las gravísimas necessidades, que en Californias se padecian podian dar animo á unos quantos, fiados en la pericia de nadar, que havian adquirido en el exercicio continuado del buceo de las perlas, para que se embarcassen en ella. Luego el Padre Ugarte comenzó á disponer las cosas para passar en ella á Californias, en lo qual se detuvo algun tiempo. Todos los Padres Missioneros de Hiaqui emplearon toda su eloquencia, y persuasiva en disuadir al Padre de la empreña, que segun la prudencia humana parecia temeraria de atrojarse en una tan mal segura embarcacion á una navegacion peligrosa; mas el que tenia su confianza en la providencia divina, se alentaba mas con lo que podia ser motivo de aterrarlo: y así por

no decia á los Padres, que charitativos lo detenian, que en la misma insuficiencia de la embarcacion tenia librada la seguridad de su passage, fiado en Dios, hubo de hacer del que cedia, y desistia de la empresa; mas estando ya para partir la lancha, fuesse con grande priesa á los Padres, y les dixo: la lancha se dexa una cosa, que hará en Californias mucha falta (en esto dixo una grande verdad al Padre; porque lo que le faltaba era su persona necessaria summamente para aquella Conquista) con licencia de N. V. R. R. añadió, voy á que la lleben. Con esto se fue á la playa, embarcóse, y con poco viento, lo qual era necesario para que la embarcacion no se abriessse, en tres dias llegó al Presidio de Nuestra Señora de Loreto, en donde ya desembarcados todos, por si misma la lancha se deshizo. Parece que como si tuviera razon, ofensa de haver cargado á un grande Apostol, se desdeñó de transportar otras cargas. Llegó al referido Presidio el Padre Juan por visperas del Santissimo Patriarcha Señor San Joseph, quien le pagó con esto las mortificaciones, y trabajos, que havia tenido en la fabrica de su Capilla, y dió á entender que havia oido sus fervorosas suplicas.

Supole en Mexico su partida, y aunque los Superiores tuvieron mucho, que sentir en la falta, que havia de hacer á la Provincia un Sujeto de prendas tan acaladas, huvieron de condescender en que se quedasse por el bien, y provecho de aquella nueva christiandad. Havia dexado el Padre las disposiciones necesarias, assi en Mexico, como en las costas, para que fuesen los peccados focortos, mas con todo se hechó de vér presto lo im-

portante que allí era su persona. Hallábanse con grandes aprietos los pocos Sujetos, que estaban en el Presidio de Loreto, que era donde solo moraban: acometidos cada día de los Indios barbaros, necesitados sumamente de un todo, y sin esperanza de que pudiera venir socorro alguno, dando ya por perdida la lancha, que havia, cinco meses antes, ido por maiz á la otra vanda, y aunque pareció en medio de los mayores desconuelos, fué con la noticia de no haver podido seguir el rumbo, que llevaba por razon de los vientos contrarios, que le havian traído errante en los Puertos de Californias. Con esto vino á tan fatal estado la escasez del sustento, que llegaron á pesar las torrillas, y las cortaduras de las Hostias. Era el Venerable Padre Juan Maria de Salvatierra Superior, no solo de los nuestros, mas tambien del Presidio, su obligacion era mantenerlo, y sustentar á los Soldados, no tenia con que; lo que su Reverencia ayunaba, y se quitaba de la boca, no era bastante para saciar la hambre de tantos. Deseaba intensamente dexar primero la vida, que el puesto; pero no podia mantenerlo, sin menoscabo de los otros, que perecian al rigor de una necesidad, al passo que tyrana, irremediable, solobtaba su corazon piadoso en un piclago de angustias, y penas, al vér lo mucho que padecian sus Compañeros, y los soldados. Determinó por ultimo juntarlos á todos, y les dixo, que el estado de las cosas estaba, como lo veian, tan calamitoso, que se hacia forzoso ya el desamparar la empresa, y desistir de aquella Conquista, y volverse á Mexico. Oyendo esto el Padre Juan de Ugarte, no solo se opuso

constan

constantemente á la propuesta de desamparar la Conquista, sino que entrando luego en la Iglesia, hizo voto á nuestro Señor de quedarse, y permanecer en las Californias, aunque todos las desamparasen. Despues habló con grande espíritu, y energia á los Soldados, diciéndoles: no se vuelva pie atrás, ya estamos aquí, y aquí hemos de permanecer. Dios está de nuestra parte, y no nos faltará su proteccion. Confíemnos de su bondad, que hemos de salir con la empreña. Estas, y otras cosas supo decir con tan eloquente persuasiva, que convencidos los Soldados resolvieron quedarse, y continuar su empreña. Mas para aliviarlos á todos, salia el Padre Juan de Ugarte, las mas veces solo, por los terrenos, y montes á buscar anezcales, y otras fruillas silvestres, que era el unico mantenimiento, que tenian los Indios entosces, y despues de andar á pie dos, y tres leguas, volvia muy contento con su provision, de que participaban los Soldados, quienes alentados con el exemplo del Padre trataron de hacer lo mismo, deponiendo el robór, y venciendo la verguenza, que les ocasionaba el assemjarse á los Indios. Esto que se excusaba era lo que deseaba el Venerable Padre Juan Maria de Salvatierra; pero veia que era mucho para mandado, y siendo Superior, fuera indiscrecion el pedirlo; pero no hay que dudar, que siendo Subdito huviera hecho lo mismo, que el Padre Ugarte. Con esto tuvo lugar la humildad profunda del Venerable Padre Salvatierra, para decir, como muchas veces dixo, y se le oyeron muchos, que al Padre Ugarte se debía la conversion de las Californias.

No se satisfacía el deseo grande que el Padre Ugarte tenía de socorrerlos á todos, y tenerlos contentos, con el afán, y trabajo que hemos dicho que se tomaba de día para ir á buscar las fruítillas silvestres, solia tambien salir de noche á pescar en una canoa, con un Soldado, que le acompañaba, y luego venia muy gustoso á distribuir lo que havia pescado entre todos los del Presidio. Con esto los alentaba para que no estuviessen atornidos solamente á los socorros que venian de la otra vanda, que por muchas contingencias se solian retardar. No havia por este tiempo sembreras en Californias, y ocasion hubo en que apretó la necesidad de tal suerte, que no teniendo el Padre Ugarte de que hechar mano, hubo de tomar su sobretropa, y embiarla á la otra vanda, para que vendiendose alli, traxessen el precio de ella empleado en alimentos. A tales aptieros como estos llegó, y en ellos quiso Dios poner á la vista á los operarios evangelicos un exemplo muy illustre de magnanimidad, y constancia en las empreffas arduas, y dificultades de la gloria divina, y salud de las almas.

Todos estos afanes, aunque tan crecidos, no impidieron á el Apostolico Padre Ugarte, que se aplicara con extraño conato á el estudio de los idiomas barbaros de aquel inculto paiz. Empezó por la lengua usada en el Presidio de nuestra Señora de Loreto, que es una de las quatro universales de aquella tierra, y la mas difícil de todas. A este se aplicó el Padre, aun siendo assi, que le podia servir poco fuera de esta Mission. Luego, que la generosa piedad, y zelo christianissimo del insigne bien hechor

chof de la Compañia el muy ilufre Señor Marquez de Villa Puente (quien en habito feclar, ocultaba un efpiritu apofitolico, y anhelaba con fervorofas anfiás, y deleos por la conversion de los gentiles, propágacion de nueftra fanta fé, y reformation del chriitianifmo) fundó otras Miffiones, hafta fiete, penetró el Padre la tierra, y aprendió la otra lengua univerfal con todas fus variaciones, aplicandofe á ellas, como fi acabara de venir, y empezara á estudiar la primera. Esto no pudo fer fin exceffivo trabajo, no haviedo arte, ni vocabulario alguno, y tal vez huvo de valerte el zelo del fervorofó Padre de una bien peregrina induftria, como fue el imponer, con efpecial efmero, á un niño Californio en nueftra caftellano, para que después efte le fueffe declarando lo que no entendia el Padre de fu barbaro Idioma. Allí fe ajustó al consejo de S. Pablo, de hacerse ignoante para fer fabio verdaderamente, aprendiendo de los mílmos á quienes iba á enseñar la Sabiduria del Cielo. El mílmo refón, que obfervó el Padre en aprender, y perfeccionar fe en las lenguas, lo mantuvo en el trabajo, trabajando tan esforzada, y continuamente al fin, como al principio. Nunca ponderó fus trabajos, antes los difminuia fiempre, y muchos de ellos contaba como diversiones: con todo efcribiendo en los últimos años de fu vida al Señor Fífcál de Guadaluaxata Don Joseph de Miranda, le dice: Señor, ya yo eftoy viejo; mas lepá V. S. que la neceffidad me hace trabajar como mozo. A otro Sujeto de la Compañia, que le preguntó por fu edad, y por el tiempo, que lleva á de Miffiones, le refpondió: mi edad fon feienta, y

Ocho años, ha treinta, que vine á Misiones, y tengo sesenta de Misionero; porque puede creer V. Reverencia, que treinta años de Californias son sesenta. Y con toda verdad puede decirse, que considerando lo mucho, que hizo el Padre, fueran pocos sesenta años para ello, y es maravilla lo que hizo en los treinta, como se verá en el decurso de su vida.

## CAPITULO X.

*Passa el Padre Juan de Ugarte á la Mission de San Francisco Xavier, y lo que hizo en ella.*

**H**AVIASE DADO YA PRINCIPIO A LA fundacion del Pueblo, y Mission, que llamaron San Francisco Xavier; por justos respectos, que para ello huvio, ordenó el Venerable Padre Salvatierra al Padre Ugarte, que se encargase de continuar dicha fundacion. Partió luego para allá, y aquí fue donde todas las furias infernales se conjuraron contra el Siervo de Dios; pero supo vencerlas con generoso, y magnanimo corazon abido siempre á la proteccion divina. Para reprimir, y contentar la insolencia de los Indios Serranos, fieros, y viciosos, que hacian guerra, y se oponian á la fundacion de la Mission, subieron los Soldados á la Sierra llamada de San Xavier, castigaron á algunos de los Indios, y se ayuntaron los demás, quedó haciendo escolta á el Padre para resguardo de su persona, una escuadra. Los pocos Indios, que estaban antes juntos, y sujetos, parte am-

drent

Arrematados por los Soldados, parte engañados del demonio, huyan de la Mission, tanto, que en seis me ses no pú-  
 oreció alguna. Aqui fue donde el Señor acrefoló Tavittud  
 heroyca de su Siervo, y el Padre descubrió los mas subli-  
 dos quilares de su admirable paciencia. Veíasse sin In-  
 dios, para cuyo bien, y remedio havia venido: la vecin-  
 dad de los Militares, con las continuas contiendas, riñas,  
 y difenciones, que semejante gente tiene como insepa-  
 rables de su empleo, y la licencia, que para todo se to-  
 man, le era de inexplicable molestia, y lo mortificaba  
 en lo mas vivo. No podía el Padre apartar de sí á los Sol-  
 dados, embiandolos al Presidio, por haverse los puesto  
 el Superior, y estar aun inquietos los Indios. No hallaba  
 á estos el Padre, ni podia buscarlos: assiuo lograba el fin  
 de su venida, ni cogia de sus trabajos mas fruto, que  
 exercitar la paciencia. Entonces (segun el mismo Padre  
 dixo á otro Padre Missionero su confidente) fue quando  
 levantando á Dios el corazón, y humillandote profunda-  
 mente en su divina presencia, empezó á decirse á sí pro-  
 pio. Ves aqui estás ya en Misiones nuevas: anhelabas  
 en empreffas gloriofas, y conversion de la gentilidad, no  
 querías Misiones antiguas, si no nuevas, que te costaffen  
 sudor, y trabajo: ves aqui, que nada puedes, nada ha-  
 ces, ni lo harás, si no acabas de desengañarte, que nada  
 puedes, y nada harás, si no lo hace Dios.

Con estos afectos de humildad, y otros, que el Se-  
 ñor sabe, su Mageftad, que pone siempre los ojos de su  
 piedad en los humildes, se dió por obligado para abrir las  
 puertas tan cerradas á la conversion de los Géntiles de la  
 Sierra

Sierra de S. Xavies, y consolar à su Siervo el P. Ugarte. Fue el principio un gracioso chiste, propio de la agudeza del Padre. Deseaba mucho; pero no podía despedir la Esquadra de Soldados, que estaban de escolta, y servian de espantajo à los Indios. A este tiempo tenian en el Presidio de nuestra Señora de Loreto cierta obra entre manos, para la qual se necesitaba el instrumento à que llaman los oficiales esquadra, el qual tenia el Padre Juan de Ugarte, embiándole un recado en esta forma: tenemos acá una obra entre manos, y para ella se necessita la esquadra, V. Reverencia nos la embie. Muy bien entendió el recado el Padre, y se puso en lo que pedian; pero valiendose del equivoco logró la ocasion, para quitar de allí aquel estorvo, que tanto lo acozijaba, y ayentaba à los Indios. Dixo luego al Cabo de la Esquadra, que se fuesen à Loreto; porque de allá embiaban à pedir la Esquadra. Opasose el Cabo, y los demás Soldados, representando al Padre el gravissimo riesgo en que quedaba entre los Indios alborotados; pero él resueltamente les dixo: yo no me meto en como quedo, de allá piden la Esquadra, y ha de ir. Con esto partieron luego los Soldados, y hallandose con ellos en el Presidio, despacharon al Padre otro recado, diciendole: no pedimos acá la Esquadra de Soldados, sino la de palo, para la obra. A lo qual respondió el Padre Ugarte: qué mas de palo la quieren que la que fue? Allá le puede quedar, y va ahora la que piden, y es necessaria para la obra. Luego que se fueron los Soldados, à la noche vino un Indio, y se quedó à la puerta, como azschando desde allí, sin atrevete à entrar.

Luego

Luego que el Padre Ugarte lo vió, le pareció haver visto à un Angel del Cielo. (con estas formales palabras lo dió despues al Missionero arriba mencionado) llamólo con grande afabilidad, y carifio, lo acarició, y regaló, preguntóle donde estaba la gente! Dixole, que fuesse à llamar a los demás, y les dixesse, que no tenian porque temer, que ya podian venir seguros. Alentados con esto los Indios, y con las noticias, que su Compañero les daba de la buena acogida, que le havia dado el Padre, fueron poco à poco viniendo, con lo qual por entonces se serenó un tanto la Borrasca, y el Padre prosiguió con grande fervor, instruyendolos en los mysterios de nuestra santa fé, y doctrina christiana.

Pero siendo, como es, tan grande la inconstancia de aquella gente barbara, parte por la innata veleidad de sus volubles genios; parte por los muchos ministros del demonio, con quienes trata familiarmente, como un amigo con otro, y estos con perniciosas supersticiones, y persuaciones falsas alteran, y alborotan al vulgo, presto se suscitó otra terrible tempestad, en que todo estuvo para perderse, y corrió grande riesgo la vida del Padre Ugarte, que huviera perdidola, à no haverla Dios defendido con singular providencia. Atumulturaronse los Indios con resolucion firme de matar al Padre y à todos sus Compañeros, armados ya con sus arcsos, y flechas, se pusieron en fila delante de la casa del Padre, y aun aquellos muchachos domesticos, que asistían de ordinario al Padre, desamparandolo en esta ocasion, armados tambien con sus arquillos fueron à incorporarle con el resto de la

genta, y todos estaban ya en punto de acometer. A este mismo tiempo sin saberle como, ó por donde, oyó el Padre Ugarte dos tiros de escopeta, persuadióse, que sería el Padre Juan Maria de Salvatierra, que venia con alguna escolta de Soldados quientes, como tenían de costumbre, havian disparado saludando à San Francisco Xavier, subió luego al campanario, y comenzó à repicar las campanas, que ni aun esto havia otro que lo hiciera, desde allí vió dos Soldados solos, y llegando al sitio adonde se les podia hablar, les dixo el Padre. Que es esto? Como, ó para que vienen ustedes? A esto respondieron ellos, venimos Padre de retirada: Esta noche pasada hemos andado por esos llanos, y hay tan grande alboroto de Indios, que no nos atrevimos a parar, y por que no nos descubrieran hizimos fuego en un hoyo, y descanzando un poco allí, hemos retrocedido para acá. Admitiendo entonces el Padre Ugarte la oportuna providencia del Señor, que dispuso la venida de aquellos hombres en tan apretado lance, les dixo: No son ustedes hombres, sino Angeles, que Dios embia en esta ocasion, en que nos hallamos en el mayor conflicto. Y es así, que fue disposicion de la divina providencia; porque al vér à los dos Soldados los Indios, se persuadieron à que ya su maldad estaba de antemano descubierta, y creyeron, que mas aquellos venian otros, con lo qual atemorizados se retiraron, y huyeron. Volvió à quedar otra vez solo sin Indios el Padre Juan de Ugarte, teniendo en estos lances mucho que sentir el mal logro de sus trabajos, y el poco fructo, que se sacaba de aquella gente

tan inconstante, anhelando tanto por el bien de sus almas, que por el, las mayores incomodidades, y fatigas, tenia por su mayor descanso.

Increible parece lo que este Venerable Varon trabajó por reducir, y traer al rebaño de Christo estas ovejas descariadas. El hizo poblar una tierra apenas habitada de las fieras, plantó la cruz en donde solo parece, que podia llegar las aves. Muchas fueron las almas, que reduxo à nuestra santa fé; pero fueron imponderables los trabajos, que necesitó tolerar para el logro de cada una de ellas, y de este zeloso Missionero se puede con toda razon, y propiedad decir que hubo menester ir al desierto por cada una de las ovejas estantes, y fugitivas. No hay duda que se hallan en las historias Varones Apostolicos, que hayan convertido mas almas; pero tambien es cierto, que no será muy facil de encontrar quien las haya convertido à costa de mayores afanes. El trabajo que à muchos costó una poblacion, se puede decir, que costó al Padre Juan de Ugarte cada una de las almas, que reduxo, y aunque estas fueron muchas, y tantas, que se numeran por millares, no hay guarismo para sus trabajos, y sudores, y solo puede contarlos aquel Señor, que es remunerador fidelissimo de los que trabajan por su gloria. Solia decir el Padre, que los que no havian visto las Californias, solo por especies aganas podian hacer concepto de lo que eran, y esto mismo se puede decir de sus apostolicos trabajos, como lo aseguran los que fueron testigos oculares de muchos de ellos.

Nunca supo rendirse à dificultad alguna, por ardua,

dua, que fuesse, ni huvo jamás temor, que acobardase su magnanimo corazon, conseruandose impetretito en medio de los mayores peligros. Parece que tenia razon de haverse amedrentado con el rebelion referido de los Indios; pero estuvo tan lexos de esto, que viendo se fin ellos solo, y sin hacer fructo en sus almas, salió à caza de ellos, buscandolos por los montes como à fieras, acariiciando à los que topaba para atraherlos, y reducirlos: assi volvió de nuevo à juntarlos, para que viviesen como racionales, y fuesen instruidos en la ley de Dios. Pero bien era menester el animo tan constante, y valeroso del Padre Ugarte, para vivir con aquellos barbaros, entre quienes siempre estava mal segura su vida. De ellos con razon podia el Padre decir lo que decia el invicto Martyr San Ignacio, de los Soldados, que lo guardaban: *Quibus cum benefeceris peiores fiunt*. Miralos no solo con piedad de Padre, sino con tierno amor de cariñosa Madre, solicitandoles el sustento, dandoles con que cubrir su desnudez, curandolos, y asistiendolos personalmente en sus enfermedades, todo por ganarlos para Dios, y reducirlos à vivir christianamente; pero prevalecia en ellos el desseo de la libertad, y el amor à la vida de salvajes, à que estaban acostumbrados en su gentilidad; y por esto estaban mal hallados con quien tanto bien les hacia, y se acumulaban con frecuencia. A mas del alboroto referido, huvo otro, en que por algunos dias anduvo el Padre con bien fundadas sospechas de que trataban nueva conjuracion los Indios, y pretendian matarlo. Estando una noche durmiendo, se le entró un muchacho en su casa, y des-

despertandolo á gran prisa, le dixo: mira Padre, que hay vienen los Indios á matarte, no tuyo el Padre mas tiempo que para meterse debaxo de la cama, y ocultarse allí, del modo, que pudo, y luego entrando los Indios, dispararon crecido numero de flechas á la cama, suponiendo que estaba en ella el Padre, á quien discutieron ya muerto, y para certificarle, llegaron á tocar la cama, y no encontrandolo en ella, saltaron furiosos desfogando su rabia en una imagen de lienzo de San Francisco Xavier, á quien arrojaron muchas flechas, y se fueron huyendo. Llegada la mañana, salió el Padre, y viendo quan destrozado havia quedado el quadro, se persuadió á que el Santo Apóstol havia querido recibir en su imagen las flechas, para libertarlo de ellas, y conservar su vida, para mayores trabajos, y se le hizo mas creible la especial proteccion del Santo en este tan peligroso lance, al reflexar en que no conocia al muchacho, que lo havia despertado, ni pudo saber quien fuese, y buscado, con exquisitas diligencias, nunca lo pudo hallar. Salió de su casa el Padre Juan en busca de los Indios; pero ya ellos aquella misma noche, despues de executada su maldad, se havian remontado, como lo tenian de costumbre, hallandose sin ellos, se fue á la rancheria, donde solo encontró á un Indio sentado, y muy confuso: acercandose á él el Padre, con grande afabilidad, le preguntó, que haces, aqui? A lo qual respondió el Indio: Padre yo estoy ciego, nada veo desde anoche, yo soy uno de los que fuimos á matarte, y le disparé flechas al Santo, y desde entonces quedé ciego, por esso me dexaron aqui mis parientes, y se han ido;

porque te tienen mucho miedo. El Indio tenía claros los ojos, y con todo nada veía, y esta fué especial providencia del Señor, que obsecratiéndole los ojos del cuerpo, quiso alumbrarle los de la alma, para que entrara en ella la fé catholica; porque era gentil. Llevólo consigo á la casa el Padre Juan, lo agazajó, y regaló; fuéle instruyendo en la doctrina, y hallándolo ya capaz del santo bautismo, hizo que se lo administrasse, la primera vez, que vino, el Padre Juan Maria de Salvatierra, lo qual hizo este Venerable Varon, con singular consuelo de su espíritu, pusole por nombre Ignacio, y vivió quatro años despues de baptizado; pero quedó ciego hasta morir.

Con summo afán, y á costa de muchos pasos, y fatigas, redaxó el Padre Ugarte á los restantes Indios, y los hizo valver á la Mission, donde, con grande cuydado, los instruya, y catequizaba, baptizando á los que hallaba estár ya bien dispuestos. Uno de estos Indios, tenido por grande hechizero entre los suyos, havia bastado mucho sobre que le baptizasse el Padre, el qual lo reusaba, y no havia querido hacerlo; porque desconfiaba mucho de el, que envejecido en sus maldades, y supersticiones, no les havia de dar de mano facilmente. Sucedió, que estando un dia el Padre Juan de Ugarte en compaña de otro Padre Missionero, que havia venido á vérle, leyendo un papel, que les haviam enviado, en que se contenian varias noticias á cerca de los ritos de los Chinos, llegando el Indio se puso delante de los Padres, preguntóte el Padre Juan, que queria? A lo qual responhió: vengo á que me baptizes; porque yo quiero ser christiano. Dizele

róle el Padre, yo no quiero baptizarte; porque tú no me  
 quieres decir tus cosas, y qué piensas, que no me las dice  
 este papel? Atonito el Indio replicó; pues si tu sabes ya  
 mis cosas, para que te las he de decir yo? Tu por tu  
 voca me las has de decir, si quieres ser christiano, le añá-  
 dió el Padre. Con esto se resolvió el Indio à declarar sus  
 supersticiones, y descubrió todas las cosas de su religion,  
 que hasta entonces havian ocultado con profundissimo  
 silencio. Estuvólo catequizando el Padre algunos dias,  
 apuntó las cosas que le havia descubierro, para conferir-  
 las con el Venerable Padre Salvatierra, y hallandolo ya  
 Lien dispuesto, le administró el santo bapuzmo. Viendo-  
 se el Indio ya christiano, le dixo al P. ya yo no me voy  
 de aqui, y entrando en la Iglesia, se metió en un rincón  
 de ella, de donde por ningunas instancias quiso salir; pero  
 que decia, que lo havian de matar sus parientes, por las  
 cosas, que havia descubierro. Sin desamparar su puesto,  
 ni de dia, ni de noche, se mantuvo como dos meses, al  
 cabo de los quales murió. Dispuzo el P. darle sepultura  
 en aquel mismo sitio, en que havia perseverado tan conse-  
 tante, y le hizo enterramiento publico, y solemne, para exem-  
 plo de los otros Indios, à quienes mandó llamar, y les  
 dixo, que vieran el modo con que se enterraban los  
 christianos; porque la usanza de ellos en su gentilidad era,  
 en muriendo alguno, poner fuego al cadaver, hasta que  
 quedaba hecho ceniza.

A los afanes que tenia el Padre Ugarte en la ins-  
 trucción, y enseñanza en lo espiritual de los Indios, se  
 juntaban otros muy crecidos, siendo forzoso instruirlos

en todo, y assi para que trabaxassen ellos en la fabrica de la Iglesia, y casa, y en hacer chozas donde vivir, era necesario, que personalmente trabajasse el Padre con ellos. Y viendo que no era facil reducirlos à la doctrina, y vida racional, y christiana, no habiendo que darles de comer en el Pueblo, estando necessitados à salir como bestias à los montes, en busca de sustento, puso todo su esmero en allanar esta dificultad. A este fin, en quanto el sitio lo permitió, para una poca de agua, que entonces corria, hizo una presa de cal y canto, siendo él mismo el maestro, atajó la agua, abrió zanjas, y conduxo por ellas el agua à algunos parajes, que laboreados, regados, y sembrados, rindieron tan buenas cosechas de maiz, y de trigo, que hubo no solo lo que bastaba para la Mission, y para dar à los Indios, que acudian à la doctrina; sino que hubo tambien para socorrer al presidio muy necessitado por entonces.

Asegurado ya el alimento de los suyos, con solita providencia de amoroso Padre, emprendió el remediar su desnudez. Era esta como la del estado de la inocencia; porque los hombres andaban totalmente desnudos, y aunque las mugeres trayan un como delante de nudos de cañas enfierrados, estando estos pendientes del hilo con que se ciñen, sin mas union, que estar unas sobre otras à qualquier movimiento, no teniendo grande cuidado, quedaran totalmente desnudas. Deseando pues el Padre Ugarte remediar tan grave necesidad, determinó armar unos telares, solicitó que de las Misiones del Rio Yaqui le traxessen lana, y ovejas, y llegó à

tenet hañados mil cabezas, enseñó á los Indios á texer frezadas, y otros texidos, para que assi tuviesen con que cubrirse, y algun reparo contra los temporales. Esta grande sollicitud, y cuydado, que tenia el Padre en atender á los Indios ya reducidos, no le impedia el salir, como lo hacia muchas veces, á distancia de treinta, y quarenta leguas, á descubrir parajes acomodados para nuevas poblaciones, y amansar con el trato, y comunicacion á los Indios montaraces, metiendose en peligros, donde solo pudiera entrar la animosidad grande, y ardiente zelo del bien, y salvacion de las almas.

CAPITULO XI.

*De otros Pueblos, que fundó el Padre Juan de Ugarte.*

**E**STANDO YA LAS CO SAS ESTABLECIDAS en el Pueblo de San Xavier, sobrevino una grande seca, por no haver llovido en espacio de cinco años, con esto se secaron los veneros, de tal modo, que no solo faltó agua para regar la tierra, sino tambien para beber. A esta tan lamentable desgracia huviera descaecido qualquiera otro animo menos valeroso, viendo todo el trabajo perdido, y que no servia ya la Iglesia, la casa, y lo demas, en que alli se havia trabajado; pero no por esto faltó el animo al Padre Ugarte; pasó á otro paraje distante de alli tres leguas, donde fundó el Pueblo de San Pablo, auu que con los mismos trabajos, con ma-

yores conveniencias de las que ofrecia la Mission de San Francisco Xavier. Aqui edificó una Iglesia toda de cal y canto, con inexplicables afanes, por ser la tierra destituida de un todo: hizo llevar la cal desde la playa, que dista nueve leguas de asperissimo camino, las vigas se llevaron desde el Puerto de Matanchel al Presidio de nuestra Señora de Loreto, y desde ay, por montes, y sierras muy alperas, hasta San Pablo. Desmontó un melquital rapidissimo, y conduciendo el agua por una targea, obra propia de su grande ingenio, reduxó á labor la tierra, que parecia incapaz de dar fruto alguno, y previendo al mismo tiempo, que por ser poca la tierra, y colgada, y que en pocos años podia esterilizarse, con la cortiente de las agnas, plantó unas sepas en la orilla de la targea. En otro paraje incapaz de siembra, puso un parral, de que cogió abundantes cosechas; pues habiendo repartido con los demás Padres Misioneros muchas tinajas de vino generoso, embiado lo demás á la otra vanda, fravia para socorrer muchas necesidades de la Mission. Cogió tambien muy buenas cosechas de maiz, y trigo, con que ayudó á los del Presidio, para que salieran de muchos ahogogos en que se hallaban. Todo esto alentó grandemente á los demás Padres, para que procurassen hacer en sus Misiones lo mismo, en quanto lo permitia el paraje, de suerte, que llegaron á concevir firme esperanza de poder mantenerse, aun quando les faltassen de fuera otros socorros.

Con tan gloriosos trabajos, y sudores del Venerable Padre Ugarte, florecia mas cada dia, y se augmenta-

ba la christiandad; pero como negociante Evàngelico, que trataba en preciosas margaritas, con una codicia santa, anhelaba siempre á nuevos logros, no perdonando á diligencia, por conseguir nuevas ganancias de almas. Por este fin prosiguió el Padre entrando en lo interior de las sierras en busca de gentilidad, llegó al sitio, que intitulan Santa Rosalia, donde fundó otro Pueblo con los afanes, trabajos, y contradicciones, que havia fundado los demás. En esta fundacion del Pueblo de Santa Rosalia, se vió en otro peligro de la vida, no menos apretado, que los antecedentes. Embiaron á llamar al Padre unos Indios, que vivian distantes, cerca de las playas del Oceano del Sur, que llaman contra costa, á distincion del golfo Californio, ó mar lauretano. Púsose luego el Padre en camino para allá, con grande consuelo suyo; pues tenia todo su gusto en ganar almas para Dios. Haviendo llegado á donde lo esperaban los Indios, aunque estos de primero lo recibierou de paz, á poco rato, instigados del demonio, y de sus ministros, comenzaron á alborotarse, y los que eran entre ellos principales, persuadieron á los demás, que mataran al Padre. Comenzaron luego á gran prisa cada qual á disponer su arco (que porque no rebiente le suelen tener floxo, quando no salen á cazar) tomaron las flechas, y cercaron al Padre. Iba su Reverencia acompañado de dos muchachos, que le servian en casa, y de otro Indio grande, llegóse este muy atigido al Padre, y á los dos chiquillos, y les dixo: cuydad bien al Padre, que lo matan, matan al Padre los Indios. Oyó estas voces el Padre Ugarte, y vió que en realidad era muy  
estres

efrecho el lance; pero con aquella su inoata mágna  
 nimidad, y corazon verdaderamente grande, y valeroso,  
 no solo no dió muestra alguna de acobardarse; sino que  
 aleorando su voz que de suyo era bien alta, y corpulenta,  
 con extraño brío comenzó á decirle al Indio. No me  
 matan; porqué me han de matar? Ellos me llamaron, y  
 por esso vine, no me matarán. Estas voces dichas tan  
 animosamente, ó para decirlo mejor, Dios valiendose  
 de ellas, infundió terror en los animos de aquellos barba-  
 ros, y los hizo mudar de intento. contuvieron su diaboli-  
 ca furia, y acercandose al Padre uno de los principales, le  
 dixo: No tienes miedo? No respondió el Padre, que  
 miedo he de tener, si vosotros mismos me embiasteis á  
 llamar? Y ahora sea, que el dicho Indio hablase á los  
 demás, y los aquietase, ahora (y es lo mas cierto,) que  
 Dios aplacó con especial providencia sus deprobados ani-  
 mos, ellos se apaciguaron, y el Padre libre de riesgo tan  
 terrible, se volvió á su Mision de Santa Rosalia. Al ir  
 llegando á ella, no acababan de persuadirse, á que era el  
 Padre, los mismos, que lo veian; porque se haviam ya es-  
 percido las voces, y corrido por cierto, que el Padre  
 Juan de Ugarte havia muerto á manos de los Indios en  
 la contra-costa. Al mismo tiempo, que el zelosissimo  
 Misionero se vió en tan peligroso conflicto, y salió con  
 felicidad, lo manifestó nuestro Señor en Mexico á una  
 sierva suya Religiosa Capuchina de probada virtud, de  
 quien lo supo el Venerable Padre Juan Maria de Salva-  
 tierra, quien se hallaba por entonces alli con el empleo  
 de Provincial; y después volviendo el Padre á Californias  
 se

le informó del caso, preguntando al Padre Ugarte, si en la realidad se havia visto en aquel riesgo, y cotejando el tiempo, halló ser el mismo en que la Religiosa lo havia dicho.

Vuelto à su Mission de Santa Rosalia el Padre Ugarte, à pocos dias, recibió una embaxada de los mismos Indios sobredichos, en que de nuevo le llamaban; mas el Padre respondió al mensajero: diles, que no quiero ir, que vengan ellos acá, yo fui allá, porque me llamaron, y ellos me querian matar. Es Padre, replicó el embiado, que no te conocian, y por esso te querian matar; ahora ya te conocen. Pues diles, que vengan, respondió el Padre, que yo aqui los regalaré. Volvió el Indio con su embaxada, y luego à pocos dias vino una numerosa tropa de gentiles, à quienes recibió cariñoso el Padre Ugarte, los regaló quanto pudo con aquellos regalos, de que gusta aquella gente barbara, y despues de bien catequizados, é instruidos en la doctrina christiana, los baptizó, ganando para Dios, y dando con grande complacencia suya la vida del alma, à los que havian intentado quitársela del cuerpo.

Asi el Señor, que mortifica, y vivifica, consoló à su Siervo, que por su amor exponia su vida à tantos riesgos. Ni fue sola esta tropa de gentiles la que el Venerable Padre logró lavar con las aguas saludables del baptismo, en el Pueblo de Santa Rosalia; fueron muchos otros los que baptizó, y reduxo à vida racional, politica, y christiana, y en todo fue colmado el fruto, que hizo allí. Para conseguir tan buenos, y deseados efectos, ha-

era maravillosamente servia á su apostolico abrasado zelo, todos los dones naturales de que estaba adornado, y las habilidades, que tenia, y nada hay para que no la inviera. Era forzoso, no solo hacerse amar de aquellos barbaros, sino tambien darse á temer, y respetar; para esto le sirvió á el Padre Juan ser hombre de extraordinarias fuerzas, y tanto, que de ellas quantas maravillas, quantos lo conocieron, y le vieron hacer cosas de asombro. De estas sus estrafias fuerzas hizo en algunas ocasiones alarde á vista de los Indios, para ponerles miedo. Es aquella nacion inclinadissima á luchas. Sucedió una vez, que haviedo de reavado dos Indios de dos distintas castas, fue tan prolongada la lucha, que en todo el espacio de una tarde, no pudo hechar por tierra á su contrario alguno de los luchadores: hallabasse presente el Padre, y llegando á ellos con cada mano tomó á cada uno de ellos de los cabellos, y remiendolos por un rato levantados de la tierra en alto, después á uno de un lado, y á otro del otro, los arrojó en el suelo con grande admiracion de los circunstantes, que eran muchos.

Otra vez fue llamado el Padre á confessar á un enfermo en un paraje, que distaba de su Pueblo algunas leguas, salió en una bestia, que aunque estaba por dormir, y haviedo caminado algun trecho, volvió los ojos ázia la espesera de un bosque, donde descubrió á un animal hechado en el suelo, quiso llegar á reconocer si era por ventura alguna cria de las yeguas, que havia en la Mission, aplicó las espuelas á la bestia, en que iba; pero por algunas diligencias la pudo hacer, que se acercara, y

es, que por el olor havia rastreado ya lo que àquello era. Hechóle el Padre á pie, y al irle acercando vé levantar á un Leon, que amagaba ya á acometerle; pero no se turbó en lance tan peligroso, tomó dos piedras, y luego disparó una con tanto acierto, que dió con ella al Leon en la frente, y lo arañó, iba ya á querer acometer con mas furia, y disparandole la segunda piedra, anduvo esta tan certera, que dió el golpe en la misma parte, que la primera, y dió en tierra con aquel bruto medio muerto, llegó entonces, y poniendole el pie en el pescuezo lo acabó de matar el Padre Juan, á quien si muchos con razon llamaron el Atlante Californio; por esta, y otras semejantes hazañas de su animosidad, y valor, podieron con el mismo derecho, tambien llamarlo el Hercules. Vivia confiado siempre del poderoso auxilio del muy alto, y lograba la proteccion del Señor de los Cielos, y assi haviano andado sobre el aspid, y basilisco infernal, y hollado al dragon del abyssmo, quitando de su poder tantas almas; puso tambien sus victoriolas plantas sobre la cerviz aliva de aquel Leon, simbolo del que anda siempre en torno, buscando ansioso á quien tragarse, á quien para hacerse la resistencia, es necessaria la fortaleza toda de la fé, que andaba plantando en aquellos paramos incultos el Venerable Padre Juan de Ugarte. Este assi que se desembarazó del ministerio á que iba, volviendo por el mismo paraje, le pareció conveniente llevar al Pueblo el despojo de su victoria; pero en esto havia no poca dificultad, por ser, como diximos, indomita la bestia en que caminaba, y por el natural horror, que todas las bestias,

aunque sean muy mansas, tienen á estas fieras; pero el Padre Ugarte, para quien se puede decir, que no havia impossibles, discurrió traza para llevar el Leon muerto sobre la vestia ferrera, y fue, que apeandose, se quitó el cingulo, y amarrando con él al Leon, lo colgó de un arbol con lazo corredizo, volvió á montar en la bestia, y la forzó á passar por alli, haciendo que al passar cayesse el Leon sobre la silla. Al principio se le hizo á la bestia insufrible la nueva carga, y con muchos reparos procuraba sacudirla; pero por fin tendida, hubo de llevarla hasta el Pueblo, quedando mansa de aquella vez, sin que se necesitasse mas de domarla. Vieron los Indios el Leon, y quedaron admirados, conciviendo con esto grande temor, y respecto al Padre, que mostraba tanto valor en todo.

Así como se valió de sus fuerzas, y natural animosidad para bien de las almas, aplicó tambien para utilidad de ellas todas sus habilidades. Apenas hay officio mecanico, q̄ no exercitasse como Maestro, y lo enseñasse á los Indios el Padre Ugarte, quien siempre salia felizmente con todo quanto intentaba. Ya se dexa entender de una gente inculta totalmente, y barbara, nacida, y criada entre los brutos en los montes, que vivian mas, que como hombres, como fieras, que nada havian de saber, y era fuerza, en los principios especialmente de aquella Conquista, enseñarleslo todo. Aplicóse el Padre á lo exercitando por si los officios, para que despues ellos los fuesen aprendiendo. Fue necesario, como ya se dize, armar telares, para que tuviesse con que cubrir su delaquez,

dez, y el Padre Ugarte exerció el oficio de tejedor, hasta que aprendieron los Indios. Para la fabrica de las Iglesias, y casas era necesario saver de arquitectura que ni por su nombre conocia aquella gente, aplicóse por si mismo el Padre a abrir cimientos, a levantar paredes, y llegando el tiempo de techar, por su propia mano labró, y accepilló las maderas, haciendo muy bien el oficio de carpintero; para que estuviesse decente el pavimento de las Iglesias, por sus manos tambien formó hornos el Padre, y sacó muy buenos ladrillos. Despues se dedicó á fundir campanas, que salieron muy buenas. Y conociendo la rudez de aquella gente, que aun para su propia utilidad, y conveniencia, les faltaba la habilidad, assi en este Pueblo de Santa Rosalia, como en los otros, les hizo casillas, para que havitassen los que antes solo se goarecian baxo de los arboles; para formar estas chozas se puso el Padre personalmente a hacer los adoves, de que se componen, y le duró este trabajo, hasta que aprendieron los Indios.

En este Pueblo de Santa Rosalia dispuso Dios en una ocasion especialmente, que huviesse testigo, que lo pudiesse admitir, y edificar de la humildad, con que el Venerable Padre Ugarte se ocupaba gustoso en los ministerios mas abatidos. Este fue su Hermano el Padre Pedro. Havian quedado solos en todas las Californias los dos Padres, por haver venido á Mexico el Venerable Padre Salvatierra á exercir el cargo de Provincial; y el Padre Francisco Maria Picolo estar empleado en la visita de la Provincia de Sonora; estaban distantes uno del

oro, como treinta leguas, y habiendo pasado dos meses sin verle, resolvió el Padre Pedro ir à vér à su Hermano para tener consuelo en su espíritu confesandose, y algun alivio en su soledad comunicandolo. Pafóse en camino, y al ir llegando à la cercanía del Pueblo de Santa Rosalia, descubrió à lo lejos un hombre, que le pareció Español, hizole fuerza; porque havia muy bien, que el Padre Juan à ninguno tenia en su Mission, que no fuese Indio, con la curiosidad de reconocer quien era, se acercó, y vió que era su Hermano, que estaba embuelto en una capa vieja, que le haviam dado de limosna, ceñido con un cinturón, con un azadón en la mano, descalzado de pie, y pierna, metido hasta las rodillas en el lodo, haciendo una presa para recoger el agua, para aprovecharla en sus sementeras. Mereció grandemente este espectáculo al Padre Pedro, y lo suspendió por algun rato la admiracion. Y no era para menos el caso; porque qualquiera le havia de admirar viendo las mas realzadas prendas, y los talentos mas escogidos sepultados en el lodo. Digno era de admiracion, ver un azadón en aquella mano, que debia ocuparse con una delicada pluma, declarando los mas sublimes conceptos de su nunca bastante mente celebrado ingenio, cogiendo agua para regar la tierra, el que havia allegado caudal muy quando de ciencia, que podia difundir en copiosos raudales, y hecho fierro de unos barbados, el que merecia estar colocado en los primeros gobiernos de la Provincia. Pero como despues que la eterna sabiduria se encubrió en el baño de nuestra vanidad, la veida-

Verá gloria es imitarle, e los empleos humildes hicieron al Padre Ugarte mas glorioso; que lo huviera hecho el lucimiento de sus talentos incomparables. Libre un tanto de la admiracion el Padre Pedro, se acercó á saludar á su Hermano, y le preguntó: que es esto Padre Juan? Como está V. Reverencia de esta suerte, y en este traje? Estoy assi, respondió el humilde Padre, por la decencia Religiosa, porque no tengo mas sotana, que la que vé V. Reverencia. La dicha sotana era solo un peducho viejísimo con unas tiras muy rotas, que usaba para darse á conocer por Religioso, y lo restante le cubria con la capa vieja, que havia recibido de la limosna.

Correspondiente á este vestido fue muchas veces el calzado del Venerable Padre, pues hubo ocasiones en que gastandose del todo las suelas de los zapatos, andaba solo con el cordován viejo, cubierto el pie. Por esto, y por socorrer á los otros Misioneros, de quienes en todo cuidaba, y se persuadia, que les sucediera lo proprio, se aplicó el Padre Juan al oficio de zapatero. Empezó tambien el hacer ollas, y demas obras de barro, y salió con ello. Esto, como otras cosas, llegó á noticia del Señor Fiscal de Guadalaxara, Don Joseph de Miranda, con quien el Padre tenia frecuente correspondencia, por ser insigne bienhechor de aquellas Misiones, y aun el título de Procurador de ellas, le da en algunas cartas el Padre Ugarte: en una que este Señor escribió al Padre, le da los parabienes, de que habiendose aplicado á Alfaharero, huviera salido tan bien de su empeño, y luego añade: *mas quando no fue para todo el Padre Ugarte?* A esto respondió el

el Padre Ugarte con aquella humildad profunda, que dá  
 za el mayor realze á sus talentos, y prendas: Señor, la ne-  
 cessidad tiene cara de herije, lo que puedo decir á V. S. es, que  
 si el inventor de las ollas necessitó de tanto, como yo para la pri-  
 mera, muy agradecidos debemos vivir por su cuidado. De allí  
 verá V. S. quan para nada soy; pues lo que hace un Indio dur-  
 mien lo, apenas lo puede hacer el Padre Ugarte desvelado. Há-  
 za aqui las palabras de la carta, en que se vé lo poco, que  
 estimaba sus talentos, el que era de todos estimado.

## CAPITULO XII.

*De la fundacion del Pueblo de San Miguel, y  
 otros trabajos del Venerable Padre.*

GRANDE FUE, Y MUY COLMADO EL  
 fruto, que en la Sierra de Santa Rosalia hizo el  
 Venerable Padre, y mucha la gentilidad, que recogió, y  
 baptizó; pero quiso el Señor todavia descubriete otros  
 campos espaciosos, en que se dilatasse su zelo, esparcien-  
 do la semilla evangelica, para alzar cosechas quancio tas,  
 con que avastecer los graneros del soberano Padre de fa-  
 milias. Fundado ya el Pueblo de Santa Rosalia, vinie-  
 ron à buscar al Padre los gentiles de las sierras, donde hoy  
 está el Pueblo de San Miguel, y es tierra áspera sumamen-  
 te. Fue luego el Padre muy gustoso, anduvo por varias  
 partes reconociendo la tierra, para vér qual fuesse el sitio  
 mas acomodado para fundar un Pueblo; baxó á la costa  
 del Sur, cethequizó, y baptizó á muchos gentiles de aque-

Maplaya, y volvió por fin al sitio en que hoy está el referido Pueblo de San Miguel, donde se recoge, y gana para Dios la gentilidad de aquellos contornos. El fundar aquí Pueblo era negocio tan arduo, que el pensarlo solo parecía de farino; pues siendo, estremada la aspereza del territorio, todo de quebradas, y barrancas profundísimas, no havia sitio alguno para siembras, ni agua con que regar, y faltando que daries de comer, no era posible reducir á los Neophitos á que viviasen juntos como racionales. Pero si del amor profano se dixo, que lo vence todo; mucho mejor sin comparacion save facilitas impossibles el amor de Dios, y el ferviente desseo del remedio de las almas, que redimió Christo con su sangre. La generosa llama de este sagrado amor, y este fervoroso desseo, havian ocupado enteramente el noble corazón del Padre Ugarte, y así no se le proponian dificultades, por arduas, que fuesen, que no acometiesse animoso, á vencerlas. Aquí verdaderamente dió todo el lleno de perfección á su nombre, y manifestó, que con razón le llamaba Juan; pues como otro Precursor en el desierto, andaba el Padre Ugarte en aquellas soledades de California, hecho voz, que sin cesar clamaba, para que abriesen, y prepatassen al Señor el camino los corazones de los gentiles, para que entrasse su Magestad á hermopear, y adornar sus almas con su gracia santísima. Enderezadas ya estas sendas, hizo ver, aun materialmente cumplido, lo que varió Moisés, y predicaba el sagrado Precursor, que havia de fiorecer en los valles la abundancia, que havian de humillarse los montes, y convertirse en campos llanos las asperezas.

Lo que principalmente impedía la fundación del Pueblo, era un horrendo precipicio en una muy profunda barranca, que impedía todo comercio. Para allanar este precipicio, hec[h]o el Padre veinte y dos mil cargas de piedra, y diez y ocho mil de tierra, y esto no como sobrestante, que aun así fuera trabajo muy excesivo, sino trabajando personalmente con la barra en la mano, lo qual junto con los excesivos calores de aquella tierra, ya se dexa entender quales serian sus sudores, y quales crecidos sus afanes. Para beneficiar las aguas, que en tiempo de lluvias baxan de las Sierras, hizo una presa, bastante para arajar, y regar las averdidas, las quales son formidables, por ser la tierra toda montes, y así fue menester para detenerlas una soca. De otro precipicio hizo el Padre un arroyo verjel con ciento y sesenta mil cargas de tierra, que conduxo de otras partes, lo qual sirvió para amansar, y domar las primeras mulas, que allí tuvo. A este hilo despues, con gracia, llamaba el Padre su Aranjuez, y con razon; porque allí havia plantado, y visto fructificar quantos generos de arboles pudo conseguir, y apenas hay fruta de la Nueva-España, que allí no se diese muy sazonzada. Las parras fructificaron de tal modo, que allegara un Padre, que algunos años despues fue de Visitador á aquellas Misiones, que hallandose presente á la vendimia de este Pueblo, en compañía de otro Padre, que consigo llevaba, vió que se cogieron quatroenta y ocho tinajas de vino, despues de haver repartido el Padre Ugarte muchas uvas entre los Indios, que concuerron de todas las rancherías. Todo esto le dic-

raba su zelo fervoroso para tener cevo con que atraer á los miserables Indios, que por su pobreza suma, y esterilidad grande de la tierra, andaban todo el año entre los montes, para buscar en las frutas silvestres su sustento.

Allanada la tierra, y assegurada el agua, sembró maiz, y trigo, quanto juzgaba necesario para el gasto annual de su gente. El trabajo, que costó todo esto al Venerable Padre, no hay voces para encarecerlo. Basta decir, que assi como se vió necesitado á exercitar todos los officios mechanicos, de albañil, carpintero, y los demas, de la misma fuerte le fue forzoso emplearse en todos los ministerios campestres; no hay officio, que pida el cuidado, y cultivo de una hazienda, que no exerciese. Un dia era harrero, otro pastor, otro baquero: un dia estaba arando, otro regando, otro sembrando; ya manejaba la hoz, ya la hazada, ya la reja, y veces havia en que lo hacia todo. Esto le fue necesario á los principios; porque aquella gente criada en suma libertad, sin saber lo que era trabajar, rehusaba el trabajo sumamente; pero al exemplo del Padre, que trabajaba para que ellos tuvieran que comer, los fue seduciendo insensiblemente á sacudir la pereza, que los ocupaba. Fue esto de manera, que como asegura el Padre Visitador, arriba dicho, quando estuvo en aquella Mission su Reverencia, estaban ya los Indios muy diestros en todas las faenas del campo, y trabajaban con grande gusto. Y es necesario, que fuele assi, porque veian, y tenian ya por larga experiencia conocido, que quanto la tierra producia, no solo de semillas necesarias, para el sustento; sino tambien de frue

Las nunca vista de ellos, si conocidas, todo era para que ellos comieran. De aquí solia tomar ocasion el Padre, para exhortarlos al aprecio, que devian hacer de sus almas; pues unicamente por el bien de ellas se havia venido de Mexico, donde sin trabajo, ni afán alguno, tuviera aquellas frutas, y otras muy regaladas.

Es tanta la incapacidad de aquellos miserables, que llegaron tal vez á persuadirse, que el Padre por comer, y por servirle de su trabajo, se havia venido á aquellos paramos incultos. En una ocasion un Indio viejo llamado Leopoldo, hablando con el P. le dixo: tu tienes algun pecado muy grande. Porqué hijo? Le replicó el Padre Juan; porque yo, dixe el viejo, he visto, que el Padre Silvaterra, y otros Padres han ido á Mexico, y nunca vas, con que sin duda tienes algun delito, porque te tienen en nuestra tierra de ferrado. El delito, que yo tengo, respondió á Leopoldo el Padre Ugarte, es, que el amo, que tengo, que es Dios, me manda, que cuide de ti, y de tus parientes, para que no se pierdan, sino que los enseñe á que se sirvan, para q' assi se salven, y vayan á verio alla en el Cielo; y assi, por ti, y por tus parientes estoy aqui, para hacerlos buenos. Quedó admirado el Indio con la respuesta, y desde aquel dia mostró mas amor, y reconocimiento al Padre, que al fin, aun las fieras se dan á los beneficios por obligadas.

El que les havia hecho el Padre en facilitarles el sustento, era grande, y ellos, aunque barbaros, lo conocian; y essi los ganó por la voca. como buen Pescador Evangelico. Fueron muchísimos los gentiles, que recogió, y

baptizó en este Pueblo de San Miguel. En el despues de asegurado el mantenimiento, hizo Iglesia, casa, y chozas para los Indios. Mas como estos son inconstantes, y altaneros, y les tira siempre el amor al ocio, y libertad; en que se criaron, recelaba el Padre, que despues de fundado con tantos afanes el Pueblo, algunos, ó todos lo desamparassen, y se remouassén de nuevo á vivir como fieras. Para impedir esto, en este, y en los demás Pueblos ya fundados, halló traza, con que arraigarlos. Y si bien es verdad, que todo lo que en los Pueblos havia, y quantos frutos se cogian era para ellos, es cierto tambien, que mas afecto, que á lo comun, se le tiene á lo que cada uno tiene como proprio. Por esto hacia el Padre Ugarte, que los Indios tuvieran sus cabras, ovejas, y gallinas, y sus pedazes de siembra, y consiguió en muchas rancherías, que sembraran maiz, y calabazas, y otras cosas útiles para sustentarse, y aunque nunca cogian lo bastante para poderse mantener largo tiempo, ya por su innata flojera, ya por la falta de agua, y otras penurias de aquel estéril territorio, servia con todo, para que ellos se aficionassen al sitio, y el Padre le sirvió mucho para atraer á otros, que bien hallados en su libertad, no havia forma de reducirlos á que vivieran en el Pueblo. Quando alguno de estos venia, le decia el Padre: mira a sola no como tiene ya su maiz, y no necessita de ir á buscar, que comer al monte; mira al otro, que ya tiene sus gallinas, y vendiendolas tiene con que vestirse; ya el otro tiene ovejas, y si pudieras tener lo mismo, si quisieras vivir en compañía de los demás. De esta fuente consiguió

gnió el que se redoxessen muchos, y suavemente los fue inclinando al trabajo, que ellos tanto sepegaban. Con lo qual se establecieron, y grandemente crecieron los Pueblos, que se havian fundado.

Mas el Venerable Padre, no solo miraba como suyos, para el cuidado aquellos Pueblos, que administraba, y que estaban con especialidad á su cargo, sino que se tuvo por obligado siempre á hacer nuevas diligencias, y á trabajar incesantemente, para socorrer á las demás Misiones. Apenas hay alguna en todas las Californias, de que no pueda decirse Fundador, ó á lo menos insignifimmo Bienhechor. Siempre la Mission, en que estaba el Padre Ugarte era perenne fuente de felicidades para todas las otras; porque en las que se fueron fundando, de alli tuvieron la finca en que se asseguraba la manutencion del Misionero, y de los Indios. Antes que viniese el fogero, á quien se havia de entregar la Mission, ya el Padre Ugarte le tenia prevenidas vacas, ovejas, cabras, mulas, caballos, y todo lo demás, que podia serle necesario, para que sin el cuidado de estas cosas pudiera mas libremente emplearse en atender á lo espiritual, y á la enseñanza de los Indios. Y siendo assi, que es comun en los Misioneros el prestar estas cosas, con la intencion de restaurarlas, quando la Mission, á que las prestan esté ya bien abastecida, y abundante. A lo qual los obligan las graves necesidades, que suelen padecer; en el Padre Juan no hubo mas cuenta, que la de su ardiente charidad, que lo traia siempre desvelado con la soliciud cuidadora de que nada faltasse á los otros Misioneros. De los otros

corros, que al Presidio embiaba, despues que se consiguió el que por quenta del Rey y nuestro Señor, se pagasse à los soldados, podia justamente demandar la paga, para tener esto mas en su Mission; pero estuvo tan lexos de hacerlo, que antes sabiendo tal vez, que havia aportado allí alguno de especiales habilidades, y que no se contentaba con el sueldo, que se le assignaba por exercitar su oficio, el Padre Juan le añadia algun emolumento de su Mission, le hacia frecuentes regalos, y se valia de quantos medios le dictaba su zelosa industria, para hacerlo grato; porque decia, que un hombre con alguna, ó algunas habilidades, era muy apreciable en aquel desierto, donde podian aprender los que de todo estaban ignorantes.

La charidad, y amor à los Indios, y el desseo fervoroso de establecer, y dilatar la christiandad, era el espíritu, que animaba las acciones todas del Venerable Padre, y esto le hizo no perdonar diligencia, que juzgasse útil para su desseo sin, por esto tambien continuamente discurria, que medios serian à proposito para penetrar à lo mas remoto de la gentilidad, y alumbrarla con las luces del Evangelio. En una ocasion, sin declarar cosa alguna de la detorá, que llevaba, salió sin compañía, ni mas vestimento, que unos tafajos, y anduvo veintre dias entre gentiles, con evidente peligro de su vida, y aun corrieron voces, que havian ya acabado con ella à aquellos barbaros, por cuyo bien se exponia à tantos riesgos. Con imponderables trabajos, y no menores riesgos, descubrió el paraje en que se fundó la Mission de San igna-  
cio.

cio. Alególe á estos grandes trabajos, el haverle señá-  
lado la obediencia por Visitador de aquellas Misiones.  
Empezó á exercitar su oficio por la tierra, que despues se  
signieton los trabajos de el amar, straveló para este efec-  
to los mas elevados montes, sierras, y precipicios, que  
tienen las Californias, andando muchos de estos cami-  
nos á pie, y en muchas pates le fue fozoso el ir á garas,  
atrasitandose, y reuiendose con las manos, y a de las pie-  
dras, ya de las ramas. Registró las tierras, reconoció  
las alturas, peló las aguas, y examinó los sitios, que ofre-  
ciendo comodidad para siembras, podian ser apropios  
para fundar nuevas poblaciones, en que se reuntesien  
los muchos gentiles, que andaban por los montes vagean-  
do como fieras.

### CAPITULO XIII.

*Sale á un descubrimiento por la parte del Sur el  
Venerable Padre, y de un suceso notable, que  
acaeció en la jornada.*

**T**AN DESMEDIDOS AFANES, TAN CON-  
tinuados peligros, y tan repetidos fatigas, eran  
mas que bastantes para quebrantas las fuerzas mas robu-  
sas, y consternar el animo mas valiente; pero nada era  
bastante para acobardar el magnanimo corazon del que  
con razon podia llamarse Hercules Californio, que salia  
de unos trabajos, para entrar en otros, y el acabar con al-  
guna heroyca hazafia, era para acometer otra gloriosa

empreſſa. Si allá el Hercules fabuloſo peleaba con el gigante Avico, hijo de la tierra, acá el Padre Ugarte chocaba con la tierra miſma, aſañandole ſiempre por deſcribir ſus mas remotos paramos, y ſus mas ocultos rincones, para ſujetarla toda al imperio de Chriſto, y enarbolar en todas partes el eſtandarte de la Cruz, para terror, y eſpanto del inferno. Havia hecho muchas correrias el Venerable Padre con los trabajos, y ludores, que ſe ha dicho, ſiempre con la mira de recoger à el aprisco de la Santa Igleſia, la numeroſa gentilidad, que andaba por aquellos paramos diſperſa, y como ſi lo hecho no baſtaſſa; por el mes de Noviembre del año de 1705. diſpuso una entrada por la playa del mar del Sur, que llaman, como ya ſe ha dicho, contra-coſta, à diſtincion del golfo Californio. Dió motivo à eſta empreſſa una cedula del Rey noſtro Señor, en que mandaba ſu Mageſtad ſe hicieſſen diligencias para vér ſi ſe hallaba algun puerto, en que pu-diſſe hacer eſcala la Nave de Philipinas. Para eſte fin pidió el Padre Ugarte al Capitan general de la nacion Yaquí quatro Indios ſoldados de ſu ſatisfacción, y en el miſmo barco, en que fue la petición, vivieron acompañados del miſmo Capitan. Hechas todas las preven-ciones neceſſarias para la jornada, à mas de los referidos Yaquis, ſalieron otros ſoldados del Preſidio, y algunos Indios Californios. Con eſta tropa ſalió el Padre Ugarte, acompañado de otro Jeſuita. Iban en ſeguimiento de ſu demanda, y deſpues de varios lances, à los onze dias de camino llegaron à eſtá en frente de la Isla de San Lazaro, al deſteboque de una grande caxa de rio;

pero seco, sin que corriese agua alguna; pero havia allí cerca en el mismo paraje una gran poza de agua dulce. Desde aqui despachó el Capitan del Presidio D. Estevan Rodriguez Lorenzo, á un Capitan reformado con tres soldados, á que explorassen por la costa si se descubria tierra por donde proseguir el viaje, con orden de que no se alexassen mas, que de diez, á doze leguas. Salieron los exploradores, y volvieron al siguiente dia trayendo por noticia, que á distancia, como de diez leguas, en una grande ensenada havian hallado muchos Indios, que los recibieron de paz, y los regalaron con pescado, y pitas hayas passadas, y para muestra traxeron del regalo á la comitiva; pero añadieron, que en todo aquel paraje no havia mas agua, que la de un pequeño pozo, incapaz de dar abasto á tanta gente, y que ni allí, ni en todo lo demás, que havian andado, havian descubierto aguaje para tantas bastias como llevaban.

Con esta noticia se resolvió el que subieran siguiendo la caja del rio, azia la Sierra, la qual por los muchos carrizales, y zarzas, que tenia, indicaba haver abundancia de agua en lo mas alto, y desde allí pensaban hacer nuevo reconocimiento azia el Sur, para descubrir senderos por donde seguir el viaje. Con estos designios salieron muy de mañana, vispera de la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora; pero á ninguno de tantos que iban en la tropa, se le ofreció tener la providencia de sacar agua de aquel paraje; por lo que pudiera suceder; y es, que daban por cierto el que la toparian breve, fiados en el engañoso arroyo, que no acababan de descu-

bir.

bitir. Fueron á toda diligencia, y con la possible ácceleracion, en busca del agua, y habiendo caminado hasta el medio dia sin encontrarla, determinaron cavar la tierra, y hacer un pozo, en parte que les pareció útil para el intento; mas despues de mucho trabajo, reconocieron, que se havian afanado sin provecho; porque á poco andar cayeron en piedra viva, sin asomo, ni aun de humedad. Viendo que se havia frustrado aquel arbitrio, prosiguieron caminando; iban todos fatigados sumamente de la sed, irritada con los ardores del Sol, y las fatigas del camino; pero se aientaban á caminar con la esperanza de que toparian la agua, que prometia la caja del rio, que iban siguiendo; pero viendose ya cerca de la noche sin descubrirle, y no siendo possible de san-tar toda lo que havian andado aquel dia (que havia sido mucho), para volver á el paraje de que salieron, determinaron que dexada la engañosa caja del río, se buscasse algun sitio del monte, que estuviesse despejado, y limpio para poder hacer alto, y descansar aquella noche, y desde allí pensaban se harian nuevas diligencias, en orden á su intento, si les daria Dios el socorro de la agua, de que estaban necesitados. A poco trecho hallaron paraje, como lo deseeaban, é hicieron alto, y antes que del todo faltara la luz, toda la gente de la comitiva salió, esparciendolo todos por el contorno, cada qual por su lado: en busca de agua, con aquella solícitud, y cuydado á que los obligaba un tan grave, como urgente necesidad; pero entre tantos no hubo uno, que hallasse, no solo agua; pero ni aun alguna de aquellas plantas silvestres, que por ser jugosas podia un-

tanto engañar la sed ardiente, que padecian, volieron todos por extremo desconsolados, y ya juntos, se determinó, que á la mañana siguiente cada uno de su parte hiciere las diligencias, que les permitian sus debilitadas fuerzas, para hallar su remedio, sin esperar á orden ni estar alguno. Entre tanto hicieron sus labradas; porque ya les apuraba el frío, y á poco rato el Cavo de Elquadra avisó al Capitan del Yaqui, que muchos de los suyos estaban desmayados; pero no hubo mas remedio, que aplicarles, que alentarlos con buenas palabras, y exhortarlos á que tuviesen confianza en la piedad, y liberal misericordia del Señor.

Entonces el Padre Juan de Ugarte hablando con el Jesuita, que lo acompañaba, le dixo: que tenia reservada una viagera de agua para la Santa Misa del dia tan grande, y solemne, como el siguiente, de la Purissima Concepcion de nuestra Señora; pero le añadió, que dudaba si seria mas del agrado de la Soverana Reyna, el que con aquella vinagera le socorriese á los necesitados, que lo dexaba á su parecer. A esto le respondió la Compañero, que si tan poca agua pudiera bastar para socorrerlos á todos, ó aunque fuese á uno solo, le debiera entonces socorrer aquella extrema necesidad, aunque no se dixese Misa, pero viendo, que era tan poca, que ni para uno solo era bastante, seria mejor retenerla para el fin para que la havia guardado, de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Entonces el Padre Ugarte con muestras de consuelo, y singular confianza, dixo: muy temprano diré la Santa Misa, y sin inquietar, ni llamar á alguno

de

de estos pobres, entre los dos correspondimos el Alrat. Aquí añade el sugeto, que esto informa, y es el milagro que en compañía del Padre Ugarte le halló en esta expedición. De donde, o como tuvo el Padre la tal viagera ra de agua, Dios, y su Reverencia lo lavent. mas ya, que no queremos atribuirlo á milagro, ni á cosa sobrenatural, lo qual no deldeca de la Vida Apóstolica del Venerable Padre, y pueda creerse, que al salir del paraje, en que tuvieron agua, le previno de aquesta poca, sin decir nada á su Compañero, no se puede dudar, que quando fuesse así, esta prevención fue con especial instinto, ó particular motion de Dios, que inspiró al Padre aquella providencia, quando todos iban tan congozados, de que le faltava agua, que á ninguno le ocultó el pensamiento de hacer provision de ella.

Ya que se iba acercando el día, segun tenia dispuesto el Padre, comenzó con su Compañero á disponer el Alrat portátil para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, y sin llamarios acordaron luego á ayudarles los de la comitiva, en quienes parte el soliego de la noche, y parte el grande frío, que hacia, les havia mitigado la sed. Luego que amaneció dixo el Padre Ugarte con grande seriedad, y devocion, la Misa, á que todos, asistidos, y acabada, entenzaron las Letanias de la Señora, pidiendo de afectuosos, que los mirasse con ojos de piedad, y no los dexasse perecer, en su dia, sino que socorriasse la gravissima necesidad, en que se hallaban. No se hizo sorda la misericordia, ofissima Madre; antes bien manifestó quan bien le quadra á los nevados candores de la incomparable

pureza con que le concibió, el elogio con que el divino Espofo le celebró, llamandola profundo pozo de aguas vivas, que con precipitada corriente baxan perfumadas del Libano. Y siendo siempre para nosotros manantial perenne de favores, en el día dicho, que es el fundamento de los glorias, no havia, ya se vé, de negarle el socorro, de los que affigidos, y necesitados imploraban su clemencia. Acabadas las Letanias, dixo el Padre Ugarte: busque cada uno su remedio, que ya hemos hecho las principales diligencias, que es dirigirlas al Cielo nuestras súplicas. Era ya entrado el día, y empezaban á ensillar las bestias para partirse, quando uno de los Indios de Yacqui, á grandes voces, comenzó á decir en su lengua: agua, agua. Oyólo el Capitan General, que estaba cercano al Padre Ugarte, y le dixo: ya un Indio se ha vuelto loco. Pues que es lo que dice? Preguntó el Padre. Dice que hay agua. Pues Señor, replicó el Padre Ugarte, darle un vaso, y que nos traiga de ella. Entregósele al Indio el vaso, y lo traxo lleno de agua muy hermosa, y cristalina, la qual tomando el Padre en sus manos, dixo: damos gracias á la Santissima Virgen, y Madre de misericordia, que tan prontamente nos ha socorrido, sin duda le debemos este socorro á la fe con que algun pobre Indio se lo pidió á la Señora en las Letanias.

La mas notable circunstancia en este caso, fue, que la agua milagrosa se halló en aquel mismo lugar puntualmente, en que la noche antes puesto de rodillas el Padre, havia rezado con su Compañero el Rosario, y estaba poco mas de un tiro de piedra del sitio, en que ha-

vin dormido la noche antecedente. Estaba en una poza, y fue sobrada para que todos satisficieran su sed, y para que bebieran quanto quisieron las muchas bestias, que consigo llevaban; y á mas de esso hicieron provision para las jornadas siguientes. El paraje del descubrimiento estaba seco totalmente, y todos sus contornos, sin que en ellos se viese otra cosa, que las pisadas, y rastro de la caballada, que havia andado por alli. Todos quedaron aronitos del prodigio, como que eran testigos de vista, de que la noche antecedente no havia tal agua, ni era lugar en que naturalmente podía haverla. Y á no haver Dios, por medio de su Santissima Madre, dados tan oportuno socorro, muchos, sin duda, hubieran perecido; pues saliendo de aquel lugar al medio dia, y caminando hasta la noche, no volvieron á hallar gota de agua, ni la hallaron el dia siguiente, hasta el medio dia. Y es nuevo realze del prodigio, que buscada despues de vuelta; con especial cuidado, la agua en que tuvieron el oportuno socorro, nunca mas pudieron hallarla en el paraje. Y ellos despues al Presidio hicieron solemne accion de gracias, cantando el Padre la Misa, para agradecer á la Reyna de los Cieles a quel tan señalado beneficio.

El fin de la caminata, que fue, como ya se ha dicho, descubrir puerto para que hiciera escala la Nave de Malipinas, no se consiguió por entonces; á mucho andar descubrieron en un paraje unas tinajas, y algunos fragmentos de Nave destrozada; que se creyó ser alguna, que havia perecido por alli, sin haverle el rumbo, que llevaban para el Puerto Ugarte fue la jornada muy gustosa.

la, por haver logrado en ella el principal fin de todas sus empreſſas, que era ganar almas para Dios, y hacer, que los miserables gentiles lograsen el seguro puesto de las felicidades, reduciendose à la obediencia de la fé catholica, y entrando en el gremio de la Santa Iglesia. Con ocasion de esta jornada halló dos rancherías de Indios gentiles, à quienes reduxo para que se hicieran Christianos, y vivieran en vida racional, y politica, y este tuvo por sobrado logro de aquel penoso viaje. Y es cierto, que no fueron pocas las incomodidades, que toleró en él. Porque siendo allí, que era tan cuydadoso de otros, de sí mismo, no solo no cuydaba; sino que trataba su persona con positivo desprecio. Quando el Padre salió de su Pueblo de San Xavier, para ir à esta expedicion, no hizo mas prevençiones, ni salió de otra suerte, que como solia salir quando lo llamaban à confesar à algun enfermo. La prevençion que se hizo para la comitiva era para dos meses de camino, y el mortificado Padre no llevó siquiera algun tepalcates contra el frio, para abrigarse de noche; pues entonces era lo mas rigido del hyvierno. Luego que paraban salia à buscar personalmente leña, y la traia cargada para hacer su lebrada, sin permitir, que otra se ocupasse en servirle: no usaba de otra cama, que el duro suelo, sirviendo por cabecera la silla del caballo, y embuelto en la capa se recostaba cerca del fuego, y este era el alivio todo del trabajo del dia. Su comida era la misma, que se daba de racion à los soldados: vizcocho de municion, y carne seca; azada en las brazas. De esta suerte pasó diez y siete dias con tanta serenidad, y alegria,

como si tuviera los mayores regalos, sin desconfiarle, ni mandar le ropa, ni proentiar alivio en cosa alguna: porque todo su alivio, y su descanso lo tenia puesto en trabajar por Christo, y en amplificar su Reyno, ganandole muchas almas, y assi pareciendole pocas las que havia en lo descubierro, se afanaba siempre por nuevos descubrimientos: y podia decirse mejor, que del grande Alexandro, que todo un mundo, le parecia muy poco á su abratado zelo, para espirituales conquistas.

#### CAPITULO XIV.

*De las graves dificultades, que venció el Padre Juan de Ugarte en la construcción de una Valandra.*

**D**ESPUES DE TAN PENOSAS FATIGAS, que al Padre le costó la empresa de atravesar de parte á parte toda la California, le era muy debido el descanso; pero entonces fue quando le sobrevino el mayor trabajo. Fue este el haverse perdido el Varco, en que venian á las Misiones los locottos, y la necesidad obligaba á hacer otro. Estaba el Pretidio sumamente necesitado por esse tiempo, estabalo tambien los Indios, y mucho mas los Padres Misioneros. El adquirir otro varco se juzgaba muy difícil, el fabricarlo allí, se havia siempre juzgado imposible. Y aunque era dicho comun que no havia imposibles para el Padre Ugarte: pues qualquiera quando intentaba, y ponía por obra quanto difi-

curia; con todo se tuvo en esta vez por cierto, que quedaría desairado, y que sería dar motivo á la risa el emprender tal fabrica. Hombre hubo, que se ofreció á ser quemado con las astillas del varco, que el Padre fabricase allí, y en realidad, otro que no fuera el Padre Ugarte, no hubiera salido con la empresa, que con razon le tenia por incapaz de poder salir con ella.

Qualquiera se havia de hacer el juicio de que no podia tener buen exito, viendo, que trazaba el Padre hacer un varco en una tierra, en que un clavo se mira como alhaja preciosa, que una tabla no es despreciable. Quien lo veia sin hierro, sin madera, sin instrumentos, sin oficiales, y aun sin Maestro, en una pobreza suma; y con todo esto idear un varco, juzgaba bien, que solo pudiera salir con su intento teniendo en sus manos la divina Omnipotencia obradora de maravillas; y no siendo así, la empresa parecia delirio. El sujeto de quien se ha hecho mencion otras veces, que fue Visitador de aquellas Misiones, y navegó en la misma valandra, que emprendió el Padre Ugarte, dice de esta suerte en su relacion: sufrió el Padre muchos trabajos en el empeño de fabricar en Californias una valandra, como la consiguió, llevando la tablazon, y maderaje de distancia de veinte y cinco, y treinta leguas, por unos cerros, y barrancas inaccesibles, en que ningun Principe de la Europa se atreviera á empeñar su caudal para salir con el intento: yo vi el sitio, y lo suviere á embuste el que de allí se huvieran llevado maderas á la playa; si no supiera ser cierto. Hasta aqui las cláusulas de aquella relacion, por donde se conoce haver

tomado el Padre un empeño, por todas partes imposible.

Lo único, que en lo humano le pudiera ayudar, era la limosna anual, que se da á los Misioneros; pero esta no havia venido el año antecedente, y en aquel, por haver dado altraves el varco, no havia esperanza de que viniere. Por todas estas circunstancias se imposibilitaban a el Padre Ugarte sus designios; pero los mismos imposibles estimularon mas su alentada confianza en la bondad divina. La fé animosa sabe trastornar los montes, y obrar portentosas maravillas: el amor, y deseo de la estabilidad, y extensión de la fé, y catholica religion, era quien ponía á el Apostolico Varon en tan arduos empeños, y así nunca temió salir de ellos deslucido. Alentado como San Pablo, con la firme creencia de que lo podia todo en el Señor, que lo confortaba, y conrado en la piedad liberalidad del Omnipotente, puso manos á la obra. Junto quanto hietto pudo entre los Padres de las Misiones cercanas, y quantas bestias tenia en la suya, y hecho Arriero las fue conduciendo á unas sierras, aun á los ojos inaccesibles, adonde el que suba uno solo, causa admiracion. Aqui el Padre hecho el Maestro del corte, comenzó á manejar la hacha, y fue cortando los arboles, que le parecian utiles, y en esta empresa executó una accion de mucha edificacion, y exemplo, propia de su grande humildad, y fue, que no hallando otro modo de subir unos maderos, se unció, como buey con un Indio, y así entre los dos consiguieron el efecto. No necessita de ponderaciones este acto tan heroyco; pues el mismo hecho es

sá diciendo, que supo muy bien el Padre Ugarte imitar á los mas gloriosos Heroes de nuestra Compania. Imitaba el abrasado desseo de la mayor honra, y gloria de Dios, y Lien de las armas, que fue el espíritu, que animó á nuestro Santissimo Patriarcha, y Padre, San Ignacio. Imitaba el fervoroso zelo, trabajos, y apostolicas correas de San Francisco Xavier. Imitaba tambien aquella profundissima humildad, que fue como caracteristica de San Francisco de Borja, de quien las historias refieren, que llegó á humillarse tanto, que en cierta ocasion se unció con un buey, y junto con el tiro del arado.

Tambien en esta gloriosa empreña supo muy bien el Venerable Padre valerse de sus extraordinarias fuerzas, ayudandose de ellas, fue el primero, que levantó las vigas, y las conduxo á las cimas de los cerros, sinviendose de cabrestantes, y aparejos reales. Un carpintero de Rivera, que alli havia, y era el que havia de ser el Attifoc, y que havia de maestrear la obra, se acobardó en gran manera, y dixo lo siguiente, que el mismo Padre Ugarte escribió despues á un confidente suyo: Padre, yo jamás he hecho navio alguno, aunque he trabajado en ellos, con todo, dixé á V. Reverencia, que havia lo que alcanzasse; pero veo, que no es possible; pues á mas de estár la playa cerca de treinta leguas, y de estos caminos, solo el baxar un palo de esta tierra, no lo ha de hacer V. Reverencia con mi hombres, y doscientas yuntas de bueyes. Todos estos impossibles venció el zelo del Padre Ugarte; cortó la madera, la labró, hizo caminos para baxarla de la tierra, la baxó, y la conduxo hasta la playa, y

en el corto espacio de quatro meses estuvo la valandra acabada perfectamente.

Lo que gastó el Padre en esta obra, fue quanto havia trabajado en su Mission, y tenia por entonces, que eran tres mil pesos, y assi gastó quanto tenia, y aun lo que no tenia, porque le vió obligado á contraer muchas deudas, y despues tuvo que trabajar al doble para desempeñarle, y satisfacer á todas. Hasta un poco de chocolate que le havia quedado lo repartió entre los oficiales, ó por mejor decir entre los aprendices, que tales eran los que le ayudaban; pues el Padre fue el Maestro, el carpintero, el herrero, y el que exercitó todos los officios, que requiere la construccion de una nave. Fuera del trabajo excellivo de conducir hasta la playa los materiales, y estar toda aquella temporada el Padre en una choza, ó entramada, abrasandose con los ardores del Sol, con los vachornos de la fragua, á que con frecuencia asistia, y con el continuo trabajo, fue raro lo que tuvo que sufrir de molestias, impetincias, sinrazones, y peladumbres, que un Padre, que alla estaba, llegó á decirle: Padre Juan, yo no te como V. Reverencia tiene paciencia, ya yo huviera dado altraves con el navio. A esto respondió el Padre Ugarte: esto le parece á V. Reverencia mucho? Pues no es mas, que una astilla de la cruz, que me espera, aun me falta todavia lo demás, y los clavos para que me crucifiquen. Y fue como lo dixo; por que despues fueron muy graves, y de superior gerarchia las peladumbres, que le sobrevinieron, y fue necesario todo su magnanimo corazon para tolerarlas. Los hom-



diciendo, que estaba fuera de su quenta; entónces el Señor dió á vér, que estaba por la fuya: pues ella fue desde aquel tiempo asilo entre las borrascas, y quando los otros varcos, y navios han encallado, varado, dado al traves, y naufragado; esta valandra ha ido muchas veces, y vuelto, sin el menor desastre entre las mayores tempestades, y tormentas. Hablando de ella el Padre Visitador, citado ya otras veces, dice: esta es la valandra, con la qual entró al estrecho el Padre Ugarte, y la que hasta hoy dura, haviedola librado Dios de infinitos riesgos: en ella me embarqué yo para ir á Loreto, fui á la paz, y volvi á esta vanda, y siendo allí, que era mas seguro el varco del Rey, por la confianza grande que yo tenia, de que no podia perderse, por haverle costado tantos sudores al Padre Juan, tuve por mas acertado el navegar en ella. El mismo Sugeto asegura, que en el espacio de doce años havia hecho con toda felicidad salenta viajes la valandra, y duró hasta nueve años despues. A esta le dió por nombre el Padre Ugarte el triumpho de la Santa Cruz, quizá porque le havia sido muy pesada, y le dió mucha materia de sustimiento. Y si la Santa Cruz es el poderoso instrumento de los triumphos mas gloriosos, le vino muy ajustado el nombre á la embarcacion, en que el fervoroso zelo del Padre Ugarte venció las dificultades mas arduas, y triumphó de los que se pensaban imposibles. Vastabale solo para merecerlo, el haver ella servido para la heroica empresa, de que se tratará en el Capitulo siguiente, de haver salido el Venerable Padre á descubrir si la California, cre-

Isla, ó tierra firme. Esta era prueba bastante de que lies-  
vaba consigo á San Telmo, y no faltaron algunos, que  
asíeveraron haverlo visto en algunas de las tormentas,  
que corrieron en esta entrada. El mismo Padre Ugarte  
hablando confidencialmente con otro lugero de esta em-  
presa, y de su valandra, le dixo: unas tres, ó quatro veces  
vimos sobre la grímpola una hermosísima estrella, que  
los Marineros decian, que era San Telmo, y yo tuve por  
cierto, que era San Francisco Xavier.

### CAPITULO XV.

*Sale el Venerable Padre á descubrir el Golfo  
Californio, y de otros trabajos, y peligros, que tu-  
vo en el mar.*

**H**AVIA EL PADRE JUAN FE UCARTE  
con animo generoso, y constancia invencible, to-  
lerado quantos trabajos se pueden sufrir en descubrir nue-  
vas tierras, emprendiendo frecuentes viajes, en que ex-  
ponia su vida á continuados riesgos. Havia en gran par-  
te experimentado aquel largo cathalogo de penalidades,  
que refiere de sí haver padecido el Apostol, escribiendo  
á los de Corinto; y para que en él nada le hechasse me-  
nos de tan prolongada serie de fatigas, determinó tam-  
bien experimentar los peligros del mar, para dar á la  
Apostolado todo el lleno. Acabada ya la valandra, que  
le havia costado tan crecidos afanes, y sudores, quando  
havia de tomar el descanso, que le era muy debido, se re-  
sol-

solvió á salir á descubrir el seno, ó golpho Californio, por ver si la California era Isla, ó tierra firme, deseando sujetarla toda á el imperio de Jesu-Christo, y ansiando siempre por hallar nuevas gentes, que hacerle tributarias, que nunca á su abrasado zelo le parecia mucho lo que trabajaba, y hacia; antes bien el mundo todo era muy corta esfera para dilatarse, extendiendo, y amplificando la gloria del Señor.

Resuelto pues á esta empresa juntó quantas demarcaciones han hecho de aquellos mares los Cosmographos, y Nauticos para dirigirse por ellas; aunque de poco, ó nada le sirvieron; porque al segundo dia de navegacion empezaron á faltar, y al quarto dia, nada de lo que ponian encontró. Quan excessivos fueron los trabajos, quan graves los peligros, que pasó en esta navegacion tan penosa, no se puede decir mejor, que con las palabras con que el mismo Venerable Padre los describe en una carta, que escribe á otro Padre su confidante, en que dice assi: la valandra se hechó á la agua el dia de la Exaltacion de la Santa Cruz, dia en que se ajustaba el año, que sali de Loreto á cortar las maderas. Entró en la Baía con admiracion de aquellos, que decian quando se iba á fabricar, que los quemassen con las astillas del barco, que se fabricasse en Californias; mas parece, que Dios quiso, que fuesse de esta tierra, y fabricada mas á costa de trabajos, y sudores, que de reales, para que sirviesse al descubrimiento de este golpho interno; sin gastos tambien, ni de su Magestad, ni de otras Milliones, ni de algun otro particular; para que se conociesse, que era

obra suya, como se conoció en el discurso de lo que sucedió en el viaje. Varios Marineros havia de Europa, otros de la China, que havian navegado los mares del Norte, que havian pasado el estrecho de Magallanes, que havian andado varias veces la carrera de Philipinas; unos havian ido hasta la Batavia, otros á Terra-nova, y otros á la India, y todos asseveraban, que aqui empezaban á saber lo que eran peligros de la vida, y que cada dia que nos librabamos de un riesgo, era un nuevo milagro. A esto se llegó el que enfermó la gente, yo me llené de llagas, y pensó enorme. El que prometió los vestidos faltó tambien. Mas en esto se vió, que la obra era de Dios; pues destituidos de todo socorro humano, entre tantas enfermedades, necesidades, y peligros, llegamos á pasar el rio colorado, y á descubrir quantas mentiras se han dicho hasta ahora de estas tierras. En donde hay Islas, ninguna ponen, y en donde no las hay las ponen. Ponen la Isla del oro, y en tierra firme, quasi en el mismo paralelo la laguna del oro sin coger, siquiera por cosa esquieta para una fortija, para las manos de su Magestad. Ponen en tierra firme el Reyno del Rey Coromedo, el gran Tepuayo, la gran Quivira, las siete cuevas de donde salieron los Mexicanos, la Sierra de los minerales, y para que no faltasse para su beneficio, ponen inmediatamente el orvo de los azogues. Nada de esto vimos, ni señal de que huviera Reynos; pues antes bien lo que reparamos, fue un desierto, y despoblado inmenso. Por el contrario en las costas de California vimos muchissima gente, llegamos á treinta y seis grados de altura. No pro-

según nos adelante; porque tenía el mar ya pñeõ fondo; con que yo creo, que la California es Península, y que en la creciente del mar se aísla toda; bien, que esto es conjetura; mas según lo que vimos, bien fundada. Hasta aquí la referida carta, que se ha puesto à la letra, para que se vea el error, que tuvo aquella expedición, y el padadero de la empresa.

En ella se manifiesta bien, que habiendo sido tan exorbitantes los trabajos, y peligros, que padeció por tierra el Padre Ugarte, por solicitar el bien, y remedio de las almas; si no fueron mayores los que padeció por mar, fueron por lo menos iguales. Por ellos con mucha razón se mereció el renombre de Apóstol, que todos à voz ca llena le daban; pues hizo resonar el sonoro clarín del Evangelio, en los últimos terminos del orbe, y en ellos fixó el estandarte de la Cruz, y el no haver pasado á otro mundo, fue; porque se faltó agua al mar; pero no faltó el animo al fervoroso Predicador de Christo; pues à no faltar el fondo necesario para navegar, y aislandole aquella tierra en creciente, según sus generosos designios huviera pasado à la Asia. Contentóse, à mas no poder, con levantar la Santa Cruz, y erigir el trophéo del Señor, en donde jamás se havia venerado, dandole à el cargo todo el lleno, y mereciendo por mar, y tierra el esclarecido nombre de Apóstol.

Manifiestó Dios, que hacia bien este oficio el Padre Ugarte, y es prueba de ello un suceso bien raro, que le acaeció en esta jornada, el qual si no quiere calificarse de milagro, será porque en la vasta esphera de lo posible

ble, es factible un estuño conjunto de circunstancias, que lo hagan natural. Sucedió pues, que habiendo dado fondo la valandra en los últimos terminos de la Pimeria, se levantó un viento tan recio, y vehemente, que echó a la agua el vauprés. Fue muy sensible a todos la desgracia, no solo porque no les era fácil hacer otro, sino porque en su remate tenia la primera Cruz, que se formó de la madera de la valandra. Como los mas de los que allí iban eran diestros nadadores, y muy acostumbrados al buceo, se echaron muchos al agua, y registraron toda la ensenada, con diligencia, y enyado notable, no solo una, sino varias veces; pero no tuvo efecto su solicitud; porque nada hallaron. Estaba el Padre esperando en la playa, y preguntando si la havia encontrado alguno. Estando en esto, llegó un gentil de aquella tierra, y acercándose al Padre puso en sus manos la Cruz, que con tanto afán se buscaba, y sin decir palabra prosiguió su camino. Tomóla con grande júbilo el Padre Juan, y dió a nuestro Señor las gracias. Ya se hecha de vér bastante, que por Indio, por gentil, y por incapaz, poco distaba de un cangrejo, que en otra playa restituyó a el grande Apostol San Francisco Xavier el Crucifixo, que havian arrebarado las olas, y se conoce, que el que andaba en esta playa era una copia fiel de aquel peregrino original.

Imitaba el Padre Ugarte al glorioso Apostol del Oriente en las correrias, y empresas apostolicas, y procuraba serle muy semejante en las virtudes; por esto le hacia nuestro Señor favores parecidos a los que recibió

San Xavier. Siempre daba de sí buen olor de Christo el Venerable Padre, y de muchas de sus virtuosas obras im-  
pidió las noticias el haver andado solo, ó acompañado de  
tales personas, que no savian admirarlas, ni darles el pe-  
so de estimacion, que merecian. Entre otros casos de  
edificacion, que se pudieran referir de esta jornada, fue  
admirable un prodigioso exemplo de humildad, y obe-  
diencia, que dió, y dicho con las mismas palabras con que  
el Venerable Padre lo refirió en confianza á otro Padre  
su confidente, dixo allí: quando fui en la valandra á des-  
cubrir el golpho, llegamos á la Isla del Tibuton en aquel  
desemboque, que llaman, *Salsi puedes*. Quinze dias es-  
tuvimos sin poder desembocar, yo me hallaba tan lleno  
de llagas, que juzgué morirme, como la tierra estava  
cerca, determiné desembarcarme para ver si en tierra me  
joraba. Así sucedió; porque lo mismo fue poner el pie  
en tierra, que irme aliviando; pero el Piloto me dixo, que  
me volviera á embarcar. Yo por una parte veia, que no  
havia viento, que el Piloto iba á mis osdeoes, y no yo á  
los luyos, que en embarcar me me iba la vida; y la salud  
en quedar me en tierra. Todo esto se me ofreció por  
una parte, quando por otra hize reflexa, que nuestro San-  
to Padre manda obedecer á los enfermeros, por los visos,  
que tienen de Superiores en las enfermedades; luego  
tambien yo debí obedecer al Piloto, por los visos de  
Superior, que tiene en una nave. Con esto me puse de  
rodillas, ofreci á Dios mi vida en la obediencia, y me em-  
barqué. Pero su Magestad me premió luego; pues no so-  
lo me hallé mejor de mis achaques, sino que luego supló

## VIDA DEL VEN. PADRE

el virtuoso, y salimos del estrecho. Hasta aqui el Venerable Padre, quia u dió bien á entender en este hecho, que estaba en los mas menudos apices de nuestras santas reglas, y que su observancia la estimaba mas, que la propia vida. Se ostentó buen hijo de aquel Inclyto Padre, que deseaba, que fuese la obediencia la virtud caracteristica de los Iuys, y en este caso dió á conocer el Padre Ugarte, que deseaba imitar á nuestro gran Patriarcha S. Ignacio, que estando gravemente enfermo en Roma, y conociendo, que le erraba el Medico la cura, moria consoliado por obedecerle.

Ni fue sola la ocasion de esta empreña quando experimentó el Padre Ugarte los riesgos, y peligros del mar, en otras varias ocasiones manifestó su constancia, y se ostentó imperturbado entre terribles tempestades, y tormentas, tanto, que no tenían voces con que explicar la insguaritud de su corazon los Marineros, que le habían acompañado. Haviendo en cierta ocasion salido para la Mission de Santa Rosalia, á pocas horas de viaje, enró un temporal deshecho, en que perdido el govierno, y la jarcia, habían perdido del todo la esperanza de salvarse los Marineros. Desesperados ya, y sin aliento no hacian diligencia alguna, discurriendo, que se hallaban propassados del termino, donde hasta entonces no haviessse llegado embarcacion. En tan grande conflicto solo el Padre se mantuvo con maravilloso estremo, y grande confianza en Dios, animado á la gente, y diciendo, que no era posible el que se perdiessen. Dos dias enteros hayan estado sin haver probado vocado, y

ya

ya de necesidad perecian; pero quando menos pensaron, se hallaron, sin saber como, en el Puerto de Guaimas. Aquí estuvo el Padre mas de un mes comiendo solo el pescado, que traian los Indios, baptizó à muchos parvulos, aprendió algo de la lengua de aquella gente, hizo una pequeña Capilla para que se pudiesse allí administrar, como se ha administrado despues, fundandose un Pueblo de visita. Deseó quedarse allí el Padre, y se huviera quedado, si los Superiores se lo huvieran permitido. Aquí probó Dios la paciencia, y tolerancia de su fiel siervo, con grandes aficciones interiores, fuera de los gravísimos trabajos corporales, que lo affigieron, y una total falta de lo necesario. Fue esto de tal modo, que el mismo Padre, algunos años despues, alfeveró á otro Padre, que no havia merecido mas en toda su vida, que lo que mereció en aquel tiempo, y que nunca podia acordarse de los Guaimas sin ternura. Está el referido Puerto no muy distante de las Misiones del Rio Yaqui, que están bien avastecidas, y con haver el Padre avisado à los Misioneros de la pobreza, y desamparo en q̄ allí se hallaba, huviera sido socorrido largamente con religiosa charidad; pero estuvo tan lexos de hacerlo, que no permitió, que Indio alguno fuesse à dar aviso à los Padres. La razon, que el Padre daba de hacerlo assi, era porque decia, que no quería sentirse gravoso, y era tambien, porque no quería malograr la buena ocasion, que Dios le ofrecia de padecer.

En otra ocasion navegando desde Santa Rosalia à Botero, en una canoa le entró un recio temporal, con que desmayados, los Indios la dexaban à el arbitrio de las olas,

olas, pensando ellos librarse á nado por no estar la tierra muy distante. Cogió entonces el Padre el timón, levantó lo que se podía de vela, y haciendose mas azia el mar, salió de entre las olas, y se puso en paraje, desde donde entró á una calera, que estaba defendida del viento, que sofegandose despues, se acabó aquel peligro. De estos acasos experimentó muchos otros, por los quales era muy comun entre los que havian navegado con el Padre, decir, y asseverar, que no havian conocido hombre de mayor corazon, y tenenidad, aun entre los viejos, que por su profession se havian criado en el mar, y vivian muy acostumbrados á sus peligros.

## CAPITULO XVI.

*Del modo, y orden con que administraba sus Pueblos el Venerable Padre, quando estaba en ellos.*

**O**CUPADA HASTA AHORA LA PLUMA en seguir sus passas apostolicas á este fervoroso Missionero en nuevos descubrimientos, y Conquistas, nada se ha dicho del bien ordenado methodo, prudencia, zelo, y discrecion con que administraba, y governaba los Pueblos, que havia fundado el tiempo, que en ellos residia. Exercia con toda perfeccion los oficios de amoroso Padre, cuydadoso Maestro, y Pastor vigilante. Mucho era el cuydado, sollicitud, y esmero, que tuvo, en que los hijos, que havia engendrado en Christo ovieran que comer, y con que cubrirse; pero sus sin comparacion ma-  
y or

por su desvelo en solicitar su bien espiritual; antes bien era este el fin á que aquello se ordeaba, como medio. Procuraba el Padre siempre tener bien avasada su Misión, para que viniendo los Indios con el interés de la comida, fuesen frecuentes en asistir á la doctrina. A esta asistían mañana, y tarde, y juntos todos á la noche rezaban el Rosario de nuestra Señora. De los mas juiciosos, y bien instruidos havia señalados algunos para avisar al Padre de los que faltaban. Siempre, aun en su edad mas avanzada, acostumbro el Padre predicar, y explicarles los mysterios de nuestra santa ley, los Sabados, y Domingos, y era tan grande su humildad, que aun siendo así, que estaba ya muy diestro en hablar la lengua de los Indios, así por lo mucho, que para todo le ayudaba su grande capacidad, como por la mucha practica, y exercicio, que de ella tenia, llevaba con todo en la mano su quaderno manuscrito, en que tenia la doctrina, y oraciones, puestas en el Idioma, y habiendo ido Visitador á aquella Provincia, en su presencia salia el Padre Ugarte a hacer las platicas, llevando en las manos los papeles, como si se hallara totalmente ignorante de la lengua. Bien que esta su humillacion traya una utilidad, que no se le escondia al Padre, y era, que con su exemplo se alentaban á hacer lo mismo los Padres, que de nuevo entraban en aquellas Misiones, deponiendo la vergueza, hasta tanto, que se hacian dueños del Idioma.

Tres veces al dia, el Padre mismo por su mano, distribuya á los Indios la comida, que ellos llaman pozole, y esta accion no la haba de otro, si no era al Padre Salva-

tierra, como por obsequio, quando lo venia á visitar, y habiendolo fiado tal vez á el Padre Visitador, á pocas veces, que exerció el oficio, se lo quitó el Padre Ugarte, diciendo con gracia: no tiene V. Reverencia talento para repartir, mis talentos son para estas cosas, y yo le tengo ya tomado bien el pulso al encharco. Recogia el Padre las niñas huérfanas de las rancherías, y las criaba en una casa, que tenia destinada para este efecto; procuraba quanto podia, que huviesen Maestras, que las instruyesen, y enseñassen bien los oficios propios de su sexo, y cuidaba, sobre todo, que aprendiesen bien la doctrina christiana, para que casandose despues fuesen ellas las Maestras en las rancherías. El mismo cuidado tenia con los niños, en quienes logró colmados frutos. El P. que visitó aquellas Misiones, de quien se ha hecho varias veces mencion, asegura, que quando estuvo en la del Padre Juan tenia ya Indiecero tan capaz, que no teniendo mas de cinco años sabia ya leer bien la castilla, y á pocas veces, que asistió inmediato al ayudante de Misfa, aprendió á ayudarla, de modo, que ya despues el era el ayndante de dicho Padre Visitador.

Era extremado el amor, y charidad, con que el Venerable Padre trataba á los miserables enfermos, solicitando por todos modos sus alivios, aplicandoles las medicinas, que aquellos paramos permiten, y tratandolos con todo el regalo de que es capaz aquella gente barbara. Pero, sobre todo, era indecible su esmero, y solitud en asistirlos, y procurar, que huviesen la necesaria disposicion para el trance terrible de la muerte. Havien-

dellegado al Presidio de nuestra Señora de Loreto el Padre Visitador, quando fue à exercer su officio, se halló acometido de una maligna hebre, tan aguda, que creyó, que era la precursora de su muerte, y affegara el dicho Padre, que la mayor pena, y de desconfuelo que le sentia para morir sin conocer al Padre Juan de Ugarte, de quien había oido tan grandes cosas. A instancias del Padre, que estaba en el Presidio, condescendió el Padre Visitador, que le avisasse de su llegada, y de su enfermedad, al Padre Ugarte, lo qual no havia querido antes permitir, por no darle el trabajo de andar nueve leguas de penosissimo camino. Llegó à el Padre Juan la noticia, y luego sin mas esperar partió à Loreto à ver al Padre Visitador, à quien la primera salutación, que hizo con solacio y sombra de gracia, y afabilidad, fue decirle, con mucha ternura, y quasi llorando. Padre mio, una fuerza grande me debe V. Reverencia, pues por verho he dexado à un hijo enfermo de mucho cuydado; y aunque ya está dispuesto; y confessado, ha sido rigor grande el dexarlo solo en tan terrible riesgo. Dentro de pocas horas vino un mensajero con la noticia, (según el orden, que havia dexado el Padre de que le avisassen) de que el enfermo le havia agravado mucho, y estaba muy malo. Entonces el Padre Ugarte con grande ternura, y muchas instancias pidió al Padre Visitador le dexasse volver à administrar aquel pobre la extrema unción; dando muestras de estar tan solícito, y ayudado de su bien, como que lo miraba como à hijo. Pareció crueldad à el Padre Visitador, que el Padre Juan ya anciano, y aquejado de abogá vol-  
viesse

si se le aprestó á desobedecer las nuevas Regulas, del tan malo, y al péreo camino, que se avia de andar; mas por no tener penado, y descomulgado á su deseado huelpad, hizo, que el Padre, que residia en Loreto, fuesse á asistir al primer, y administrar la sacramento. Con esto quedo consolado, el Padre Juan, conya vista, y amable trato de su Padre Visitador tan gustosa, que con ella se acabó la fiebre, que havia ya comenzado á remitirse con sola la esperanza de ydo. El concepto, y estima, que dicho Padre Visitador formó del Padre Ugarte desde esta primera visita, fue muy elevado, y le supedió lo mismo, que á la Reyna Sabá quando se vió en presencia de Salomon, que hechó de ver, que havian andado cortas las cosas de la fama, y era en la realidad mas de lo que se decia. Esto se hechará de ver por las palabras del mismo Padre, cuyo informe dice assi: los pocos dias, que se estubo conmigo en Loreto, conon, que anduvieron muy cortos los que me havian hablado antes del Padre Ugarte, de su amor al bien de las almas, zelo de la religion, ciencia, actividad, comprehension, y prudencia, hizo juicio, que era digno de gobernar toda la Compañia, y que la permanencia, y estabilidad de las Misiones de California, se debia, despues de la providencia de Dios, al fervor, animosidad, y constancia, con que dió principio, y continuó hasta su casada ancianidad trabajando, y venciendo los impossibles, que se ofrecian, para establecer de asiento las Misiones en una tierra la mas aspera, estéril, y seca, de quantas por ventura avrá en el mundo. Hasta aqui las cláusulas de aquel informe,

Y volviendo á el cuydado, y sollicitud, que tenia con los enfermos el Padre Ugarte; havia en su Pueblo una casa, ó como llaman los Indios, un jacál, que servia de hospital, ó enfermeria, donde hazia traer á todos los que enfermaban en las rancherias, y en el mismo Pueblo, alli los agazajaba, assistia, y regalaba, empleando en ellos todo quanto adquiria su industria. El cuydado primero, que tenia quando lo venia á vér algun Indio de las rancherias, era preguntar si havia algun enfermo en ellas. En los ultimos años quando se hallaba ya muy gravado de penosos accidentes, quando no podia ir en persona adonde havia enfermo, le embiaba algun regalito, y daba providencia para que se traxesse a la enfermeria, quando no tenia estos impedimentos, luego á la primera noticia, que tenia de algun enfermo, partia presuroso á buscarlo, y le sucedió muchas veces ir á alguna rancheria distante mas de veinte leguas del Pueblo en busca de alguno de estos, y no hallarlo en el paraje, en que le havian dicho, que estava, ni topár quien diese razon de él. Entouces era necessario andar mas leguas, siguiendo las buellas, que se veian en la tierra, hasta dar con el enfermo, y sucedió en varias ocaciones hallarlos ya moribundos; porque ellos de proposito havian huido por no esperar al Padre, temiendo, que en los santos oleos traxa algun hechizo con que abreviasles la vida, y hacerlos morir presto. Error muy comun, que ha introducido el demonio en aquella gente miserable.

El mismo trabajo de haver de andar mas, despues de hecha una larga jornada, le sucedió otras muchas veces

es al Padre, en especial entoraciones de algunas epidemias, que hubo; porque habiendo llegado á vér, y cosefellar algún enfermo, le avisaba, que mas delante havia otro, y así se veia obligado á seguir caminando. Y como en estos lances, ni es fácil volver á el Pueblo para proveerle de comida, y aunque lo fuera, suele ser tan urgente la necesidad del enfermo, que no permite dilacion, se veia necesitado el Padre á tolerar terribles ambres, siendole muchas veces preciso valerse de las frutillas Givestres para entretener un tanto su grave necesidad. Havo vez, que caminando con otro Padre por cerros, y barrancas, yendo descaminados, perdidos, y muertos de hambre, faltaron azafó, y lo tuvieron á grande fortuna, un venado muerto de muchos dias; pues estaba ya tan corrupto, y hediondo, que no era tolerable al olfato, de este tomaron unos pedazos, y azados los comieron, teniendo por grande regalo en necesidad tan urgente.

Quien á costa de tan crecidos afanes, y proprias incomodidades solicitaba el bien de los enfermos, que estaban lexos; en los que estaban cerca, y de aliento residian en el Pueblo, ya se dexa entender quales serian los charitativos esmeros del zeloso Padre. En estos reducia muy bien la buena crianza, instruccion, y enseñanza, que les daba. El Padre, de quien se ha hecho muchas veces mencion, que visitó aquella Provincia, dióse haver visto en el Pueblo de San Pablo á un Indio enfermo; el qual después de haver hecho en su nativo Idioma una confesion general con el Padre Ugarte, llamó diversas veces á dicho Padre Visitador para reconciliarlo en lengua castellana.

tellana, que medianamente sabia, y con encarecidas supplicas, y ruegos, le pidió, que viniessse de noche á rezar allí el Rosario, que rezaba con toda la gente del Pueblo, expusió el motivo de su peticion, y era, que queria, que la Santissima Virgen Madre de misericordia, le alcanzasse de su divino Hijo una buena muerte, y afirmaba, que desleaba morir entonces; porque le parecia, que estava bien dispuesto, y se iba á el Cielo, y de no, remis mucho; y se rezelaba, que podria volver á sus malas costumbres antiguas; con muestras de grande compunccion pidió perdon á sus pacientes de los malos exemplos, que les huviesse dado, exhortólos fervorosamente á vivir sujetos, y obedientes al Padre, observando lo que les dicta, y enseñaba para su bien: dixoles, que se acordaran, que eran Christianos, y que vivieran como tales. Estas, y otras expresiones de devocion, y piedad, que repetia aquel pobre, entorrecieron á el Padre Visitador, y no era para menos, que para de rramar copiosas lagrimas de ternura, ver á un Neophyto nacido en tanta barbarie, tener para morir unas disposiciones, que fueran apreciables, no lo era en qualquiera Christiano viejo, fino aun en un Religioso muy fervoroso, y santado. Estos eran los razonados frutos, que le sembró á el Cielo aqui terreno, regado con los copiosos sudores del Venerable Padre, y cultivado con sus afanes. Este era el descanso de sus fatigas, el refrigerio de sus ansias, y el alivio de sus congojas.

El haver logrado muchos como este, engendrò en el Padre el inexplicable amor, que les tenia á los Indios, que hasta agora lloraban lagrimas, y aquel grande corazon, que

que no acobardaban riesgos, ni acerraban trabajos, y era capaz de abarcar todas las abiecciones del mundo, no podia sufrir, que á sus hijos se hiciéssse la mas ligera vexacion, ni podia disimular la pena, y dolor, que sentia quando ellos enfermaban, ó morian, y parece, que los desheñaba i mortales. Efecto fue del grande carifio con que miraba á aquellos pobres, y tambien de su docilidad, y amable condicion, que procuraba darles gusto á todos en todo quanto no era contrario á las buenas costumbres, ni perjudicaba á los progressos de la cristiandad. Havia formado el cuento, y prudente dictamen, de que todas aquellas costumbres antiguas de los gentiles, que no se oponen á la religion catholica, ni contienen error alguno, se les debian permitir; pues tenian en ellas su gusto, y recreacion. Suelen pintarse los Californios, assi hombres, como mugeres, remiendo esto por una grande gña. Déxmoslos pintar, decía el Padre Ugarte, pues es su costumbre, y el gusto, que tienen en ella, es herencia de sus Padres, y Abuelos, y en nada es contraria á la ley de Dios, y él que se afian por niendose assi; ni yo, ni otro se lo ha de persuadir facilmente. Es tambien antigua usanza de aquella Nation luchar unos con otros, compitiendo en fuerzas, y dando la gloria á el que pone en tierra á su contrario, y lo vence. Luchan en buena hora, decía el Padre, que ninguno de estos nació para leer los tomos de Santo Thomas, ni para registrar concilios, sino para trabajar, y el que mas fuerza aviere lo hará mejor, y es gloria de esta gente parecerse á los antiguos Romanos en los juegos. Acol-

con braves palabras suovales en el modo mismo. Que vales, decís el Padre, con tal que se quise en todas las ocasiones, que puede haver de culpa, ó de serenos decencia en los vales. No podemos desde luego reducirlos á que vivan tan ajustados, y sean tan devotos como unos Novicios. A modo de esta, tenía otras máximas prudentísimas, y con esta grande amabilidad discurre siempre á favor de sus hijos, condescendiendo todo lo posible con los que aun eran tiernas, y delicadas plantas en la fé, y religion.

Mas esto no quitaba el que tambien usasse de severidad quando convenia, y que cediesse la ternura de su afabilidad, á las asperezas del rigor, quando era necesario corregir, y castigar sus excessos. Bien, que esto, como todo lo demás, savvy haciendo con extrema prudencia, sin que la reprehension, ó el castigo excediesse un punto á lo que el delito merecia. Como los amaba verdaderamente, les desleaba el verdadero bien, y no permitia en ellos mal alguno; pero ellos por su incapacidad, y por sus malas inclinaciones, daban frequentes motivos á la indignacion del Padre, que siendo de genio chetaz, asistente, y vivo; no podia menos, que prorumpir en acries invectivas contra sus desordenes. Assi de los del Pueblo, como de los que andaban en las rancherías, venian muchos con sus delaciones; y querecillas, y todos estos daban motivo á el Padre para tronadas, que este era el nombre, que daba á sus enojos, los quales ordinariamente eran truenos sin rayo; porque si bien algunas veces les hacia dar unos zozos, ó algun castigo moderado, lo mas comun

era, que después de amedrentar con grandes voces á los delinquentes, y pronunciar sentencia de horca, ó de galeras, de amenazar de guellos, carceles, grillos, cadenas, y otros grandes castigos, con que les horroizaba, en viéndolos compungidos, y que mostraban arrepentimiento, acababa la tempestad en darles tortillas, viscochos, ó algun otro de los regalitos, que para ellos solia tener el Padre, y así corregidos, y muy gustosos se volvian á sus casas, y rancherías.

Todo el importe de la limosna anual, que á los Missioneros se embia, hacia el Padre, que se lo embiassen reducido á sayal, bayeta, y palmilla, todo lo qual distribuya en los Indios, en quienes empleaba tambien todo lo que con su industria, y trabajo sacaba de los frutos de la Mission. En la distribucion de la ropa guardaba orden, mejorando á aquellos, que eran en el trabajo mas constantes, lo qual hacia tambien con los que eran Gobernadores, ó exercitaban algun cargo de justicia en las rancherías. A los muchachos, que el Padre criaba, y eran sus domesticos, para asistirle inmediatamente nunca les dio, ni les permitió especial gala, ó adorno; porque decia, que con esto se enfobesverian ellos, y que era razon, que de su casa saliesse el buen exemplo, que los leyes havian de ser conocidos, no por el vestido, y traje exterior, sino por las buenas costumbres, prendas, y habilidades. Este su desseo se le logró á el Padre; porque muchos de estos, que crió en su casa, salieron tan buenos, y tan habiles para todo, que el Español mas capaz, y dispuesto pudiera preciarle de haver servido como ellos. Pero como

mo Dios en todo queria mortificado á su fiel siervo, dispuso su Magestad, que á todos se los arrebatasse la muerte, quedando en un total desamparo, sin tener quien le ayudasse en cosa alguna.

CAPITULO XVII.

*Del porte, que tuvo el Venerable Padre en su Persona.*

**E**N MEDIO DE LA GRANDE SOLICITUD, esmero, y afán con que el Venerable Padre procuraba el bien, y las comodidades de otros, cuydaba tan poco de su Persona, como si fuera la mas desconocida, y extraña. Quanto de benigno, suave, y apacible con los demás, tanto tenia de aspero, rigoroso, y severo consigo. El que tanto cuydaba de que comieran los Indios, la ordinaria comida, que tenia, era calajo cosido de toto, no queriendo matar vacas, ó reseras; porque no hiciesen falta para la Misión; el pan eran unas tortillas de maiz tan prietas, y tan gruesas, que necesitaban el robusto estomago de un Indio Californio, para digetirlas. El chocolate le faltaba muchas veces, y entonces substituia en su lugar la leche de algunas cabras, que havia criado. No obstante, quando le venia al Padre algun honrado huesped, como sucedió en la ocaçion, que estuvo el Padre Visitador en su Pueblo, y en otras en que los demás Misioneros lo visitaban, havia ingeniosa su mucha charidad las trazas, y halla ~~arbitrios~~ arbitrios con que desempeñaba.

y regalarlos con variedad de platos muy bien fazonados, y no habiendo allí mas cozineros, que los Indios, la buena fazon era dada del Padre, y á todo se aplicaba, y de todo sabia, y su profunda humildad no se desdeshaba de emplearse en la cozina para obsequio de sus hermanos. Ni es mucho, que exercitase este ministerio, quien no se dedignaba de otros mas vajos, como sucedió algunas veces, que viniendo algun Padre, y no habiendo de prompto quien lo hiciera, se sentaba la bestia, y la metia en la cabaleriza. En estas ocasiones de huéspedes, solia con gracia, y donaire decir, Dios traiga muchos Visitadores, y muchos Padres á mi Mision, para que sepan portarse á sus hijos, y yo saque el vientre de mal año.

Tenia el Padre talento para obras de Arquitectura, como lo mostró en las Iglesias, que hizo sumptuosas, quanto es posible en aquellos parages; pero jamas quiso emplear su talento en hacer para si alguna habitacion acomodada. La casa toda en que vivia, y en que le vió en la Mision de San Pablo el Padre Visitador, era un aposentillo de adoves, como de seis varas de largo, y quatro de ancho, techado con paja, y una recamarita, donde estaba su pobre cama, y la ropa, que tenia siempre de prevencion para distribuir entre los Indios. El adorno todo de su aposento, eran dos estampas de papel, y lo demás estaba ocupado con hachas, azadones, hoces, y demás instrumentos de campo, con los de carpinteria, y otros oficios, que solia exercitar. En la ocasion, que andaba el Padre en la arde, y gloriosa empresa de descubrir el golfo Galisiano, casualmente con-

corrieron en la Mission de San Xavier, que estaba por entonces à su cuidado, dos Padres, y el Capitan del Presidio, Don Estevan Rodriguez, vinoles gana de vér, y desembolver la cama del Padre Ugarte, y uno de los que alli estaban asegura, que por buen zato no pudieron contener la risa; bico, que esta se convirtió despues en una muy seria admiracion, y edificacion grande de vér el desprecio, que hacia de su persona, el que era tan apreciado, y justamente venerado de todos. El colchon no merecia el nombre; porque aunque en otro tiempo lo havia sido, entonces era solo un ardrajoso saco de lienzo con unas quantas bolas de lana dentro, sueltas, y apalmazadas, y en la actualidad servia de acomodado hospedaje à los ratones, ni podia servir de otra cosa; porque para el fin de servir al descanso, y conciliar el sueño, estaba tan desproporcionado, que solo podia servir para tener un rato de mortificacion, y penalidad, y para excitar las vigiliat. A el colchon acompañaba uoa sola sabana, aunque tampoco esta merecia llamarse assi, pues era solo un harapo tan viejo, roto, y deshecho, que solo podiera servir para enredar, y molestar, mas no para el abrigo. La almohada era correspondiente à lo demás. Y es de advertir, que esta era la cama regalada quando estaba de asiento en la Mission, que en los caminos, que le eran frequentissimos, assi por las expediciones à que salia, como por las muchas confesiones de enfermos à que lo llamaban, la cama era el duro suelo, sirviendo de cabezera algun tronco, ó la silla en que caminaba.

El ordinario vestido era una sotana muy raída,

vieja, y llena de girones, y hubo veces, en que de ella no le quedó mas que el cuello, como fue en la ocacion, que lo encontró su hermano el Padre Pedro, mendo en el lodo para formar la prensa. Otra vez para poder entrar con alguna decencia en el Presidio, hubo menester pedir prestada su capa á un soldado. Con este tenor de vida tan trabajosa, y tan poco como el Padre cuidaba de sí, aunque era de complexion robusta, llegó á ponerse tan exhausto, que se desfiguró notablemente. Vino en cierta ocacion á Loreto, donde residia el Venerable Padre Salvatierra para véerlo, y tratarle algunos negocios; mas viendolo el Padre Salvatierra tan flaco, y consumido, con el semblante tan malicento, que parecia otro del que era antes, se affigió de tal suerte, que por no tener á la vista objeto tan lastimero, que le ocasionaba notable pena, pretestando alguna urgente diligencia se ausentó, yendose á otra parte. Lo mismo mutuamente acaeció á el Padre Ugarte, cuyo benigno corazon quedó atravesado de agudo dolor, y sentimiento, al vér qual havian parado los trabajos, y fatigas al Venerable Padre Salvatierra, y así sin mas esperar se volvió á su Mission de San Xavier, de donde havia venido, y allí los que mucho se amaban, y estaban unidos con estrecho vinculo de charidad, y amor, fueron hayendo el uno del otro por no vérselos. Ofreciose despues de algunos dias una forzosa concurrencia, y preguntandose los dos mutuamente; porque havia sido tan breve la visita passada, respondió el Padre Ugarte al Padre Salvatierra: estaba V. Reverencia tal, que por esto me fui. A mi me pasó lo propio, dixo el

Padre Juan Maria, estaba V. Reverencia tan consumido, tan macilento, y flaco, que no pudo mi corazon sufrir el véelo, y por esso busqué motivo para ausentarme.

Ya en los últimos años de su vida, en que notablemente se agravaron sus males, se vió reducido el Padre Ugarte á vivir en el Pueblo de San Pablo, sin poder salir como antes á las correrias Apostolicas. Aqui estaba como sepultado en vida, por estar dicho Pueblo cercado de altísimos cerros, cuya elevacion es tanta, que hace muy corto el dia; pues dos horas despues de haver salido el Sol, llegan sus rayos á aquella tan profunda hoyo, de donde se retiran otras dos horas antes de ponerse el Sol. En esta soledad vivia gustoso el que con sus gloriosas proezas, y apostolicas correrias se havia acreditado perfecto, y imitador del grande Apostol de las gentes San Pablo, y ultimamente, estaba reducido á un Pablo el Hermitaño, á quien imitaba tambien en la fervorosa oracion, meditacion atenta de las cosas del Cielo, y total abstraccion de las criaturas. Mas no lograba el privilegio de tener el cuervo, que le traxera el pan; porque para tener una tortilla le era necesario hacer diligencias, y estaba en un desamparo grande, quando por su cansada edad, y muchas enfermedades, necesitaba de mucho regalo, y asistencia. Viendole tan desamparado, y desolado de quien lo cuidara, movido á compassion el Padre Visitador le ofreció varias veces, que daria orden para que algun soldado, ó alguno de los sirvientes mas hábiles del Presidio vinieran á servirlo, y asistirlo; pero suspendió su Reverencia esta disposicion: porque hechó de

de vér, que el executar lo, no solo no sería de alivio, sino antes bien de mas mortificación para el Padre Ugarte, quien dió à entender, que el traer quien lo cuydasse, no sería mas, que augmentarle el cuydado de que fuesse atendido, y asistido el que venia à cuydarlo. Assi encubria el Padre su grande mortificación, y el dafleo que tenía de padecer, y en esto tambien miraba por sus Indios, quienes conocia, que havian de llevar pesadamente, que huviesse alli otro, de quien hiciesse el Padre mayor aprecio, y mostrasse mas estimacion, y sería darles ocasion de perniciosos zelos.

Experimentó el Padre varias epidemias, en que demás de hacer los officios de Medico, enfermero, cozinero, y los demás, que los enfermos necessitan, se halló tambien obligado muchas veces à hacer el officio de sepulturero, abriendo por su mano los hoyos, poniendo en ellos, y volviendo à cubrir con la tierra los cadaveres. En estas epidemias le quitó nuestro Señor los Indios, que havia criado, y havian salido segun su genio, sirviendo en lo que se ofreciz con expedicion, y con grande fidelidad, y amor. Ultimamente le havian quedado dos, y quedaron para examene de su paciencia, y prueba de su heroyco sufrimiento, y tolerancia: porque eran por extremo flojos, infales, y distraidos. De estos, à mas no poder, se valia el Padre para la asistencia de su persona, lo qual trataban ellos indignamente. Unas veces à las diez de la mañana, ó antes, le daban la comida, otras à las dos de la tarde era temprano para darla. En muchísimas ocasiones avisaban, que no havia que comer,

si se havia encendido lumbre; porque decian haver falado quien traxesse tefia. Todo esto le apuraba poco á el Venerable Padre, y no se daba por ofendido de la incurtia, torquedad, y villania de aquellos Indios safios, quienes por haverse criado en la casa del Padre, no tenian disculpa de tan tosca rudeza; affigiale si el que no cuydaran de lo que ellos mismos, y los otros Indios havian de comer, y por esta causa desde una ventanilla observaba con frecuencia si ardia lumbre en la hoya en que se hacia la comida de ellos. Con su mucha prudencia, y alta comprehencion el Padre estava instruido en el dictamen de que era necessario, que conociesfen los Indios, que para cosa alguna, que fuesse de su propio provecho, comodidad, ó gusto, no los necesitaba, ni los havia menester para otra cosa, que para enseñarlos á salvarse, y asegurar el bien eterno de sus almas; fundado en esta maxima se cuydaba poco de que le fivieran, y assi tenia mucho, que sufrir, y padecer.

### CAPITULO XVIII.

#### *Santa Muerte del Venerable Padre Juan de Ugarte.*

**L**A MOLESTA, Y LARGA NAVEGACION, que emprendió el Padre para la gloriosa empreffa de descubrir el Leno, ó golfo Californio, le ocasionó, no solo las penosas llagas en las piernas, de que tuvo mucho, que padecer, sino que fue causa tambien de otros

ataques, que costaró desde entonces. Vuelto de tan  
trabaja la jornada volvió á trabajar, como si comenzara  
entonces, y nada huviera hecho hasta allí; con esto rectu-  
decieron los accidentes de que quedó lastimado, y volvió-  
ron á abrirse de nuevo las llagas. Eran estas tales, que  
movían á compasión, ternura, y lástima al corazón  
mas duro; solo el mortificado Padre pareció, que no le  
compadecía de sí mismo, pues como si estuviera su to-  
medio en el trabajo, entonces trabajaba mas, ó por lo  
menos las circunstancias hacían parecer su trabajo mayor.  
No es exageracion, ó hyperbole, sino relacion sincera de  
un Padre, que le trató por largo tiempo, el qual por ex-  
tremo lastimado, y compadecido de ver á el Padre  
Ugarte con las piernas, y pies llenos de llagas, unas que  
le iban encaneciendo, y otras, que ya lo estaban, le di-  
xo: Padre V. Reverencia no está ya para trabajar, ni ca-  
minar. A lo qual respondió el Padre Ugarte, deseando,  
y quietud me hace padecer mas; para que vea V. Reve-  
rencia, que andar, y trabajar lo tomo por alivio; porque  
assi siento menos dolor. Padecía mucho el Padre, pero  
con tan heroica paciencia, sufrimiento, y constancia, que  
no se le oía una queja, ni se lamentaba de su mal; antes  
bien otro Padre, que en varias circunstancias lo acompa-  
ñó, reparó no sin grande admiracion, y asombro, que  
tropezando tal vez en alguna piedra, ó rozándose con  
algun ramajo, ó tronco, ó ensangrentándose entre los  
espinos, y zarzas; porque no solo no podía sufrir el res-  
guardo de las botas, que de todas estas cosas defendían,  
pero ni podía aguantar medias, jamás le oyó expresado

alguna de queja, ó de mostracion de impaciencia, ni en fado, que suele ser tan natural en lancos repentinios. Pero si en estos obran los habitos, bien se conoce quati ha bituado estaba el Venerable Padre à sufrir con paciencia, adversidades, y trabajos, pues en estos calos desprev enidos, no se alteraba, ni se descomponia un punto, sino que proseguendo, quando iba acompañado, su discreta, y entretenida conversacion, sacaba la espina, que se havia clavado, con la serenidad, que suele sacudirse una mota del vestido; si havia sido algun encuentro por mucho dolor que le huviera ocasionado, lo disimulaba, como que nada le huviera sucedido.

Por el dilatado espacio de diez años tuvo el Padre que tolerar la penosissima mortificacion de sus llagas, haciendolas muy llevaderas la tierna, y afectuosa memoria de las de nuestro Redemptor, y no escusando se parellas de sus Apostolicas costuras; y ardoras empreñias, que tomaba para dilatar la fé, y sacar de sus tinieblas à la ciega gentilidad, y traerla à que conoci esse el verdadero Dios. Mas ya que las llagas no impidieron los pasos, los impidió otro accidente no menos penoso, y fue una vez altamatica, que lo sobrevino, que lo molesta ba de dia, y no lo dexaba de noche descansar, viendose sufocado muchas veces, este mal lo reduxo à estar ya sin poder salir de su Pueblo, y de fue debilitando las fuerzas, hasta postrarlo del todo, y dexarlo sin aliento alguno. Reconoció el Venerable Padre, que ya se acercaba su fin, y el termino de sus gloriosos trabajos, y teniendo firmemente colocada en su seno aquella misma operacion

za que tenía el Apóstol, de que le esperaba la corona, que el Señor justo Juez havia de darle, se consolaba en sus ansias, y fatigas, y viendose ya cercano à la muerte, dixo à los muchachos, que le asistían: Yo estoy muy malo, el dia que amaneciere muerto, lo que han de hacer es vestirme, como quando voy à decir Misa, enterrarme, y despues avisar à los Padres, pero mientras no me veyan morir, no avisen, aunque me vean agonizando.

En esto se conoce bien la grande tranquilidad de su animo, la serenidad de su buena conciencia, pues en un trance tan apurado, y terrible, no le acusaba en cosa alguna, y padiendo, aunque con alguna incomodidad, tener consigo alguno de los otros Padres Misioneros, para que lo confessara, y ayudara, no lo juzgó necesario. Quien dudara, que habiendole imitado el fervor, y zelo, los trabajos, sudores, correrías, y empresas Apostolicas de San Francisco Xavier, quiso tambien imitar la soledad, y desamparo con que murió en la Isla desierta de Sanchoán? Pero como ya otras veces se havia visto en peligro de muerte en otras enfermedades graves, quando havia padecido, y se sabia su dictamen, y determinacion de que no llamassen à alguno de los otros Padres, se supo tambien de su misma boca el motivo, que para ello tenia, y es de no poco exemplo, y edificacion. No quiere, que llamen à alguno para que me asista; porque los Padres son pocos, el trabajo mucho, la tierra necesitada: no es razon, que por asistirme à mi se ponga algun Padre à peligro de enfermar. Muchos exemplos de virtud son los que en este solo dictamen resplandecen; porque

no pequeña humildad no queret incomodar á otros para ser asistido en lance tan peligroso: es no leve argumento de la heroyez, y ardiente charidad del Padre, el queret carecer de consuelo, quando mas lo necesitaba; porque otro no corriera peligro de padecer algun derrimento en su salud, y el conocer, y renexar en el corto numero de Padres, le hacia presente, que podia necessitarlos algun otro enfermo de los Indios, y assi posponia el consuelo de su proprio espíritu, al bien, y provecho de las otras almas. Heroycidad no muy desemejante á la que executó la charidad de Moyses, y de San Pablo. Maxima propria de fiel discipulo, y verdadero Hijo de aquel Patriarcha grande, que mas bien, que entrar á posseder los gozos perdurables del parayso, queria incierto de su salvacion quedar en el mundo para servir á Dios, y ayudar á salvar á sus proximos.

Ya el Venerable P. Ugarte rendido á la fuerza del penoso mal, no podia, como antes, atender al bien, y espiritual provecho de los Indios, y para que huviera quien lo hiciera, no queria ocupar consigo á otro, y se privaba del alivio, y consuelo, que podia tener con alguno de sus hermanos. Pero Dios, que aun de los cabellos de la cabeza de sus escogidos tiene providencia especial, y no los dexa parecer, tuvo especial cuydado de su fiel siervo. Y no solo en esta ultima enfermedad, sino en otras, que como arriba se insinuó padeci6 el Padre, se hechó de vér, alli el descuydo, que tenia de si, como la providencia singular con que el Señor lo cuydaba. Estando en la Mission de San Xavier lo assaltó una muy aguda, y maligna fie-

bre, que á passos muy ligeros lo consumia, no havia avisado de la dolencia, ni de ella havia noticia alguna. A el Padre Salvatierra, que estaba en el Presidio se le ofreció una urgencia, que lo precisó á partir aceleradamente á el Pueblo de San Juan, con esta ocasion, el compañero, que tenia consigo, que era un hermano Coadjutor, el qual despues ascendió al grado del Sacerdocio, le pidió licencia para ir á visitar al Padre Ugarte, diciendo, que despues de Misa el siguiente dia, que era festivo, estaria en el Presidio de vuelta; dió el Padre Salvatierra con gusto, y aun con accion de gracias la licencia, y salió el Hermano á su visita, y suponiendo á el Padre en el Pueblo de Santa Rosalia, que es mas distante, procuró acelerar el passo; en llegando al Pueblo de San Xavier, sin apearse de la bestia, preguntó á un Soldado que alli se hallaba, si el Padre Ugarte estaba en Santa Rosalia. No está sino aqui, respondió el soldado, y está muriendose. Muriendose el Padre Ugarte, y no nos avisan? Dixo el Hermano muy affigido, á lo qual satisfizo el soldado, diciendo; el Padre lo tiene ordenado assí, y no quiere, que se avise; porque no peligrén los pocos Padres, que hay en este territorio, ni padezca su salud algun detrimento. Entonces el Hermano escribió al Padre Salvatierra lo que passaba, dió orden de que viniese uno que sabia sangrar, y se acudió al enfermo con todos los remedios, que pudieron hacerle, y luego aquella misma noche llegó alli el Venerable Padre Salvatierra, y otro Padre, quienes le asistieron hasta dexar lo libre de aquel inminente riesgo.

Lo mismo con poca diferencia sucedió dos años despues, si bien entonces, antes, que el peligro fuera tan grande, llegó al Presidio la noticia de que havia enfermado el Padre, y estando alli por entonces uno, aunque no muy perito, algo exercitado en la Medicina, lo embiaron para que asistiessse, y aplicasse algunos remedios al Padre, quien con humildes expresiones manifestó el sentimiento, que le causaba el que hicieran de su persona tanto aprecio, y cuydaran de su salud, y su vida. Estos exemplares tenian y a cuydadosos, y sobre aviso á los Padres, y assi en la ultima enfermedad quando estaba ya el Padre para morir, se hallaron alli dos, que le asistieron con grande amor, y charidad, y tuvieron mucho que admirar sus buenos exemplos. Administraronle los santos Sacramentos, que recibió el Padre con devocion, y ternura muy notable, y con sosegada paz, y tranquilidad entregó su alma en manos de aquel Señor, que para tanta gloria loya la havia criado, y fue á recibir el galardón de sus excessivos trabajos, y fatigas. Fue su muerte el dia 29. de Diciembre del año de 1730. á los 67. años, cinco meses, y nueve dias de su edad, y 50. años, quatro meses, y quinze dias de su entrada en la Compañia, 34. años despues de su solemne Profession de quarto voto, y á los 30. de haver entrado en las Californias. Corra edad, y abreviado tiempo, si se mira lo mucho, que este Varón admirable, y zelosissimo Misionero, hizo, y trabajó para dilatar, y estender la gloria del Señor, y amplificar la religion catholica. Las muchas, arduas, y dificilimas emprellas, que acometió, y concluyó felizmente,

parece, que requerian un siglo para su execucion, y el trabajo de muchos. Por muchos trabajó el Venerable Padre Ugarte, quien habiendo hecho tanto en corto tiempo, se puede bien decir, que consumando en breve la carrera de su apostolica vida, llenó en ella la prolongada duracion de muchos tiempos. La pena, dolor, y sentimiento, que ocasionó su muerte, no solo en los otros Padres Misioneros, y en los soldados; pero aun en los Indios, no es facil el decirlo. Todos lloraban la falta del comun Padre, en quien hallaban socorro en todas sus necesidades, consuelo en sus aficciones, alivio en sus trabajos, consejo, y direccion en sus dudas. Lamentaban todos el que havia saltado con la vida la columna firme en que estrivaban las Californias, y ninguno havia que no expresasse su aficcion con dolorosas expresiones. Llegada la noticia de su muerte á la Provincia, en ella tambien fue universal el sentimiento, y todos lamentaban la perdida de un sugeto, que tanto la ilustraba con sus gloriosos trabajos, con que se hizo perfecto exemplar de fervorosos Misioneros, y un espejo clarissimo de admirables virtudes, como en adelante se dirá.

## CAPITULO XIX.

*De la viva fé, y esperanza del Venerable Padre.*

**A** QUELLAS VIRTUDES SOBERANAS, QUE por el altissimo objeto, á que inmediatamente nos dirigen, tienen el esclarecido nombre de Theologales, son el necessario cimiento, y la basa principal en que es-  
 triba

riba la excelsa máquina de la éstrilliana perfeccion, por esto ellas deben ser las primeras, que se admiren en el Venerable Varon, que alpiró siempre remontarse a la elevada cumbre de la santidad. Sin la fe nos dice San Pablo, que es imposible agradar á Dios; y así el principio de agradarle se toma de la fé. Muy agradable fue, sin duda á la divina Magestad la vida toda del Venerable Padre Juan de Ugarte, en quien reynó siempre la fé. Esta fue el soporte y guía de todas sus acciones. Y siendo el mas aborrecido de la vida de la fé las obras, sin las quales esta como muerta, se colige bien, quan viva fuera la fé, que le hizo hacer cosas tan prodigiosas, y emprender proezas tan difíciles, todas ellas son argumentos de la fé. Quantas dificultades insuperables venció para extenderla, quantos gravísimos trabajos toleró gustoso para plantarla, y quantos peligros experimentó para dilatarla, todas son evidentes pruebas de su viva fé, y como otras tantas profesiones de ella.

Pero para hablar con alguna mas individualidad de los exemplos, que dió de esta divina virtud, de ella provenia aquel el mismo grande, sollicitud, y enyado con que el Venerable Padre entendia en las cosas del culto divino. Llegó á ellas hasta sin torera; pero los ornamentos eran los mas decentes, y aun los mas ricos, que podia adquirir la pobleria. Oyó decir en cierta ocasion, que havia havido quies notars, que para Misiones era suficiente tanto número, y que no era necesario tanto enyado de los ornamentos. A esto exclamó el Padre; antes en ninguna parte se necesitá mas, que aqui; pues con

esto, se excita la fé en los Neophitos, y ellos hacen algun concepto de las cosas sagradas, y que tocan al culto de Dios. Ya diximos las Iglesias que edificó, en las quales trabajó personalmente, maestreando á los Indios, y conduciendo con inmenso trabajo las maderas, por sierras, y montes inasecibles. Entre estas la que hay se vé en la Mission de S. Xavier es de piedra de mamposteira, con la vigneria de cedro muy fino, y oloroso. Fue exactissimo en observar las fiestas, ritos, y ceremonias sagradas, y no cuidaba solo de que los ornamentos, y demás alhajas pertenecientes á la Iglesia, fuesen por su materia decentes, sino que procuraba, que todo estuviera muy aseado, y limpio. Para celebrar con quanta veneracion se podia, enseñó á los Indios á leer, y cantar, procuró que aprendiesen á tocar varios instrumentos, para que tocando los mientras se celebraba el Santo Sacrificio de la Misa, esta se viera toda la posible solemnidad, y con este atractivo asistieran á ella los Indios mas gustosos. Extrañabasse con especialidad en solemnizar los sagrados dias de la semana santa, y de antemano procuraba tener buena prevencion de cera la mas fina, y limpia, que podia conseguir, y para que los Indios, no estubiesen, como suelen andar desdudos en la Iglesia, tenia prevenido con que se cubriesen para asistir decentemente á la Procesion del Santissimo Sacramento, Jueves, y Viernes Santo, y adorar de dos en dos la Santa Cruz.

El Santissimo Sacramento del Altar, que es anualmente el Mysterio de la fé, arrebató siempre el corazon, y los afectos del Venerable Padre. En la au-

gusta venerable presencia, ganaba arrodillado muchas horas, contemplando su inefable grandeza, y admirando su infinita bondad. Salvo que alguna grave indisposicion, ó algun otro grave impedimento en sus correrias se lo atorvase, todos los dias celebraba el Santo Sacrificio de la Misa, lo qual hacia con grande ternura, y devocion, precediendo una preparacion muy cuydadosa, y siguiendo la accion de gracias, devota, y dilatada. Pero quando dió mayores muestras de su viva fé, y tiernissimo amor, y devocion al Santissimo Sacramento, fue en los ultimos dias de su vida. En ellos haviendole ocupado la multitud de humores el cerebro, no solo perdió la reflexa con que recataba siempre su interior, sino tambien la advertencia en lo que hacia, y entonces ni pensaba, ni trataba de otra cosa, que de decir Misa. Mas esto fue pocos dias antes de su muerte; porque antes era cosa digna de admiracion, que siendo de avanzada edad, y estando moleestado de tan graves dolores, y aquejado de tantos accidentes, que no lo dexaban sosegar, ni dormir, conservaba su juicio muy entero, no solo para las advertencias, sino aun para las mas delicadas reflexas. Preguntóle por este tiempo un Padre, que havia en una casa, las das á entender, ni manifestar qual era su intencion en la pregunta. Mas advirtió luego el Venerable Padre el animo, que podia ser que el que le preguntaba, y dize: esto admite á V. Reverencia? Mis cosas son cosas de fé, no hay fundamento, que parezca, Dios lo hizo. Yo lo mas que hice fue cosas en su divina Magestad.

Esta confianza fortaleció á el Padre en todas sus acciones

acciones. Vivió siempre confiado de la bondad, y palabra de Dios, que remunerara con fidelidad á los que le sirven, y así aun en los mas peligrosos lances, teniendo la muerte á los ojos, se hallaba muy seguro, y confiado de que havia de recibir el galardón eterno. Confiaó en la divina proteccion, ni lo acobardaban dificultades, ni lo amedrentaban peligros, ni lo arredaban contra ficciones, ni havia mal alguno, que temiera; antes bien le decía á Dios con el Profeta: *Non timebo mala, quoniam tu mecum es.* Quasi sin esperanzas de conseguirse llegó á estar la conquista de Californias, y la grande confianza en Dios del Padre Ugarte allanó los que parecian insuperables impedimentos. Se reputaba imposible fabricar un navio en aquella tierra, y confiado en Dios lo emprendió y lo acabó, de modo, que sirvió muchos años. No parecia creible, que se pudiesen en altas precipicios, y profundas barrancas, erigir templos en sitios de aspereza inexplicable, cogarse la zona de las nieves, donde solo havia peñas, y pedregales, y todas estas dificultades tan arduas deshizo la grande confianza en Dios que tenía el Padre. Por esto se hizo comun el decir, que no havia imposible para el Padre Ugarte, porque conseguía quanto intentaba, y le salta bien quanto emprendía. Quando se hallaba mas desistuido de medios humanos, quando mas desamparado de los hombres, entonces con mas ardo se acometía las mas difíciles empresas, entonces mas contentado, y alentado daba la cosa por conseguida, esperando, que aquel Señor por cuya gloria trabajaba que no habiendo para su Magestad cosa imposible, havia de facilitar,

lizar, lo que naturalmente no parecia capaz de conseguirse. Esto con especialidad se hizo patente en la celebre expedicion del descubrimiento del golfo Californio. Haviale prometido un lugero, que saltara á esperar lo á cierto paraje de la costa, con provision bastante de vestidos para proseguir la navegacion, y sobre este seguro no hizo mas prevencion el Padre, que de aquello, que juzgó suficiente hasta llegar á aquel sitio, donde havia de aguardarlo el referido lugero. Este no cumplió lo prometido, y habiendo costado mucho trabajo el arribar á aquel paraje, estuvo el Venerable Padre tan sobre sí, que sin alterarse, ni hacer demostracion alguna de sentimiento, viendose en medio de la navegacion del proveido, dixo con grande paz. Yo me alegro de lo sucedido, con esto se verá quien lo hizo. Y aun antes de que esto sucediese al despachar dos soldados, que fueron enviados á vér si venia la prometida provision, se explicó con mas expresion, y claridad, diciendoles: vayan, aunque yo tendré grande consuelo, que no haya tales vestimentas prometidas; para que se conozca, que el viaje no corre de cuenta de los hombres, sino de Dios, y aunque sea comiendo cangrejos haremos este servicio á Dios, y al Rey, que Dios no defampara á los que confian en él. Así fue.

Así lo experimentó el Padre en quanto pudo mas no, que nunca le faltó la proteccion divina. Con esta escapó la vida en quantas ocasiones se la quisieron quitar los barbaros, que fueron muchas, y á mas de las ya referidas, otra vez, que iba de camino el Padre, habiendo he-

cho alto en un paraje, y ya descensilladas las bestias, se halló derepente movido á dexar aquel sitio, no obstante, que estava acomodado para descansar, y dixo á un Indio, que le acompañaba, aqui no estamos bien, vamos á otra parte. Volvieron luego á ensillar las bestias, y se fueron á otro sitio distante, y aquella misma noche fue una grande multitud de Indios á aquel sitio primero en que havia hecho mansion el Padre, buscandolo con el depreñado intento de quitarle la vida, la qual defendia Dios, á el passo, que por amor suyo la arriesgaba su fiel siervo, confiado en su divina providencia. En otra ocasion, que tambien iba de camino el Padre, haviedo una tarde hecho mansion en un paraje, vió derepente venir una tropa de Indios, armados de arcos, y flechas, que venian á matarle; pero sin inmutarle, ni dar señal alguna de temor, tan lexos estuvo de evadir con la huida su peligro, que antes determinó salirle al encuentro, y animado con su grande confianza en Dios hizo frente á los barbaros enemigos, valiendose, como ya otra vez lo havia hecho, de su voz alta, y corpulenta, y reprehendiendoles su maldad con tan grande energia, que los aterró su reprehension, de suerte, que no solo desistieron de su depravada resolucion, sino que llenos de temor, y susto huyeron presurosos á refugiar se entre los montes. Y no pasó aqui la triunphante confianza del Venerable Padre, ni se contentó con la victoria, sino que despues, como havia hecho con otros, los hizo venir á la Mission para reprehenderlos de nuevo, y darles consejos saludables para que se enmendaran.

## CAPITULO XX.

*De su eximia charidad.*

**S**I BIEN TODAS LAS VIRTUDES, COMO  
 astros luminosos resplandecen, y adornan una alma  
 justa para que sea digna morada, y habitacion de Dios, la  
 charidad las excede á todas, tanto quanto el Sol material  
 sobrepasa en luz, y claridad á todas las estrellas. Como es-  
 trellas brillantes lucieron en el Padre Ugarte todas las  
 virtudes, que hicieron lucido, y claro el sendero de su via-  
 da, hasta llegar al hermoso dia de la perfeccion cristi-  
 tiana. Para formarse reynó en su corazon el resplande-  
 ciente Sol de la charidad, tanto, que siendo el Padre en  
 todo grande era dicho comun de los que le conocieron,  
 y trataron, decir, que el Padre Ugarte todo era charidad.  
 Todo era charidad, y amor para con Dios, y como este  
 amor necessariamente trae consigo eslabonado, y en-  
 lazado otro amor, todo tambien era charidad, y amor  
 con los proximos. En el amor de Dios ardía, y se abra-  
 zaba como un amante Seraphin. La prueba mas segura, y  
 el mas abonado testimonio del amor son las obras. De  
 las muchas heroicas, grandes, y excelentes, que hizo el  
 Padre Ugarte, se arguye bien el ardiente amor, que á  
 Dios le tuvo. Empleado estuvo siempre en cosas de su  
 servicio, y obsequio, haciendo quanto juzgaba ser de su  
 agrado, á imitacion de Christo, que hacia siempre el be-  
 neplacito de su Padre eterno. Quanto hizo, y obtuvo el

Venerable Padre, fue con pura, y recta intension, sin tener otro blanco sus acciones, ni atender á otro fin sus deseos, que el de alabar incesantemente, y glorificar á Dios. Aun siendo assi, que foé por extremo cuydadoso en ocultar sus grandes virtudes, como no es fácil de ocultar el fuego, no podia esconder los amorosos incendios de su amante corazon, y assi á pesar de la grande reflexa con que vivia, y encobria las demás virtudes, varias veces le le oyó este apotegma: *Quidquid agis bene age, & laudasti Deum.* Has bien hecho todo quanto hicieres, para que sean tus obras alabanzas del Señor, en que manifestó bastante, y dió á conocer, que el fin que llevaba en sus acciones todas, era alabar sin cesar á Dios. En todas sus peticiones, y supplicas añadia esta condicion, si es para gloria de Dios. Si ha de ser para alabarle, si es para honra suya, si conduce á su servicio. Estas, y semejantes expresiones se leen á cada passo en sus apuntes, donde expresó su pluma los incendios de su amor, y el ansioso deseo de unirse intimamente, y estrecharse con el fumo bien, que era el imán de su corazon, y el centro de su voluntad.

La union con Dios se consigue con el intimo trato con su Magestad, y no hay duda, que estaba muy unido con Dios el Padre Ugarte; pues de continuo se ocupaba en el trato, y comunicacion con el Sr. Es buena prueba de esto el papel que se halló escrito de su mano, quando era Novicio, y guardó el Padre para excitarse á no desfallecer en sus fervores primitivos, en él se manifiesta que vivia en continuada oracion, y se de muestra tambien  
 quan

quan fío era su amor. El mayor, y mas fino, que puede haver, por voca de la eterna sabiduria sabemos, que es el dar gustosamente la vida por el amado. Desde No- vicio ofreció su vida el Venerable Padre para perderla por amor de Dios, y como consta del referido papel en el corto espacio de un mes no cabal hizo sacrificio de ella, pidiendo con todo su corazon mil trecientas, y cinquenta veces la gracia de morir por Christo, y si no llegó el caso de dar la vida, no fue porque le faltasse alguna vez el animo; pues como ya se ha visto, jamas huyó el cuerpo á los peligros, antes bien intrepido se arrojaba á los mayores riesgos, y hacia frente sin acobardarse á los enemigos. Aceptó Dios la buena voluntad, y el afecto, y no quiso la execucion, guardandole la vida para que la empleata en mayores obsequios de su divina Magestad, y trajera muchos á su conocimiento, y amor.

El ardiente desseo de hacerlo assi, hizo arder en su corazon aquel abrasado zelo de la conversion de los infieles, y de la reformation de los pecadores, excitó aquellas ansias de conquistar todo el mundo para Dios, y aquella santa insaciabile codicia de lograr almas para Christo, desseando á todos su eterna salvacion, y desseando á los proximos el mayor bien, que se puede dessear, manifestó bien el solido, y verdadero amor, que les tenia, y su eximia charidad. la qual bien puede explicarse con los mismos terminos, con que explica el Chirilostomo la del Apottol San Pablo: *Quasi ipse universam orbem genuisset, omnes sic curabat, sic festinabat in regnum Dei inducere.* Assi se afanaba, y apreturaba por introducirlos

á todos en el reyno celestial, como si fuera el comun Padre, que huviera engendrado á todos los que habitan en la redondez de la tierra. Imitó perfectamente este fervoroso anhelo del Apostol el Padre Ugarte, y assi no dexó piedra por mover para cooperar á el bien, y remedio de las almas, y salvacion de los proximos. Quando no podia de otra suerte ayudarlos, los ayudaba con instantes supplicas, y fervorosas oraciones, con lagrimas, mortificaciones, y penitencias, con que movia á la divina clemencia, y obtenia de Dios el remedio de los perdidos. Quando pudo trabajar por si, no perdonó á trabajo, ya con buenos consejos, y exhortaciones, ya con el telón en el confessorio, ya con pláticas, y sermones, ya en los hospitales, y carceles; reduxo á bien vivit á muchos, los hizo apartar del camino espacioso de los vicios, que lleva á la eterna perdicion, y los conduxo por la senda, aunque estrecha, de los mandamientos divinos; pero segura para obtener la perpetua felicidad.

El ardiente desseo de la salvacion de las almas, entonces desatparadas, de los miserables Indios Californios lo sacó de Mexico, dando de mano, y renunciando gustoso las mayores estimaciones, y aplausos con que huvieran lucido, y se huvieran celebrado sus admirables prendas, y extraordinarios talentos, con que tenia extension para llenar los empleos mas honoríficos de la Provincia. Se desferrió gustoso á aquellos incultos, y de fieros paramos, y conociendo que era necesario para introducir en aquellos barbaros gentiles la ley de Dios, y radicarlos en ella, y hacerlos vivir christianamente, el que

ellos

ellos se reduzeran à vida racional, y politica, ño es ponderable lo que esto le costó à el Venerable Padre, y ya hemos visto los esmeros de su solitud, y lo que le costó el fundar los Pueblos, y hacer que vivieran en ellos los Indios. Por recogerlos anduvo mas de trescientas leguas entre montes, barrancas, y precipicios, y como si esto no bastara, se atrojó tambien à buscar un mar desconocido, y fiero, todo con el deseo de salvar muchas almas.

Muchísimas fueron las que por su mano lograron tener patentadas las puertas de la fé, y de la salvacion en el sagrado Baptismo. En solo el Pueblo de San Pablo sacó el Padre Visitador por los libros, que havia baptizado el Padre, entre parvulos, y adultos, mil, quinientas cinquenta y quatro personas. En los otros Pueblos, que fundó, y administró, de San Xavies, Santa Rosalia, y San Miguel, ya se entiende, que serian muchos. Muchos fueron, sin razon de dudar, los parvulos, que baptizó en las entradas varias, que hizo à los parajes, que hoy son de Misiones fundadas, y entonces estava por todo aquello esparcida la gentilidad. Muchos otros tambien baptizó en las expediciones, que se le ofrecieron, como quando salió por la parte del Sur à buscar puerto para elcala del navio de Philipinas, y en otras semejantes.

Tambien à esmeros de la charidad heroyca del Venerable Padre lograron muchos una buena disposicion para morir por medio de los santos Sacramentos, cuya administracion le costaba los crecidos afanes, y sudores, que hemos visto, siendola necessario andar por una tierra asperísimas con imponderable fanga, y à veces

muer-

muerto de hambre, hasta llegar el caso, como ya se dixó, de vérsle obligado à comer carne hedionda, y corrupta, hallada por casualidad. Ni pararon sus charitativos esmeros en solo mirar el bien de las almas; pues atendió al bien del cuerpo de los proximos; si bien este cuydado del bien corporal lo hacia medio para conseguir, y facilitar el bien espiritual. Para que tuvieran que comer los Indios, ya se ha visto las trabajosas industrias con que reduxo a tierra laboria, y fructuosa, los que eran asperisimos pedregales, afanzandose, y trabajando personalmente en todos los officios campestres, para que aprendiendo ellos, asseguraran su sustento en lo por venir. No poca sollicitud puso en darles abrigo para su desdurez, y hacer que anduvieran con alguna decencia los que andaban antes, como estuvieron en el estado de la innocencia nuestros primeros Padres. Finalmente, el cuydado todo del Venerable Padre, fue socorrer los en sus necesidades, remediarlos en sus desamparos, consolarlos en sus afficiones, y se puede con toda verdad decir, que sustentó à los Indios en cuerpo, y alma, teniendo para con ellos no solo las veces de cuydadoso Padre, sino haciendo tambien los amorosos officios de cariñosa Madre.

Ni fueron los Indios solamente los que experimentaron los benignos influxos de la charidad ardiente del Venerable Padre; participaron tambien de ellos, todos quantos havia en la comarca, los sirvientes del Presidio, los marineros, los soldados, para todos era el comun refugio su casa, à ella ninguno acudia, que volviera desconsolado, todos facaban el socorro, que necesitaban, el con-

luo,

fuelo, que deffestaban. A mas de tener el Padre, como ya se dixo, destinada una casa para enfermeria de los Indios, su propria casa era un hospital siempre franco, y patente para qualquier maribero, sirviente, ó soldado, que enfermaba, y lo mismo para los Indios de las otras Misiones. Con estos miserables enfermos, parece, que á si misma se exercia la charidad heroyca del Venerable Padre, quien á un tiempo hacia con toda perfeccion los officios de Medico, enfermero, y cozinero, y esclavo humilde del hospital. A todos acudia, curaba, daba por su mano de comer, y no se desdenaba de limpiar por su mano los vasos mas inmundos. Serviales de dia, y de noche con grande amor, agrado, y benevolencia, combidiendo su afabilidad á todos á que acudieran á su amparo.

Pero aunque fueron estas obras tan realizadas, donde manifestó mas subidos quilates el oro humillimo de su charidad ardiente, fue en el crysolde su paciencia, á que dió materia muy abundante la ingratitude, y mala correspondencia de muchos. Grandes fueron los beneficios, que hizo á todos el Venerable Padre; pero no fueron menos las graves pesadumbres con que muchos le pagaron. Y esto no solo los Indios, quien ya se supone, que por ser barbaros, incultos, y de malas inclinaciones, havian de darle mucho en que entender, sino tambien aquellos, que en aquellas partes les llaman gente de razon. Estos usaron tantas sin razones, y lo mortificaron de manera, dandole mucho que sufrir, que llegó el Apostolico Padre á asegurar, que estos havian sido los que le havian ocasionado la mayor pena, y el tolerarlos havia sido entre

sus trabajos el mas grave. Y para que no cause admiracion; era no solo porque affalariados, para que quedassen en la Mission mientras andaba el P. en sus escursiones, y apostolicas cortesias, ellos maltrataban, y destruyian quanto havia afanado, y hecho con trabajo summo; sino tambien porque con sus escandalos, y malos exemplos pervertian á los Neophitos, y hacian malograr el fin de todos los afanes, y sudores, que le havia costado el que vivieran christianamente. Si sabia el Padre, que alguno de estos padecia despues algun trabajo, ó se hallaba en alguna necesidad, á ninguno assistia con mayor prontitud, que á aquel, ninguno con mas franca mano llevaba el socorro, que havia menester. Era esto tan sabido, y tan notorio, que uno que havia sido de los que mas havian exercitado su paciencia, y ocasionadole graves mortificaciones, hallandose despues muy necesitado, y en una somma pobreza, escribió al Padre una carta, y en ella le dice lo siguiente: *Veo mi Padre, que por lo que he dado que hacer á V. Reverencia, todo lo desmerezco; mas tambien se, que no puedo alegar titulo mayor, para que la grande caridad de V. Reverencia me socorra.* Así escribió aquel, y fue su alegato muy apto para mover el generoso, y charitativo corazon del Padre, quien le embió un competente socorro.

No obstante esta su tolerancia, como lo que principalmente miraba, y atendia, era el bien de las almas; si havia alguno que perjudicara á este notablemente, y corregido, y avisado, perseveraba con firmeza en su modo de vivir: así como el Apostol deseaba ver arrancados, y separados de los fieles á los que los conurbaban, tambien

el Padre Ugarte procuraba apattar estas piedras de escandalo, y separar en la heredad del Señor la zizaña del buen trigo. Mas aun quando era necessario despedir á alguno de estos, y hacerlo salir de la California, entonces tambien relucian los huillos de la charidad ardiente del Venerable Padre, porque el despedido lo hacia con tal modo, que no iba infamado el despedido; porque valiendose de algun honrado pretexto, no tomaba en boca sus delictos; si algo debia á la Mission, le remitia la deuda, y si era esta en el almanen del Presidio, se hacia cargo de pagarla, y le daba lo necessario para el camino.

Entre estos hvo uno, cuyos enormes delictos, y maldades lo havian desterrado á Californias, y haviendo recibido grandes beneficios del Padre, alborotó la tierra, y le machucó la muerte; pero por lo mismo se esmeró despues el Padre en hacerle bien, y favoreerlo en todo, hasta hacerlo mudar de genio, y de costumbres. A algunos soldados, que no eran buenos para el Presidio, y en las demas Misiones los defectaban, los llevaba á la fuya, donde con su asabilidad, y amable trato, los trocaba en otros, siendo su charidad benigna, y paciente por extremo. A los soldados, y marineros desterrados trataba de tal suerte, que les ganaba las voluntades, y se hacia dueño de sus corazones, curando las llagas de sus vicios, y costumbres depravadas, con tal industria, que quedaban aticionados al medico piadoso, que tan suavemente los curaba, usando no de rigor, sino de amor; no de indignacion, sino de sufrimiento. Con esto logró evitar entre ellos muchos amancebamientos, y pleytos, discordias, y malas voluntades, y otros desordenes. Pay

Para todos era Lenigno, suave, y apacible, ni su mansísimo corazón le permitia affigir á nadie: no solo con obras, pero ni con palabras ásperas, y quando estaba enojado, ó tenia algun sentimiento de alguno, desfogaba con otro su afficcion, con tales terminos, que no daba á conocer á el culpado, ni declaraba el motivo de su indignacion, ni duraba su enojo mas, que un breve rato, y aunque algunas veces, como se dixo, atemorizaba á los Indios con severas amenazas de rigotosos castigos, era para ponerles miedo solamente, para que se enmendaran de sus yerros, y al fin paraba el enojo en regalarlos. Solia decir el Apostolico Padre, que con un rato de consideracion, que tuviera, no le seria facil affigir á el que le huviera hecho la mayor injuria, ni con la mas ligera palabra. Y no hay que dudar que assi seria; pues no solo disimulaba sus injurias, sino que se oponia á que otros remasen satisfaccion de ellos. Talvez los Indios abusando de su bondad, y fiados de su misma grande charidad, se propalaron á mararle muchas rezes, y hurtarle competente numero de bestias. Llegando á noticia del Capitan este delafuero, quiso executar un exemplar castigo en los reos; pero sabiendolo el Padre Juan, con ruegos, y suplicas les alcanzó el perdón. En otras ocasiones, que los Indios por necesidad havian hurtado algunos ganados, no permitió, que los castigaran, pagando por ellos con los que tenia en su Mission.

Havia hecho suyo el oficio de Abogado de pobres; quando venia al Presidio las mas veces, tenia que interceder con el Capitan, y petosar á favor de los soldados,

y otros que tenia presos. A uno, que finalmente apolo-  
 rearon por cierto enorme delito, hásta lo último lo de-  
 fendió el Padre, esforzando todo lo possible su eloquen-  
 cia para librarlo de la muerte; pero no habiendolo conse-  
 guido, derramando muchas lagrimas, le asistió con gran-  
 de amor hasta lo último. En el real mantenia familias  
 enteras con lo que trabajaba, y aun los que fueren entrar  
 á el buceo de las perlas hallaban asilo en el Padre; poro  
 que muchas veces venian desprevénidos de lo necesario  
 para su buceo, fiados en la charidad, que havian ya expe-  
 rimetado, y no los engañaba su confianza; porque el Ve-  
 nerable Padre los ayudaba en todo. A todos favorecia,  
 porque viviendo en charidad, estaba, y permanecia en  
 aquel Señor, que es un Sol refulgente, de cuyo ben efico  
 calor no hay quien no participe. Todos participaban, y  
 á todos se extendian los ardores de la eximta charidad  
 del Padre Juan de Ugarte.

## CAPITULO XXI.

*De otros admirables exemplos de la charidad del  
 Venerable Padre.*

AUNQUE TODOS, COMO SE HA DICHO,  
 experimentaban su grande, y heroyca charidad, se  
 puede decir, que los primores todos de esta divina virtud  
 los reservó el Padre Juan para exercitarlos con las her-  
 manos. Mientras vivió en los Colegios, era el asilo, y el  
 consuelo de todos, ayudándolos, y aliviándolos en todo

quanto pòdia. Despues en las Missiones trabajó, y le afanó para que los otros tuvieran menos que trabajar. Su Mission, como ya se ha dicho, fue la fuente de donde todas las otras se proveian de quanto necesitaban, en ella tenian todos los otros Missioneros todo quanto querian, y no es esto lo mas, todavia es mas admirable, y primoroso el modo que tenia de socorrer, y acudir en sus necesidades á los Padres. De esto se hará mejor concepto con las mismas formales palabras con que uno de ellos lo refiere. La charidad universal del Padre Ugarte, era mas admirable por el modo con que socorría, pues no solo quitaba la verguenza, ó empacho natural, que muchos tienen en pedir, socorriendo antes, que pidiesen, sino que el socorro iba, como que nada en ello hiciesse, ó como, que fuese cosa, que por estar muy sobrada havia poco que agradecer, siendo en realidad lo contrario; pues se lo quitaba de la boca para darlo. Por esta grande charidad con todos, con razon tenia por anthonomasia el titulo de nuestro Apostol. Hasta aqui las clausulas de el referido Padre, y es buena prueba de ser muy cierto, lo que assegura en ellas, lo que en su lugar diximos, que executaba el Padre Ugarte siendo Rector del Colegio de San Gregorio, que sin tener sus subditos el bochorno de pedir, ni passar por el rubor de infinnar sus necesidades, venian prompto el socorro de ellas.

Desde aquel tiempo tomó gusto el Padre el officio de Procurador de las Missiones, y Missioneros de Californias, y se puede decir, que continuó en él toda su vida, teniendose por obligado á servirlos á todos, y por

niendo su gusto en contentarlos, no perdonando á cosa que pudiera ceder en su obsequio. Muchos casos pudieran alegarse para prueba de esto, que por noiformes se omiten, pero no es razon omitir lo que en cierta ocasion sucedió, en que dió el Padre una prueba real de los primores, y subidos realzes de su fraterna charidad. Estaba un dia arrancando piedras, y trasponiendo tierra para sembrar un poco de maiz con que aliviar su pobreza, tenia para este efecto solamente una barra, que haciendola passar de mano en mano, conseguia á fuerza de la industria el intento. Estando actualmente en esta frena, llegó un mensajero con recado de otro Padre Misionero, que sin saber lo que passaba embiaba á decir á el Padre Juan, que le hiciera el gusto de prestarle la barra. Lo mismo fue oír el recado, que alzaz mano de la obra, y entregando la barra al mensajero, despachó la gente que le acompañaba en el trabajo.

Pero no es mucho, que con tanta prontitud, y presteza se deshicieste por obsequio de un hermano suyo, de una alhaja, que aunque de poca monta, era en las circunstancias muy apreciable, si sabia en cosas de mayor entidad mostrar la fineza de su fraterna charidad. Así se vió quando con animo generoso cedió á otro Padre el Pueblo de San Miguel, en que havia trabajado inmensamente, y es el paraje donde cogia abundantes frutos para los Indios, y para toda la California, y esta cesion fue sin reservar el Padre para si cosa alguna de dicho Pueblo, del qual pasó á vivir al de San Pablo, donde fueron no pocas las necesidades, que padeció por haverse secado

la saca de la agua. Despues de haver vivido el referido Padre algunos años en dicho Pueblo de San Miguel, yendo á fundar la Mission de la Purissima Concepcion, le dió el Padre Ugarte permiso de llevarse todo quanto havia en el Pueblo de S. Miguel, sin reservarle cosa alguna.

Estas nobles, y charitativas acciones experimentaban á cada passo en el Padre Ugarte todos los Padres Misioneros. Uno de ellos tratando en su informe de lo que otros experimentaron, añade. Y que diré yo que le debí tanto á su eximia charidad, que propaffió los limites este Venerable Varon, hijo, verdadero de nuestro Padre San Ignacio, que manda amemos con especial amor á los estrangeros? Apenas llegué á las Californias se portó conmigo, como una amorosissima Madre con un siervo hijo. Además de los extremos en mi recibimiento, que fueron muchos, me puso en la Mission, que yo deseaba, vino el mismo en persona, y me dió un todo para mi sustento, se cortiome en todas mis necesidades, consolandome, aconsejandome, y prometiendome su misma Mission porque me quedasse en Californias, y quando yo alcancé licencia de volver á la Provincia, se affligió en gran manera.

Otro Padre Misionero enfermó de una hernia, que contraxo en los continuos viajes á pie en beneficio de las almas, combidólo el Padre Ugarte á su Mission, y traxolo á ella, sirviendolo allí, y cuydandolo con esta mesma charidad, y amor. Y siendo assi, que su casa, como diximos, era el refugio de los marineros, y soldados, que acudian á ella en sus enfermedades, mucho mas bien tenian

niar acogida los Padres, y eran recibidos con muestras de singular carifio, y complacencia; por effo en enfermando folian venirfe con el Padre Ugarte. A el acudian en las dudas, y casos arduos, que folian ofrecerfe, y las refolvia con grande peso de razones, exemplos, y authoridades.

Siendo Superior fe poutó con fus fubditos como benigniffimo Padre. Ya fe vió fiendo Ministro de San Pedro, y San Pablo, que qualquiera correccion, ó avifo, que à alguno le daba, le coftaba muchas oraciones, y Miffas; porque quanto reulaba affigit, ó mortificar à alguno, tanto defseaba fervir, y contentar à todos. El tiempo, que lo fue en las Miffiones, mas parecia humilde fubdito, y aun rendido efclavo de todos, que Superior; pues eftaba fiempre muy prompto para el confuelo del que eftaba affigido, para el focorro del necesitado, y fiempre difpuefto para fervir à todos, y à cada uno en quanto fe les ofrecia. Por fus maximas, y dictámenes fe puede conocer fu charitativo gobierno. Un Padre Miffionero, que le acompañó muchos años, dice: le oí repetidas veces efte dictamen: *Volo magis rationem reddere de misericordia, quam de justicia.* Quieto mas dar quenta à Dios de haverme excedido antes en la misericordia, que en la justicia. Effo le perfuadia fu piadoso corazon, y effo practicaba con grande utilidad, y provecho de fus fubditos, que experimentando paternales entrañas en fu Superior, procuraban no difguartarfe, y ajustarfe à fus obligaciones, porque en los racionales lo que no configue la fuave violencia del amor, es dificil que lo configa la feveridad del rigor, y effe fuave modo de gobernar es proprio del efpiritu

inde la Compañia, heredado de su gran Patriarcha, en quien reconocieron siempre sus subditos un Padre amabilísimo.

El mismo sugeto, arriba citado, añade hablando de las maximas de gobierno del Padre Ugarte. Quando la obediencia me mandó ir de Superior al Sur, me dixo el Padre Juan Vaya V. Reverencia, pñesto que se lo mandan, sea Superior, y si le mandan que sea Papa, se alo; preso si quiere ser Superior como los quiere nuestro Santo Padre, se ha de dexar amarrar, y aparejar. Nunca mise V. Reverencia las faltas con relacion à las personas para agravarlas. Estos desiertos están despidiendo à los hombres: *Non addamus afflictionem afflicto*. Allí pensaba, y discuria el Apostolico Padre à favor de los subditos, para quienes su afabilidad era un imán, que les robaba los corazones. Siempre defendia à los sugetos, y peroraba en su favor con grande eloquencia, todas las veces, que le ofrecia. Estando todavia en Mexico deslizo una grande calumnia, que ante el Señor Virrey se havia tramado contra los Padres Misioneros. Tratava dicho Señor con grande familiaridad, y confianza à el Padre Ugarte quien valiendose de ella, hizo à su Excelencia evidente la verdad, con lo qual satisfecho mudó el concepto, que de dichos Padres Misioneros havia formado.

Tratabasse en cierta ocasion de una falta grave de un sugeto recién entrado en las Misiones de Zinacua, en circuntancias que para buscar, y conducir ganado à Californias, pasó allá el Padre Juan de Ugarte, quien reconoció, que desadificados los sugetos, y el Supe-

tion, corria mucho riesgo el sugeto de padecer mucho, y non de ser despedido de la Compania, si los informes iban á el Padre Provincial con la acrimonia con que se trataba en la consulta, que hicieron alli los Padres sobre el punto. Esforzó el Venerable Padre su charitativa eloquencia á favor del delinquente, y peroró por el con grande energia. Mis Padres, dixo á los demás sugetos, este pobre hombre entró en la Religion por quitarse de los peligros, y riesgos del siglo, lo han embiado, con poco gusto suyo, á los mismos, y ano á mayores riesgos, entre innumerables ocasiones, que sin irias á buscar, se enoran por las puertas, no es mucho, si debemos maravillarnos de que en tales circunstancias haya caido en algun defecto; pongan á este pobre sugeto en el recogimiento, y regular distribucion de algun Colegio, y se logrará con edificacion. Estas, y otras cosas llenas de amor, y charidad dixo el Padre, y con ellas quietó á los demás sugetos, que quedaron satisfechos del todo con tan charitativo alegato, y escribiendo uno de dichos Padres á otro, que se hallaba distante, le decia: nos hallabamos en grande perplexidad, y cuydado sobre lo que se debia resolver, pero el Angel del P. Ugarte allanó las dificultades. Y es cierto, que á no haverlas allanado el P. se huviera malogrado, y perdido el sugeto, el qual reconociendo su falta la enmendó, y corrigió, y se logró despues, sirviendo con credito á la Religion. A el modo de este sucedieron otros vztios casos en la Provincia, en tiempo que por ser el Padre Ugarte Ministro en los Colegios, assistia á las consultas, siempre en ellas peroraba á favor de los que havian en

algo

algo delinquido, solicitando, y persiguiendo á que se probassen con ellos todos los medios de dulzura, y suavidad, antes de usar de rigor, queriendo como Medico piadoso, que se aplicaran todos los remedios, lenientes, antes de llegar á los cauterios, y otros remedios ásperos.

## CAPITULO XXII.

### *De su profunda humildad.*

**E**L QUE DISPONE ALGUNA FABRICA magañica, dice San Gregorio, cuida mucho de los cimientos, y tanto mas profunda para hecharlos, quanto mas pretende, que se levante la sumptuosa machina del edificio. Desde sus tiernos años dispuso el Apostolico Padre Ugarte levantar en su espíritu la machina de la perfeccion, y como aspiraba á que esta fuera sublime, procuró siempre abatirse á lo mas profundo de la humildad. Los años, que perpetuamente tuvo en exercitar esta virtud, la vida toda lo testifica; pues en toda ella dió grandes exemplos, y se puede decir, que toda fue exemplo de humildad; pues aunque en todas las virtudes se enseñó, esta con especialidad se hacia en él mas reparable. Y es, que siendo grande en todo, y por esto acreedor á las primeras estimaciones, y aplausos, se hacia digno de reprocho, y admiracion, que siempre buscara su propria humillacion, y abatimiento. A el mismo passo, que lo seguian las honras, y los empleos lustrosos, anhelaba por ocultarse, y por exercitar los ministerios mas vajos, y hu-

humildes. Desde que dió principio á sus estudios descubrió los fondos de su brillante ingenio, manifestó el conjunto raro de singulares prendas, y escogidos talentos, de que estaba adornado, y por esto empezaron sus aclamaciones, y aplausos desde entonces; pero estuvo tan lexo de desvanecerse, que antes se confundia, y como si nada supiera, y solo fuera capaz para las cosas mas mecanicas, así se ocupaba en ellas. Ya lo vimos en el Real Colegio de San Ildefonso ocupado en cuydar la dispensa, e ir personalmente á la plaza á comprar las verduras, y en exercitar los demás oficios propios de los sirvientes. Luego que recibió los Sacros ordenes, y pudo exercitar los ministerios de la Compañia, puso todo su esmero en exercitarlos con los mas humildes, y pobres. En la bajeza de los hospitales, y carceles estaba bien hallado, y hay eran las visitas de su gusto, al passo que le desagradaba la altura de los Palacios, y casas opulentas, á que solo iba compelido de alguna necesidad urgente. Uno de los Señores Virreyes de esta Nueva-España tuvo extraordinario afecto á el Padre, y estaba con razon prendado de su persona apreciaba su literatara, y hacia mucha cuenta de sus acertadas resoluciones; por esto deseaba su Excelencia tener consigo á el Padre muchas veces, y lograr su buena, y discreta conversacion, y no solo le inspiró su gusto, sino que llegó á pedirle expressamente, que no lo escatocara, sino que se dexara vér, á lo qual, no solo se escusó el Padre, segun en otra parte se dixo, con las muchas ocupaciones, sino que con toda claridad le llegó á decir. Señor, yo no gusto de Palacio, ni sillas con mi ge-

no sus cosas, y assi V. Excelencia me perdone, que no pueda frequentarlo.

Por el contrario, siñaba mucho con su genio ligero milde el arar, sembrar, regar, hacer oficio de albañil, de carpintero, lastre, y zapatero, y aun el de cargador, como lo hizo quando conduxo las maderas para sus Iglesias, y para la construcción de la balandra, hasta llegar, como se dixo, á unirse con un Indio para hacer en su compañía lo que havia de hacer una yunta de bueyes. Era, como se ha dicho, el Padre el general refugio en las dudas, y casos arduos, que ocurrian en todas las Misiones, y siendo assi, que resolvia con mucho acierto, y siempre eran muy bien fundadas sus relaciones, en ellas mostraba tal despego, y desaptopriacion del proprio juycio, que de ordinario concluía diciendo, que no siguieran su consejo, porque tenia talento especial de hecharlo á perder todo. En algunos ordenes, y disposiciones, que halló necesarias para lo verdadero el Padre Visitador, juzgó conveniente el dar á entender, que salian del maduro juycio del Padre Ugarte, quien de ningun modo quiso passar por ello, reñando mucho, y repugnando el que otros se gobernaran por su juycio. Aun en cosas, que tenia por ciertas reñaba exponer la dictamen, porque no parecia que queria oponerse á otros, ó preferirlos en algo. Por esta razon tuvo tanta pena las veces que lo hicieron Superiores, que llegó á desahogar el corazón su angustia por los ojos, manifestando estos en abunda de lágrimas el sentimiento.

Pocos meses antes de llegar á aquellos payces el

Padre Visitador havian los Padres Misioneros del Norte, consolado á el Padre Ugarte sobre si convenia baptizar *sub conditione* á muchos, que habiendose baptizado adultos, sin tener quando se baptizaron la competente instruccion, dudaban del valor del bautismo. Havia respondido el Padre Ugarte con su acostumbrada benignidad, exponiendo su parecer; pero con el no se aquiescieron aquellos Padres, ni depositaron su escrupulo, sino que con grande afán, y trabajo continuaron en la empresa de informarle de los que havian sido, y proseguir en la obra de baptizarlos. Luego que llegó el Padre Visitador le escribieron cartas sobre la materia, las quales quando recibió, confirió el punto con el Padre Ugarte, quien sobre haver leído los Autores, y discutido mucho sobre el caso, tenia tambien fundado su parecer, apoyado con tan solidas, y tan bien digeridas razones, que no dexaba razon de dudar en lo que le debia seguir. Entouces dicho Padre Visitador preguntó á el Padre Juan; que motivo havia tenido para no decir resueltamente á aquellos Padres lo que debian hacer, á lo qual se escusó diciendo, que podria parecer presumpcion el querer, que prevaleciesse su juycio. Tan poco pagado, como esto, estaba de el, y assi siempre lo sometia al ageno.

Pero si alguna vez le pedia alguno consejo, y con su grande comprehension, y largas expatiencias, hallaba ser necessario, ó conveniente el darlo, ó informar á alguno de lo que havia de executar en algunos casos, que por repentinos no fue le haver oportunidad de consultarlos, entonces en la divertida, y muy discreta conversacion, ed

strategia lo que le havia acaecido en casos semejantes, declaraba en lo que havia errado, decia el modo con que pudiera haverlo hecho mejor. Con esso sin detrimento alguno, ó menoscabo de su profunda humildad; antes con iniedras de ella, sin dar à las claras el consejo, decia sus propias faltas, y dexaba instruido à el que necesitaba de direccion.

Grande fue siempre el cuydado que tuvo el Padre en ocultar sus eximias virtudes. Un Padre, que lo trató por mucho tiempo, diciendo en su informe cosas admirables, y prodigiosas, añade lo siguiente. Poco sé, de lo mucho, que hay de edificacion de nuestro Atlante Californio el Venerable P. Juan de Ugarte; porque a conque es verdad, que le traté por tantos años con inmediatecion, como el Venerable Padre era tan humilde, y recatado, en lo que se podia descubrir de su virtud, todo el estudio ponia en deslumbrarme, ya con su conversacion divertida, ya con su trato urbano, y cavalteroso, ya con otras industrias, todo por su humildad me lo ocultaba. Hasta aqui dicho informe. Y si à los que tan de cerca lo observabas tanto le ocultaba sus virtudes, como las ocultaba à los que estaban remotos? Y de quantos exemplos hecyoycos de ellas nos defraudarian los desiertos, y soledades en que andaba sin testigo de sus acciones, empleado con passos apostolicos en gloriosas empresas?

Mas por el mismo caso, que puso tanto estudio en ocultar sus virtudes, hizo que sobre salieran mas, y resplandeciera con mayor lustre su profunda humildad, que es un tanto monja de todas ellas. Advirtió esto el Venerable

able Padre, y así hasta la misma humildad trató de ocultar con otra humildad reflexa. Un Padre, que tuvo por su Compañero en la Misión todo el tiempo, que tuvo el cargo de Visitador en aquellas Misiones, y lo trató bastante, dice: fingia positivamente el Padre Ugarte en lo exterior con su genio urbano, y afable à lo noble, para deslumbrar la humildad, que manifestaban sus obras. Trataba con los inferiores con la afabilidad, y llaneza, que pudiera con el mas humilde hermano. Servia personalmente á todos, hecho gafián en el campo, al sol, al frío, con un azadón, y una barra, como el mas humilde peon, roto, lleno de polvo, y tierra, entre los Indios para sembrar, y tener que dar á todos. Hasta aqui dicho Padre. A todos los miraba el Padre Ugarte como a Superiores, y así los trataba con tal cortesía, y tan grande respeto, que los confundia, y como era tan atento, queria, que aquel genero de trato, que les daba, se imputasse á cortesía, ó se tuviesse por osbanidad; pero por el mismo empeño, que en esto ponía, se hechaba de vér mejor, que era efecto proprio de una humildad grande. Por conseguir el fin de que no lo tuvieran por humilde, si alguno lo alababa, no negaba el hecho, ó la cosa, que daba materia á su elogio; pero entonces, ó bien disminuía, y apocaba el hecho, dando á entender, que no havia sido á costa de tanto trabajo, como se pensaba; ó bien exageraba la urgente necesidad, que havia compelido á hacerlo, ó si no con algun donaire, ó agudeza convertia la alabanza en vituperio proprio.

Pero lo mas admisible es, que teniendo el Verco-  
table

vable Padre esta virtud con todos los realzes, se tenia por sobervio, tanto, que refiriendo à otro Padre los muchos, y peligrosos lances, en que se havia visto, y havian estado los Indios para quitarle la vida, dixo: Yo no atribuyo à otra cosa el no haver logrado la fortuna de morir por Christo, sino à mi grande soberania. Segon el contexto de la conversacion llamaba sobervia la heroica resolucion justamente de todos aplaudida, y el voto, que hizo de quedarse en la California, aunque los otros desampararon la conquista, y perseverar alli hasta morir, entendiendo en el bien, y provecho de aquella infeliz genilidad. Allí sus virtudes, aun del mismo Venerable Padre, eran desconocidas, y la mayor heroicidad la miraba como altevez.

Mas, aunque era tan humilde, no sirvió de estorvo su humildad à la magnanimidad de su corazon, y à los altos generosos pensamientos, que concebía, y nobilísimos respectos con que se portaba, mirando siempre la mayor honra, y gloria del Señor, dilatacion de la christianidad, y provecho de las almas; antes bien se puede decir, que su misma humildad fue el principal fundamento de las arduas empresas, que acometió, y de las obras admirables, que hizo: porque si nada hay difícil à los humildes, ni alpera à los menfos, como dice San Leon Papa, alegado de nuestro Santo Padre en la maravillosa carta de la obediencia, siendo el Padre Ugarte tan humilde se le facilitaba todo de tal suerte, que era comun decir de todos, como ya diximos, que nada le era imposible. Y es que quando su humildad le quitaba de confianza en si

proprio, y en los medios humanos, tanto le añadía de confianza en Dios, quien con especialidad lo ayudaba para que saliera felizmente con todo quanto intentaba.

Tampoco su humildad perjudicó á la fortaleza, y entereza quando era conveniente usarla contra los que perjudicaban, ó se oponian á los progressos de la christianidad, ó era necesario mostrarla para mirar por el credito, y buen nombre de la Compañia, que miró siempre como á estimadissima Madre, teniendo en estas cosas por exemplar á aquel Señor, que si bien se nos propuso como dechado, y norma de mansedumbre, y humildad de corazon, acordandose, que de el estaba escrito *zelus domus tue comedit me*, revestido de severidad, y lleno de santa indignacion hechó del templo á los que iniquamente lo profanaban; así el Padre Ugarte zelaba el honor, y el respeto, que á la casa de Dios debe guardarse. Por defender la inmunidad Eclesiastica excomulgó publicamente una vez al Capitan, y quando convenia para la gloria del Señor con una voz solamente sabia atetar á muchos, como se vió en algunas de las ocasiones, que quisieron los Indios matarlo.

Ni era menor su entereza para defender el credito de la Religion. Siendo Virrey de la Nueva España el Excelentissimo Señor Marquez de Valetó, mal informado su Excelencia le escribió una carta, en que daba á entender no havian satisfecto los Padres de Californias á la confianza, que se havia hecho de sus Reverencias, en orden al descubrimiento de algun puerto, proporcionado para escala del navio de Philipinas, la qual empresa, con

mo se dixo, siguió el Padre por tierra; pero dicho Señor Virrey se havia imaginado, que podria haverse hecho por mar en una balandra, que se compró de quenta del Rey nuestro Señor, y se perdió aun antes de haverse pagado su importe. Respondió el Padre Ugarte à el Señor Marquez de Valero con tal resolucion, y entereza, que solo un hombre santo, que no mira respetos humanos, y mas quando intervienen los divinos, padiera escribir à un Señor Virrey de aquella suerte. En la carta respuesta, dice, que no solo en la balandra, sino en qualquiera vassa, ó canoa de los Indios supiera cumplir, y satisfacer à la palabra, si la hoviera, y estribara en esso el credito, y buen nombre de su Religion, por la fidelidad de la palabra, que suponía su Excelencia, y no havia, y no havien-  
dola no juzgaba servicio de Dios, ni del Rey hecharle à perecer à el mar. A el tenor de esto decia otras cosas la carta, aunque sin faltar un apice al decóro, y respeto con que se debe escribir à un Principe, y es prueba de ello, que con toda su eficacia, y entereza no exasperó à aquel Señor; antes bien reconociendo la razon, y verdad con que el Padre le escribia, volvió à escribirle otra carta muy atenta, y politica, dandose por muy satisfecho, y haciendo muchas expressions de afecto, y benevolencia.



## CAPITULO XXIII.

*De la extremada pobreza del Venerable Padre.*

**L**EGITIMA HERMANA DE LA VERDADE. La humildad de corazón es la pobreza de espíritu; pues el humilde verdadero despreciándose á sí propio, se juzga indigno de todo alivio, comodidad, y regalo. Vióse esto, á la letra en el Venerable Padre Ugarte, que abatido en lo profundo del conocimiento propio, y teniendo se por nada, al passo que desvelado siempre estaba; porque todos los otros tuvieran las comodidades posibles, y los alivios de que son capaces los incultos paramos de California, vivia tan descuydado de sí propio, como si su persona fuera la del mas desconocido, y extraño. Bastaba para prueba de su grande, y extrema pobreza de espíritu, decir el porte, que consigo tuvo en las Misiones, donde ya se dixo qual era su vestido, su cama, y su sustento.

En el tiempo que vivió en los Colegios pudiera haver estado abastecido de todo, y logrado abundancia de aquellas tales grandes cosas, que puede apetecer un Religioso, sin perjuycia de su estado. Tenia en Mexico muchas personas de la mas alta gerarchia, que lo estimaban, y que se havrian tenido por dichosos, en que desfrutara su genecosidad, como se lo jactaron muchos; entre ellos fue uno el Excelentissimo Señor Virrey, Conde de Moctezuma, que por tuvo singularissima estimacion del Padre,

y apreciaba como oráculos sus dictámenes; pero por más que este Señor, y otros le instaron, jamás quiso desfogar sus favores, manteniéndose constante, y firme en el generoso desprecio de todos los bienes mundanos, y bien hallado en la pobreza, que era grande, aun entonces. Siendo Maestro de Philosophia, uno de sus discípulos Je-  
suiras fiado en el paternal amor, y cariño, que á todos les mostraba, pidióle un dia le diese unas tablillas de chocolate, porque no lo tenia para desayunarse. El Venerable Padre entonces fixó los ojos en su discípulo con tal ternura, que se asomaban á ellos las lagrimas, y despues de algun rato, lleno de rubór, y verguenza su rostro, le dixo: ha dos dias, que yo no me desayuno por no tener chocolate; pero de aqui á tres dias nos darán el que da el Colegio al principio del mes, y haciendo luego reflexa, añadió; pero me dirá mi hermano, que en estos tres dias le es preciso desayunarse, y dirá bien; pero aguardeme, que yo iré á hacer diligencia, y luego sin tardanza saliendo de su aposento, pasó á el de un Padre Maestro de Theologia, y le pidió socorro para aquella necesidad, el qual dió dicho Padre con religiosa generosidad, y vuelto al Padre Ursino en su aposento puso en manos de su necesitado discípulo todo el chocolate; que havia trahido, sin querer reservar para sí nada dél, por mas negos, é instancias, que para ello le hizo el discípulo, noticioso ya de la necesidad en que quedaba, y era la misma, que á el lo havia trahido. De este modo el Venerable Padre desconfyaba de las necesidades propias quando le afligian tanto, y atormentaban las ajenas, y el que no tuvo

animo para vencer el natural bochorno de pedir para alivio propio, lo venció para socorrer á su hermano.

Des Pades, que mas comunicaron con el Venerable Padre en las Misiones, hablando de la observancia de los votos religiosos, afirman, que siempre repararon, que los observó en grado eminente. Y hablando uno de ellos de la pobreza en particular, dice, que lo que en otros fuera summa, era en el Padre conveniencia, y abundancia. Nada tenia que se pudiera llamar de su uso; pues repartida toda la limosna, lo que por otras partes le venia, y quanto á fuerza de sus trabajos rendia su Mission, todo lo daba, sin tener para si cosa segura. A uno daba sus sabanas, á otro su frezada, á otro la colcha; una que le embió siendo Procurador de las Californias el Padre, que fue despues allá de Visitador, la halló dividida en dos partes en poder de dos Indios. Hasta la camisa parecia que la tenia prestada, y que cada enfermo como acreedor se la cobraba. Un Padre, que fue testigo, afirma haver visto á los Indios enfermos cubiertos con la camisa del Padre. La unica cosa, que se podia llamar de su uso, era la sotana. Si esta la dió alguna vez, no se sabe; pero si consta, que llegó á dar parte de ella. Estaba por contingencia un oficial del Perdido en la Iglesia, en ocasion que cayó en ella el Venerable Padre; y viendo, que un parbalo, que habian trahido para enterrar estaba desahogado totalmente, no reparando que havia testigo, se retiró á un rincón, y cogiendo un trozo de la sotana, cubrió con el á el parbalo, y lo puso con alguna decencia para sepultarlo.

Quien de las cosas tan necesarias, y precisas estaba tan desapropiado, ya se dexa entender quanto aborreceria las cosas superfluas. Nunca tuvo alhaja alguna de primor, ó curiosidad, y si alguna vez no pudo escusarse de recibirlas, se deshacia de ellas, dandolas quanto antes, así por el afecto grande, que tenia á la santa pobreza, que es el firme muro, que defiende, y guarda á la Religión, como por su natural generosidad, y liberal genio. Solo conservó por algun tiempo un relojito, que le servia para regular las horas en el tiempo, que se recogia á hacer los ejercicios de nuestro Santo Padre, y muchas veces para conocer si era tiempo de celebrar, quando era preciso hacerlo muy de madrugada. Esta alhaja tenia la recomendacion grande de haver servido á el Apostolico Misionero, y grande siervo de Dios el Venerable Padre Juan Baptista Zapa, y aun esta recomendacion no le valió, porque ultimamente hubo de darselo el Padre Ugarte. Un Misionero, que solia algunas veces passar de su Mission á la del Padre, quando residia en el Pueblo de San Miguel, las veces, que iba, llevaba consigo una cucharilla para comer, porque el Padre Ugarte no sabia más, que una sola, que por su mucha antigüedad, y uso frecuente, estaba ya muy gastada, mas en haviendo buelto se incomodaba por cederlela, y así aquel Padre enseñado ya de la experiencia, estaba la providencia de él prevenido. ... como si cogiera seven top ob nateq...

Mas aunque su ordinario trato era con mucha pobreza, como se ha dicho, esta se puede llamar abundancia, si se compara con la falta quasi total de lo necesario para

para mantener la vida, que experimentó à temporadas. Vez hubo, como en otra parte se dixo, que necesitó, para entrar con decencia en el Presidio, pedit prestada à un soldado su capa, porque de sotana, solo havia quedado el cuello, con unos andrajos, ó girones colgando, y lo demis lo havia destruido el continuado afán de andar en tierras montuosas, en faenas con los Indios. En varias temporadas se vió reducido à mantenerse de frutas, y raizes silvestres; iba à coger mezcales con los Indios, y como no conocia bien quales estaban sazoados, venia cargado de muchos verdes, y muy amargos, y à el tiempo de azarlos le daban vaya los Indios, diciendole: mira Padre, que traes mezcales verdes, que no sirven, esto no se come. Tambien por algun tiempo le sirvió, no solo de desayuno, sino tambien de comida, cena, y unico alimento la leche de unas pocas cabras, que tenia, y no se atrebia à matar alguna para comer la carne; porque siendo muy pocas las que havia, se rezelaba, que aun la leche havia de faltarle. Pero lo mas raro, y admirable de esta pobreza summa, era lo alegre, y bien hallado, que estaba con ella el Padre, contentandose aun con menos de aquello, con que decia el Apostol, que se contentaba, pudiendo con toda verdad decir à nuestro Señor, que todo lo havia dexado, y abandonado por seguir à su divina Magestad.



## CAPITULO XXIV.

*De la Castidad angelica del Venerable Padre.*

**E**L NOBILISSIMO EXEMPLAR, QUE para la imitacion en esta materia nos propone nuestro esclarecido Padre San Ignacio, es la pureza de aquellos soberanos espiritus, que por estár exemptos de la pefidez de la carne, no son capaces de que padezca necesidad su candor. Ajustóse todo lo possible à esta norma el Venerable Padre Ugarte, siendo un Angel en la pureza, sin otra diferencia, que aquella gloriosa, y honorifica, que entre los hombres castos, y los Angeles reconoce San Bernardo, libit. 42. *Differunt quidem inter se homo pudicus, & Angelus; sed felicitate, non virtute. Sed & si illius castitas felicitior; huius tamen fortior esse cognoscitur.* El hombre casto difiere del Angel; porque lo que este logra por felicidad de su naturaleza, lo posee aquel à esfuerzos de su virtud, y aunque sea mas feliz en su pureza, el hombre en ella hace alarde de fortaleza heroica.

Esto verificó à la terra el Venerable Padre Ugarte, en quien la azuzena candida de la pureza; se hizo mas admirable, y descolló mas ayrosa entre crueles espinas de contradicciones, espasciendo suave fragancia entre huracanes, y torbellinos de casos muy advartos. Fué siempre por extremo recatado en el trato con las mugeres, nunca las miraba al rostro, sino con los ojos fixos en el suelo; las palabras que les hablaba eran pocas, y muy medidas.

y esto aun con las Indias. Efecto era de su recato lo que disgustaba de vistas, el tiempo que vivió en los Colegios, y con todo esto se vió en lance bien peligrosos. En uno se halló, en que fue bien necesaria toda su honestísima discrecion, y prudencia para impedir una grande nota, que huviera dañado quizá al Padre, y podria ceder en dañado del comun. Fue señalado de la Obediencia el Padre Ugarte para salir acompañando à un Padre, que visitó à una Señora, la qual se aficionó mucho del Padre Juan, y quedó grandemente prendada de su modestia, compostura, y discrecion. Volvieron à su Colegio los Padres, y volviendo à la noche à su casa el Caballero Bispo de la Señora, dixo esta muchas alabanzas del Padre, que aquella tarde havia ido de Compañero, y manifestó los grandes deseos, que se le haviam excitado de que aquel Padre frequentara su casa. El Caballero, que lo era muy principal, y de mucha distincion, precandose de honrado, al passo, que picaba en zeloso, sospechó (segun lo declaró despues) que allí havia algo menos decente ofensivo à su persona, y pudonór, pero sin dar à entender sus sospechas, por sacar mas bien en limpio la verdad, y salir de dudas, fingió tener altíssima estimacion del Padre, y estar assimismo pagado de sus prendas, y amable genio, por lo que tambien apetecia tenerlo en su casa con frecuencia. Fue luego al dia siguiente al Colegio, con astuta politica en busca del Padre, à quien con estrañas demostraciones de especial cariño, le suplicó encarecidamente, que se dignara de frequentar su casa. Escusóse cortesamente el Padre, con el grave peso

de sus muchas ocupaciones, que le dexaban poco tiempo para poderlo hacer. Repitió visitas el Caballero, y en una de estas le dixo, con la discrecion, ó por mejor decir, con la malicia, y artificio, que tales personas acostumbrañ. Mi Esposa está muy quexosa; porque despues de suplicarle tantas veces à V. Reverencia, no ha querido honrar, y favorecer con su presencia aquella casa tan soya. Entonces con mas resolucion el Padre, reproduxo la escusa de sus ocupaciones, y añadió: yo Señor mio, no gusto de visitas, y mucho menos de Señoras mugeres. Aqui fue donde le quitó la mascara de su politica simulacion el Caballero, defengañado con pruebas tan repetidas, y mudando el semblante mentidamente risueño, y afable, en madotamente grave, y compuesto, dixo con grande ponderacion de palabras. Yo digo bien, que estos Padres son grandes hombres, que nos enseñan à nuestros hijos, y nos dexan nuestras mugeres. Con esto se despidió satisfecho de la innocencia, y pureza del Padre, quien supo, aun sin haver entendido los ardidés de aquel falaz politico, defender su pundonor, y exaltar el buen nombre de nuestra Madre la Compañia.

Otro caso le sucedió tambien en Mexico, en que dió bien à conocer su extremado recato, y como lo alboraba qualquiera accion, que pudiera, aun muy ligeramente, empañar el lustre de su angelical pureza. Importunado muchas veces de una persona, à quien se debía todo respecto, fue à visitar à una Señora de la mas alta gerarchia; esta por dar muestras del aprecio, y estimacion, que hacia de la visita, hizo con el Padre una de aquellas de-

mostraciones, que se les da el nombre de favores, ó carifios. El Padre, aunque sonrió, que la persona, por su grande calidad no era capaz de propasarse á cosa, que no fuese muy decente, y mas quando estaba presente su Esposo, con todo melindradete, con semblante grave, y severo le dixo: Señora, parece, que no sabe quien es el Padre Ugarte. Siendo esto tanto, mas admirable, quanto el Padre era por sus buenas obligaciones, y honrada crianza tan atento, queriendo antes faltar á la naturaleza, que padecer el mas ligero menoscabo, ó ajar el nevado candor de su pureza. Con otra Señora, que hizo otro tanto, no solo le habló con sacudimiento, sino que jamas volvió á visitarla, y con la primera huviera hecho lo mismo, si no lo huviera compelido el sex necessario hacerlo para nil de las Californias, de que era entonces Procurador.

Despues de ido allá se vió en lances sumamente apretados, y peligrosos, en linea de honestidad; porque ambidioso el Emperador de las tinieblas, de que armado con la Cruz del Señor, con que su Magestad lo hechó suzerano del mundo, que tenia tyranizado, venia tambien á trojarse de allí, donde estaba en pacífica posesion de tan dilatada gentilidad, procuró con todas sus diabólicas artes hacerle hechar alguna mancha en la pureza; ya que no havia podido conseguir acobardar su magnanimidad en tantos alborotos de los Indios, que lo intentaron matar, en tantos riesgos como se le ofrecieron, en que estuvo proximo á perder la vida, puso su esfuerzo todo, y su conato en deubarlo, valiendole para ello de la gradif-

lima libertad de las Indias. Estando aun todavia en el Presidio de Loreto, le llamaron con el pretexto de vér, y confessar á nos, que decian estar enferma. Púo luego allá el Padre, y topó á la que le decian enferma, que lo estaba realmente en el alma, aunque muy sana en el cuerpo; era una mozueta muy aderezada, y pintada segun la usanza de aquella gente, la qual esperaba á el Padre para desahogar su loca passion; mas el Padre luego se acogió á el partido, en que ciertamente se asegura, y consiguió la victoria en las lides de honestidad, sin poner los ojos en aquella sierpe alagüeña, tomó la fuga con notable aceleracion, y salió victorioso de aquel riesgo.

No fue menot an el que se vió otra vez en el Pueblo de San Xavier, dormia bien descuydado una noche, y entrandosele una India Joven le dispertó, y comenzó á provocarlo á la maldad; pero el Padre con grande fervor, y con una reprehension muy aspera apartó de si aquel demonio tentador, y del modo que pudo cerró la puerta porque no se repitiera el assalto. Otro le dieron en otra ocasion los ministros de satanas; quien no relevando tiempo, ni lugar para asaltarlos, y contradictonos, hace, que lo mismo executen los que son en el mundo sus parciales. Acoftumbraha el Venerable Padre despues, que ya todos se havian entregado á la quietud del sueño, recogerse á la Iglesia á oracion, y otros exercicios de piedad. En una de estas ocasiones al entrar sin luz hacia el Altar, donde para orar se arrodillaba, tropezó con un vulto, y sin saber lo que fuesse, dixo: quien esta hay? Yo soy, respondió una Indizuela, que los Indios maliciosamente

mente havian introducido para que lo incitara à el mal, hechóla el Padre reprehendiendo su depravada audacia; y con mayor conato, fervor, y eficacia se aplicó aquella noche à la oracion, como que sabia muy bien, que esta es una de las armas poderosas, con que este genero de demonios se ahuyenta.

Mas por haver ahuyentado à este, no se libró de que le acometiesen otros. Un Indio gentil, nacido por principal entre los de la playa del Sur, vino à el Pueblo de Santa Rosalia à visitar à el Padre, quien como con toda suerte de personas era benigno, afable, y apacible, recibió à su huésped con demostraciones de amor, lo regaló con aquellas cosillas, que ellos aprecian, y lo agazajó quanto pudo, procurando con esto ganarle la voluntad; y con ella la alma para Dios. El Indio en medio de ser bárbaro reconoció el beneficio, y quedó muy agradecido, y alegre se volvió à su territorio. Y como la usanza de esta ciega gente quando quieren regociar algun buen oficio, que con ellos se ha hecho, ó agradecer algun favor, es ofrecer la muger propia, la hija, ó la hermana; llegado el Indio à su rancheria, embió à el Padre à una moza de la hermana suya; luego que esta llegó dixo algunas palabras, que no le pudo entender el Padre, quien la persuadió, que venia para ser cashequizada, y enseñada; y baptizarse, dixo entonces à los Indios, que llaman Temazianc, que son los Maestros, que enseñan à los niños; y à los demás la doctrina christiana, que comanzaran con aquella muchacha à rezar, y se quedó à la vista, aunque algo retirado; empezó el Maestro à formar la señal de la

la santa Cruz, mas á poco rato la enseñanza se convirtió en farza, y rifa. Como el Padre estaba observando lo que passaba reprehendió á los Indios, y ellos volvieron de nuevo á formar la señal de la Cruz, con la que juzgaban cathecumens; pero volvieron como antes á reir á grandes cachinos. Entonces el Padre llamó á uno de aquellos Indios, que tenía por mas racional, y le preguntó; porqué una cosa tan seria, y tan santa la executabas con tan poco juicio, y cordura, que la havian hecho rifa, y rifa? A esto respondió el Indio, Padre, esta muchacha no quiere rezar, dice, que no viene á esto, sino á ser muger del Padre, que para esto ha venido, y no para hacerse garabatos con los dedos en la cara. Llamóla el Padre, y dandole que comer, y unos zapatos, la hizo volver luego á su tierra, tratandola con menos aspereza, que havia tratado á las otras: así porque reconoció en esta menos malicia, como porque siendo hermana de aquel gentil principal, y enviada de él, no quería exasperarlo, para lograr su reducción, y de todos los suyos.

Con tan repetidos sucessos, y tan frequentes expe-  
riencias de la varonil confianza del Venerable Padre en  
defender el gándor de su pureza padecian estas chie-  
vementadas las Indias con tantas repulsas, en que como ve-  
nencos a spiders las havia el P. apartado de sí, pero como  
era Lucifer el que las instigaba, no desistían de su dañada  
intencion. Sin una avivó con especialidad el calor de la  
concupiscencia, y no se le hacia tolerable ser despreciada,  
y repelida, como sabia que lo havian sido las otras.  
Pero mas á lo guará, no quiso entrar sola á dar el asalto,

Buscó compañía, y se valió de un Indio, á quien el Padre solia agazajar, á este llevó de padrino, y ropador para no ser desechada como las demás. Entró pues, donde estaba solo el Padre, acompañado del Indio, el qual dixo: Padre, esta te ruega que le des un hijo, y que no la desprecies. No seas ignorante (le dixo el Padre Juan) el Padre no entiende de estas cosas, y dando á los dos su reprehension los apartó de sí. Como el Padre con su extrema charidad hacia tantos beneficios á los Indios, los socorria en todas sus necesidades, los asistia, y curaba en sus enfermedades, siendo Padre, Madre, y todo su consuelo para todos, y para cada uno, no sabian otro modo de corresponderle, que el que mutuamente usaban entre sí, ofreciendo las mugeres, que juzgaban mas bien parecidas, y ellas mismas, sin que las ofrezcan, ó embion, pagan con ofrecerle á quien les da algo, ó les hace algun obsequio. Lo qual mas á menudo hacian en los principios de la conquista, teniendo así el Venerable Padre muchos afallos en su pureza; ya por malevolencia de los que instigaba el demonio, ya por el infame modo de ser agradecidos aquellos barbaros.

Andando en otra ocasion en sus correrias Apostolicas por la contra-costa, llegó á una rancheria de gentiles, los quales estaban entretenidos en los bayles, que ellos usan; púsose á observarlos, y advirtió, que un Indio iba repartiendo á los demás unas plumas de diversos colores, las quales unos admitian, y las ponian sobre sus cabezas, otros las desechaban, llegó, y dió tambien la luya al Padre, que como era obsequioso, y deseaba contener

tar à todos, y con especialidad deſſeaba tener gratos à los gentiles para reducirlos, no ſabiendo lo que aquello queria decir, aceptó la pluma, y con donayre la poſo en ſu cabeza. A poco rato le traxeron una India moſa, y ſe la entregaban. Preguntó admirado, que era aquello? A lo qual dixeron los Indios, que el aceptar la pluma era ſeñal entre ellos de querer alguna muger. Avergonzado entonces ſumamente el Padre, y corrido, quitó con grande enojo la pluma de ſu cabeza, y la hizo pedazos, dandoles una muy ſevera reprehension, de que indignados ellos quifieron matarle, y no hay duda, que huviera muerto goſtoſo el que temia mas que à la muerte amancillar ſu pureza.

Hablando de eſta un Ingeto, que trató intimamente à el Padre Ugarte, dice: yo lo confeſſé mucho tiempo, y advertí, que en la pureza era un Angel. Para ſubir à eſte grado tan heroyco obſervó exactamente las reglas de la modestia, que nos dexó nueſtro Santo Padre, como Preſidio, y guarda ſiel de la caſtidad, la gravedad aſable de ſu roſtro, ſus ojos vajos comonmente, la madurez de todas ſus acciones, toda ſu exterior compoſicion, en que moſtraba grande humildad, movia à devocion à quantos lo miraban, y ſe conciliaba los caſtos afectos de todos, aun de los miſmos gentiles, y barbaros. Uno de eſtos, aun haviandole tratado muy poco, ſe hacia lengua en alabanzas del Padre, y preguntandole la cauſa de haverſele aficionado tanto, reſpondió, porque eſte Padre no mira, y en todas ſus cosas ſe conoce, que es Santo. A mas de la modestia, y circunſpeccion

en todas sus acciones, y por te, añadió la voluntaria aflicción, y maceración de la carne, como se dirá despues, para no dexar medio conducente para conservarse en una pureza angelical.

Y como si todo esto no bastara, vivia siempre tímido, y receloso, tan lexos estuvo de hacerse confiado despues de tan repetidas victorias, que antes de lo contaba mas de si mismo. No solo cerraba las puertas de los sentidos para no dar lugar à desorden alguno, ni se satisfacia con la vigilancia grande de impedir la entrada à qualquier especie menos pura, que pudiera perturbar el animo, sino que tambien, aun en el tiempo de Verano, en que por ser muy excessivos en California los calores usaba los Misioneros dormir en entramadas, para lograr estando à quatro vientos algun refrigerio del calor, y hasta el Venerable Padre Salvatierra lo practicaba allí, quando iba à la Mision de San Pablo, el Padre Ugarte passaba siempre la noche dentro de su casa, sufriendo la mortificacion del bochorno, ponía de centinelas dos muchachos, no obstante, que quedaba la puerta bien cerrada. A esto le obligaba el temor de los apretados lances en que se havia visto, y el recelo de que passando alguno le viera descubierta por algun acaso. Yo no temo, solia decir, el calor, ni las injurias del tiempo, sino que me temo à mí mismo, y por esto me encierro, y hago que me guarden. Tanto era el humilde recelo con que vivia, y con que obligó à Dios, para que con especialidad lo defendiera, y amparara su Magestad, para que en todo lugar, y en todas partes, como fiel imitador del Apóstol diera buen olor

olor de Christo, y particularmente hiciera percibir la fragancia de la candide hermosa azazcoa de la castidad.

## CAPITULO XXV.

*De la rendida obediencia del Venerable Padre.*

**E**STA ES LA VIRTUD, QUE NUESTRO Padre San Ignacio quiso que fuera la caracteristica de la Compania, y en que deseaba se señalatan los hijos verdaderos de ella. Como bueno, y fiel hijo de tan santa Madre el Apostolico Padre Joao de Ugarite, en ella se señaló de fuerte, que parece que fue la virtud, que le robó todas las atenciones. Cosa maravillosa à la verdad, y que causaba no pequeña admiracion, era verle tan ciego en la obediencia, quanto en lo demás era discreto, y advertido. Fue esto de tal fuerte, que ni la demostracion, ni la evidenciam, parece que tenia por seguras, quando en las cosas hecchaba menos la obediencia. Quando el Padre impellido de su Apostolico zelo, y deseo fervoroso de la conversion de la gentilidad, se fue à Califoiss, siendo assi que lo hizo con licencia, y que manifestó Dios sensiblemente, quan de su agrado havia sido el que fuera; con todo, méandole su ida como mera permissiua de la obediencia, y sabiendo lo que su ausencia se havia sentido en Mexico; porque deseaban darle otros empleos los Superiores, no hallaba descanso, ni gusto, aun entre cosas muy congeniales à su fervor, sino que vivia en un  
conq

continuo torcedos, siendole un atormentador tyrano, y cruel verdugo la imaginacion, de que hacia en aquello su propia voluntad.

Duróle este tormento hasta que el Venerable Padre Juan Maria de Salvatierra volvió á aquellas partes, siendo actual Provincial; puso con humilde resignacion en sus manos, declarandole la afliccion en que havia vivido, y las congojas de su animo angustiado, y no obstante, que tenia pendiente la conversion de tan numerofo gentilismo, y traya entre manos obras de grande servicio del Señor, dixo que estaba prompto á dexarlo todo, á alzar mano de la conquista, y abandonar todas las bien fundadas esperanzas, que tenia de lograr muchas almas, y dispuesto para ir á qualquiera parte, ó para lo que se juzgasse mas conveniente, cerca de su persona. No puede menos aqui la pluma, que suspenderse un tanto, para catear a este Apostolico Varon con el grande Apostol del Oriente. Ocupado estaba como brillante Sol San Francisco Xavier, en comunicar la luz de la verdad, y del Evangelio á los idolatras, y gentiles empleado en hacer bautismos á millares, en traer Reyes, y Principes á el conocimiento del verdadero Dios, y en todas las obras de Apostol grande, y con todo esto estaba dispuesto a dexarlo todo a la mas leve insinuacion de la obediencia, y questo Padre San Ignacio vivia tan satisfecho de esta resignacion, que tuvo por bastante un *veni*, y una sola letra inicial de su nombre, para hacer venir á Roma al gran Xavier, abandonando todas sus empresas gloriosísimas. De este raro exemplo nos pivó la muerte del Santo,

que sin razon de dudar huviera llevado de admiracion á todo el orbe.

Todo el mundo tambien huviera admirado la resignada obediencia del Padre Ugarte, si lo huviera mandado salir de las Californias, y dexar todo lo comenzado el Venerable Padre Salvatierra; pero estubo muy lexos de hacerle, porque ninguno sabia mejor lo importante, y necesaria, que era alli la persona del Apostol, que este nombre le daba, y olvidado de su propia gloria, como verdadero humilde, repetia muchas veces, que toda la conquista de Californias se debia á el ardiente zelo, trabajo, y constancia del Padre Ugarte. Oida la protesta humilde de tan rendido subdito, le dixo, que se aquietara, y depositara todo temor, y susto, que era voluntad del Señor, que para gloria suya, perseverarse alli, continuando lo que havia comenzado, y para que en ningun tiempo le volviera á assaltar aquella escrupulosa congoja. su Reverencia entonces, como su Superior, que lo era de toda la Provincia, lo señalaba para aquellas Misiones, y le mandaba que continuasse trabajando en ellas, y assi si en lo antecedente havia tenido alguna duda, de que hacia su propia voluntad, estuviesso cierto, que desde aquel punto hacia la de la obediencia.

No es decible el regozijo, que ocupó á aquel corazón hasta entonces angustiado, y con quanto gusto prosiguió en sus gloriosos trabajos, y empresas apostolicas, considerando, que todo lo que hacia lo hacia puramente por obedecer. Assi comprobó los maravillosos dictámenes, que tenia cerca de la obediencia. Un Padre, que

le trató mucho, y le acompañó algunos años, dice: que le repetía muchas veces; si à V. Reverencia le ordena la obediencia it à espantar las moscas del Refectorio mientras come la Comunidad, y para ello es necesario dexar la conversión de un mundo de gentiles, dexela, y vaya muy gustoso á ahuyentar las moscas. Como por el contrario, si le mandan, no solo ser Rector, sino tambien ser Papa, sea Rector, y sea Papa, pero con número singular procure hacerlo todo muy bien hecho.

El primer dictamen lo comprobó en el caso referido, y del segundo le puede decir, que fue una prueba real toda su vida, en toda ella executó con la mayor perfección possible quanto le mandaron. Lo que mas repugnó su grande humildad, fue el ser Superior; pero obligado à hacerlo, hizo su oficio con la mayor exacción, que puede ser. Del mismo modo se empleó en el ayudado, y gobierno de los Colegiales, en la lectura de gramática, y Philosophia, en todas las tareas, y ocupaciones de Missionero; practicando assi aquella maxima, que tan impresa tenia en su corazon, de amar à Dios, haciendo bien todas sus obras, y acciones. A la santa obediencia pertenecia la fiel guarda, y observancia puntual de nuestras constituciones, y reglas; mientras vivió el Padre en los Colegios era un espejo de observancia, guardando aun los apices mas menudos; quando vivia en las Misiones solia decir, que la religion, y observancia regular no estaba aliçada à los Colegios, sino à las personas, que debian observar en todas partes las santas reglas. Las observaba el Padre en aquellos desiertos, como si estu-  
viera

viera en el Colegio mas regular, guardaba, en quanto se podia, la religiosa distribucion de las horas, dando su tiempo señalado á los exámenes de conciencia, oracion, y leccion espiritual, y es buena prueba de que aun allí estaba en los apices mas menudos, por el caso, que de su misma voca se supo, y se refirió ya en la expedicion de descubrir el golfo Californio. Entonces con las fatigas de la navegacion, con los grandes calores del Verano, con las incomodidades del mar, alimentos salados, y aguas gruesas, quales son las que se hallan de ordinario en las costas, á que se añadia ser el Padre muy calido de complexion, se llenó de llagas muy peligrosas, y conociendo, que estaba su remedio en detenerse en tierra, no lo quiso hacer, y se embarcó luego que el Piloto dixo, que lo hiciera, solo por la tal qual sombra de Superior, que en el navio tenia, arguyendo, que debia obedecerle; porque nuestro Padre San Ignacio manda obedecer á el enteramente en las enfermedades, por los visos de Superior, que entonces tiene, los quales concurriendo entonces en el Piloto, debia ser obedecido. Quiso Dios, que mejorara, pero ya de su parte havia sacrificado su vida á la obediencia, del que solo tenia una muy lijera sombra de Superior, obedeciendo en él á aquel Señor, que fue obediente hasta la muerte, y manifestandote imitador suyo muy perfecto, y puntual observante de los apices mas menudos de nuestras santas reglas.

No solo guardaba estas con la exaccion, puntualidad, y cuidado, que se ha dicho, sino que llegó á preocupar con propositos los peligros, que podia haver de qualo

qualquiera, aunque lijera, transgression. Quando fue señalado á ser Philosophia, no solo hizo el proposito de no intinuarle á cerca de los discipulos, que deseaba, esperando los que Dios le embiase por medio de la obediencia, sino que lo repetió varias veces, y haviendo de ir á vér á el Padre Provincial, volvió á conbórarlo, añadiendo lo siguiente. Con la ocasion pudo caer como flaco, buelvo á renovar el proposito de no intinuarle á cerca de los discipulos, sino que todos, como nos manda la regla, los dexo á la disposicion de la obediencia, esperando los que el Señor me embiare, y los que fueren del agrado, y gusto de nuestra Señora. Hasta aqui las clausulas de sus apartamientos, en que manifiesta bastante, que no solo no queria tener accion, ó movimiento alguno, pero ni afecto, ni deseo, que no fuesse muy cesido á la obediencia, y muy ajustado á el taller de santidad, y perfeccion, que contienen en si las reglas de la Compañia.

## CAPITULO XXVI.

### *De la grande mortification del Venerable Padre.*

SI SE ATIENDE LA SERIE TODA DE SU trabajo á vida, se hallará en ella, que cumplió perfectamente la que ordena nuestro Santo Padre que busquemos la mayor abnegacion, y continua mortificacion en todas las cosas posibles. No necesitaba mas el Venerable Padre Ugarte para merecer la calificacion de hombre verdaderamente penitente, y mortificado, que

el ordinario marò, que se daba, y los trabajos continuos que tomé para dilatar la christiandad. Perpetuo se puede decir, que fue su ayuno, pues de más de las largas temporadas, en que no era otro su sustento, que frías silvestres, quando lograba vivir en la quietud de algun Pueblo, no tenía mas comida, que carne de toro feo, y mal cozida, lo que con maliciosa industria hacian muy frecuentemente los Indios, que le servian de coziheros, los quales habiendo experimentado, que dándole la carne á mal cozer, no podia comerla, y con esto quedaba para que la aprovecharan ellos, proseguian dándole la del mismo modo, y lo mas prodigioso, y en que reluce mas la mortificacion del Venerable Padre, es, que no solo toleraba tan rigoroso ayuno, sino que jamás reprehendió la inercia de aquellos barbaros, lo qual es tanto mas admirable, quanto se crecía la opulencia de su casa, y la delicadez en que fue educado.

Por esto tambien era no pequeña mortificacion el andar cubierto de andrajos, como regularmente andaba, y era preciso, que assi fuesse, porque entre las piedras, y espinas por donde andaba, en las continuas faenas del campo, y en los oficios mechanicos, que exercitaba, se gastaba la ropa muy presto, y era fuerza, que de ordinario anduviesse todo, y andrajosó. En todas sus expediciones, y en las ocasiones frequentes de salir á confesar enfermos, su cama era el duro suelo, sirviendole de almohada la silla del caballo, ó algun tronco. En la Mision ya diximos qual era su cama, que era mas á propósito para instrumento de mortificacion, que para descansar,

lar, y lograr el reposo del sueño. En todo parece, que estaba refuido con lo que es comodidad, y regalo, y solo se hallaba con el afán, incomodidades, y fatigas.

Grandes fueron las que tuvo en las fundaciones de los Pueblos, en que siendo necesario, como se dixo,ellan precipicios en unas partes, abrieron caminos en otras, conduciéron materiales para la fabrica de las Iglesias, cortar, y labrar las maderas para techarlas, en todo esto trabajaba el Venerable Padre como el mas pobre jornalero, expuesto á los rigores de los temporales, á los ardores del Sol, á las lluvias, y á toda suerte de incomodidades. Las mismas pasó en la fabrica de la balandra, en que tuvo sobrada materia su heroica tolerancia, y sufrimiento. Despues de fundados los Pueblos le costó no pequeño afán el imponer á los Indios en todos los oficios, que necessita la agricultura, exercitandolos personalmente todos con trabajo indecible. Pero lo mas realzado de su heroica mortificacion es el gusto con que llevaba una vida tan penosa, sin quejarse de sus trabajos, ni exagerarlos; antes bien de ordinario los disminuía, y los reducía á burlas, y cosa de chanza, simulando así su mortificacion.

Esta lo hizo sufrido extremadamente, y paciente en tolerar gustoso todos los trabajos, é incomodidades dichas, la falta de lo muy necesario, y preciso en el comer, vestir, habitacion, y demas cosas, que la vida humana necessita, y no solo esto, sino que le dió constancia de animo, y tolerancia grande en las enfermedades mas penosas, y molestas. En la dilatarada, y dolorosa de las llagas, que padeció en las piernas, jamás se aplicó remedio  
 el

algunos allí llagado caminaba por los montes y bosques, por sendas tal vez muy estrechas, siendo forzoso el rozarse frecuentemente, ya con las piedras, ya con las ramas, ya con las espinas; y más quando no llevaba defensa alguna de botas, ó algo equivalente, y en estas ocasiones en que es tan natural el quejarse, que suele ya haver prorumpido en las quejas la boca, quando las quiere impedir el albedrío, estaba tan sobre sí el Venerable Padre, que con mucha alegría continuaba su camino, divirtiéndose con alegres conversaciones al Compañero, si lo llevaba. Así lo advertí varias veces, dice un Padre, que lo acompañó mucho tiempo, me divertía el camino con la conversacion alegre, y afable, sin prorumpir siquiera en un *hay!* O decir aquí me duele, ni quejarse jamás del continuo dolor de tantas llagas. Lo mismo con la enfermedad de la toz almatica, que le quitaba totalmente el sueño, con tanta pena, y ahogio, jamás le vi tomar, ó aplicar se remedio alguno, ni menos quejarse, ó mostrar desconsuelo de tan penoso achaque. En el referido accidente de las llagas, con la mucha sangre, que de ellas salia, en secándose se le pegaba á el cuerpo la ropa, y para mudarla era necesario despegarla con fuerza, y renovar con acerbissimo dolor las llagas, compadeciáse los demás de aquel tormento, y él que lo padecía conservando su alegría, y ordinaria tranquilidad, no hacia demostracion alguna de sentimiento, como si se fluvieran en algun mar mol aquellas llagas, y no en el cuerpo propio.

Bien eran suficientes, y aun sobradas todas las cosas dichas, para que la vida toda del Venerable Padre Ugarte

ee se dixesse una mortificación continua, y su ordinario porre, y trato una austeridad demasada, pero como si todo ello fuera poco, ó fuera nada lo mucho que trabajaba, y padecia, añadió muchas voluntarias adiciones del cuerpo, y maceracion de la carne. Desde muy niño fue inclinado á mortificarse, y hacer algunos ejercicios de penitencia, despues en el Noviciado, con manejar, y aderezar los rigorosos instrumentos, que su Maestro de Novicios contaba de sola su cordura, y madurez. aquellos santamente contagiosos le pegaron el espíritu de penitencia, y mortificación del penitentiſſimo Padre Schargoyán, y así entonces, como en lo restante de su vida, para que no acabara con ella antes al crecido rigor de las austeridades, que deſſeaba practicar, fue necesario, que le tirasse siempre el freno de obediencia. La disciplina, que se halló despues de su muerte, se puede decir, que era no una, sino muchas cadenas; pues de cada rama pendian dos estabones, lo mismo eran los cilicios, y otros instrumentos con que se atormentaba, y affigia.

Quien así supo domar la carne, y affigir el cuerpo, ya se dexa entender quan rendido, y sujeto tendria el apetito, para que se viera, y obedeciera a la razon, quan arreglados los interiores afectos, y quan vencidas las pasiones. Admirable fue este siervo de Dios en la austeridad, y rigor corporal; pero mucho mas prodigioso en la interior mortificación, y heroyco vencimiento de las pasiones. El solo sujetar la irascible en tan repetidas ocasiones, fue victoria muy esclatecida. Era el Padre de genio vivo, y fogoso, de nobles, y muy honrados proce-

eres, de alta comprehension, y grande capacidad, estaba necessitado à tratar, no solo con Indios gentiles, y barbaros, sino con otros hombres, que aunque tenian mas cultivo, y debieran ser mas racionales, eran zafios, villanos, de trato doble, y de otras propiedades, repugnantes todas à un animo generoso, y expuestas à irritar à cada passo la ira, y el enojo; pero siempre estaba muy sobre si el Venerable Padre, sin jamas alterarse, y aun quando la ocasion lo pedia, sabia mostrar la indignacion, sin passar no punto los limites de la prudencia, y claridad, enojandole con el delicto, y manteniendo el amor à la persona.

De esto se hará mejor concepto oyendo à el Padre, que por mucho tiempo lo acompañó, y fue testigo ocular de estas heroycidas. Como su Reverencia fue Superior, dice en su informe: quasi siempre tuvo el cuidado de los soldados, le dieron muchissimo que merecer; pero como ellos decian, y lo oyo muchas veces: aunque el Padre Ugarte le hagan el mayor agravio, con entrar, y darle los buenos dias, se acobó todo. Vi varios lances pesados, ya de parte de los Indios, que le destrozaban quanto su Reverencia tenia, y de los bellacos furvientes, ya de pesadumbres, que venian de fuera, todo lo llevaba con admirable paciencia. Venia alguno con alguna molestia, y dando escusas de alguna firazon, peores, ó mas necias las escusas, que la maldad; y el Padre respondia: *bien está, bien está*, que era su ordinaria frase en estos casos. Hasta aquí el informe de dicho Padre, en que se vé quan vencida, y sujeta tenia el Padre Ugarte la irascible.

Ni sujetó menos el natural innato afecto à la carne, y sangre, y amor à los parientes. Desde que los dexó entrando en la Compañia, tuvo por dicha à sí (segun nuestro Sto. Padre lo encomienda) la palabra de Christo: *Qui non odit Patrem, & Matrem, insuper, & animam suam, non potest meus esse discipulus.* Hechó en olvido totalmente su Patria, y la casa paterna, tratando solo de agradecer à Rey del Cielo con la hermolera de la alma. Se esculó siempre de escribir cartas à sus parientes, y recibendolas de ellos no respondia, y solia decir: Dios los ayude, yo no tengo ya parientes.

Quan enfiñado, y sujeto tenia el appetito que domina tanto à los hombres, de honras, aplausos, y propria estimacion, se conoce muy bien, por lo mucho que se dixo de la humildad profunda del Venerable Padre, quien como ingenuamente confessó à su Hermano el Padre Pedro, uno de los impulsivos que tuvo para su ida à California, fue el huir las estimaciones, que en la Provincia se hacian de su persona, y las que en aprecio de ella manifestaba el Excelentissimo Señor Virrey, Conde de Montezuma, quien tenia en mucho, y seguia sin replica el dictamen del Padre Ugarte, en qualquiera determinacion, aunque fuese en la mas ardua, y grave materia. El Venerable Padre por el contrario, queria tan mortificado, ó muerto el juyzio proprio, que siempre rezelaba el que se siguiera, y descaaba, que prevaleciera el ageno, manifestandole en todo perfectamente muerto al mundo, y al amor proprio.

De este deshacimiento del proprio amor, y de todas

das las cosas propias pudieran alegarse muchos exemplares. Si va por todos, lo que le sucedió con la balandra, que era fuerza, que la mirara como cosa muy propia, como obra, que era de su ingenio, y de sus manos, en que havia trabajado inmensamente, y no solo le havia costado muchos afanes, sino tambien el sufrir muchas contradicciones, y molestias. El Padre que estaba en el presidio resolvió deshacer, ó quemar dicha balandra; por que el contra-maestre, y otros oficiales havian informado, que estaba ya tan maltratada, que no seria facil componerla, ni se podia navegar en ella, sin conocido riesgo. Escribió dicho Padre esta su determinacion á el Padre Procurador, quien ya estaba para partirse, para visitar las Californias; llegando á el Puerto de Mazatlan, donde la balandra estaba, la hizo reconocer, y regatrar con mucho cuidado, y halló ser muy siniestros los informes, que se havian dado del estado de ella, y por persuadir á el Padre, que estaba mal informado, y que no havia el peligro, que exageraban los oficiales, se adelantó el Padre Visitador, y en el Puerto de San Lucas se embarcó en la misma balandra, para probar assi con la evidencia, que no estaba en el fatal estado, que decian. Con esto en llegando á Californias arrojó el designio del Padre, que queria deshacerla, y dió orden de que la hicieran varar; puesto que por entonces no havia de ella necesidad, por haverse comprado un barco de quenta del Rey, y aderezadose otro, que el año antes havia quedado perdido. Si va muy Lien el Apostolico Padre Ugarte, el mal informe, que havian hecho á el Padre, del Presidio, y

sus intentos cerca de la balandra, y la comtaria deter-  
 minacion, con que los impidió el Padre Visitador, y no  
 obstante, que sabia todo esto, y en muchas ocasiones le  
 trató de la materia, en ninguna de ellas desplegó sus ha-  
 bios el Padre Ugarte, ni dixo la mas minima palabra, en  
 que manifestasse alguna de razon, ó sentimiento, de que  
 se intentasse deshacer, y perder una obra, que con tanto  
 trabajo, y molestias suyas se havia hecho. Dentro de tres  
 meses se perdió uno de los dos barcos, y la necesidad ur-  
 gente hizo hechar mano de la balandra del Padre Ugar-  
 te, que sirvió muy bien en lo que se necesitaba; pero ni  
 entonces, que era muy natural sacar por su obra la esta, y  
 alegar á favor de ella lo proprio, que se estaba viendo, lo  
 hizo el Padre, ni dixo cosa alguna, tanto, que admirado  
 el Padre Visitador de su sufrimiento humilde, y profunda  
 silencio, le hubo de preguntar: como nada havia dicho,  
 ni hablado en la materia? A que con grande encogimi-  
 ento respondió estas precisas palabras: Como sabia, que  
 yo hablasse en la materia, si á la balandra la miro como  
 cosa mia? Y con razon la podia llamar cosa suya; pues  
 á mas de su personal trabajo, y afán, havia hecho en ella  
 muchas expensas, pues de el importe de los frutos de su  
 Mission gastó mas de tres mil pesos, sin lo que pidió pre-  
 lado de otras parts, y con todo callar, no alega razon  
 alguna quando se intentaba destruir por nuestros infor-  
 mes, pruebas de un animo sumamente mortificado, y  
 que tenia muy arreglados todos los afectos, y passiones.

## CAPITULO XXVII.

*De las devociones que tuvo el Venerable Padre.*

**D**EL TIERNISSIMO AFFECTO, AMOR, Y devocion, que tuvo á la soberana incomprehensible Magestad del dulcissimo Jesus Sacramentado, hemos dicho bastante tratando de su viva fé, este fino amante nuestro en aquel mysterio divino, que no lo es menos de la fé, que del amor, fue el imán que arrastró los afectos, y robó el corazon del Venerable Padre, quien por esso se enamoró tanto en todas las cosas pertenecientes á su culto, y que conducian á su mayor veneracion. A este afecto, y amor entrañable al hijo, es coniguiente la cordial devocion de la divina Madre. Grande fue la que el siervo de Dios tuvo á MARIA Santissima nuestra Señora; desde sus tiernos años se acogió á la sombra de su materna benignidad, y piadoso patrocinio, mirandola como á su Madre desde entonces, y deseando siempre servirle, como hijo verdadero.

Con la edad fue creciendo en esta tan oril, loable, y necessaria devocion, tanto, que ella pataca que le hizo mudar de genio, y de naturaleza; pues siendo de su genio muy ageno, y aun repugnante la ternura, con MARIA Santissima se enesencia de modo, que parece, que se derrete su alma, y desfallece su espíritu con aquel deliquito amoroso, que experimentó en si la Esposa tanto, que ocasiona la misma ternura á los que regi-

van sus apuntes. Allí la llama su Señora, su defensora; su abogada, su remediadora, su protectora, su Madre, y asimismo se nombra con afectuosísimos títulos de humilde submission à esta Reyna Soberana, llamándose: *Abjectissimus famulus, servus MARIE in æternum, indignus filius*, y otros renombres semejantes. Correspondientes à estas expresiones eran los obsequios; engrandecia à la Señora con los mas realzados, y sublimes elogios, que declaran mejor la incomparable alteza de su elevada dignidad, y gloria, llamandola *Mater Dei, Mater admirabilis, Mater Salvatoris, Mater salutis animarum*. Y aplicandole otros encomios à el modo de estos.

No quedaba la devocion en solo elogios, y alabanzas, sino que añadia el mas abonado, y cierto testimonio del amor, que son las obras. A más de las muchas mortificaciones, penitencias, obras de misericordia, y otros muchos obsequios, que diariamente tributaba à la Soberana Empatriz del universo, con el tributo del Rosario, que observó rezar toda su vida inviolablemente, sin que los mas graves ocupaciones, ó negocios jamás se lo impidieran; prevenia las solemnidades con devotas Novenas, en que mas se esmeraba en obsequios, y servicios extraordinarios, observando siempre con inviolable constancia la santa, y muy loable costumbre de nuestro Noviciado, en que nuestros Novicios se determinan las Novenas, y se disponen para celebrar las principales fiestas de nuestra Señora, con las que llaman flores, y en una grande lista, que ofrece cada uno de ayunos, disciplinas, horas de oracion, y otras muchas obras de

de devoción, y penitencia. Todos sin expresar su nombre hecharon la lista en una urna, para este efecto destinada, la qual el día de la festividad se abrió, y presente la Comunidad, para la común edificación, y recíproco aliento de unos, y otros, se leen todas las cédulas, que allí se hallan. El observar este arroyel de mortificaciones, penitencias, y otros muchos obsequios de nuestra Señora, practicados en los días, que á sus fiestas preceden, fue devoción, que guardó siempre el Venerable Padre, y el tiempo que su Reverencia vivió en Mexico de Ministro, y Maestro en el Colegio de San Pedro, y San Pablo, escribía su lista, y la enviaba á el Padre Ministro del Colegio, y Noviciado de San Andrés, para que la hechara en la urna entre las de los Novicios.

Con el mismo zelón, y cuydado observó tambien otra devoción, y fue, rezar indefectiblemente todos los días una oración muy devota dictada de su zelo, la qual dispuso para pedir á MARIA Santísima la salvación de las almas, y conversión de los gentiles, á imitación de la que compuso el glorioso Apostol San Francisco Xavier, para pedir lo mismo á nuestro Señor. Al fin de ella le pedía á la Señora, que lo quisiese por su Capellan en aquellas Missiones de Californias, que les llamaba de MARIA Santísima, no solo en lo espiritual, mas tambien en lo temporal. Esta su grande devoción le hizo advertir, que habiendo ofrecido la Catholica Magestad del Señor D. Carlos II. quarenta mil pesos anuales para aquella Conquista, no se admitió por varios motivos, y despues sin un real del erario de su Magestad se havia conseguido con

el piadoso patrocinio de la Soberana Reyna, y assi que solos cinco hombres, como otras tantas letras del Santissimo Augusto nombre de MARIA, ó piedras de David, pudieron vencer quatro Naciones, no teniendo mas trincheras, que una sola tienda de campaña, que servia de casa, y de Capilla á la Santissima imagen de nuestra Señora de Loreto.

Advirtió mas, y adelantó la reflexa su cordial, y tierna devocion, observando, que los que havian intervenido, y con especialidad cuidado de esta Conquista, como cosa propia, ó como casa de MARIA tenían el nombre de Joseph ó de Juan. Assi el Excelentissimo Señor Virrey, Conde de Moctazuma, Don Joseph Sarmiento de Valladares, el Sr. Fiscal D. Joseph de Miranda, D. Juan Caballero, y Ocho, el Venerable Padre Juan Maria de Salvanerra. No se contaba en este numero por su grande humildad; pero debiera hacerlo, siendo otro Juan, á quien se debió en gran parte la Conquista, y en el todo, la permanencia, conservacion, y aumento de aquellas Misiones; mas olvidado de las propias glorias, solo celebraba las ajenas.

Escibiendo á Don Juan Caballero le decia en una carta: *Ecce Mater tua*, en otra al Señor Fiscal: *Noli timere accipere MARIAM*. Escibiendo en otra ocasion á el mismo Señor, le dice, V. S. es Joseph, y á Joseph le encargó Dios el cuidado de la casa de Nazareth, y despues en la misma carta le prosigue diciendo: en cierta parte supo, que algunos havian dicho, que los Padres de la Compañia havian emprendido esta Conquista por sus

intereses, y conveniencias; no eran estos como V. S. que averigua los trabajos, y necesidades, que padecen los Padres para socorrerlos, y no, que tantas perlas hay (las quales los Padres no cogen) para buzearlas. Mas yo creo, que no se fueron à Roma por la respecta; pues aunque yo no he militado, tengo humor de soldado, y lo soy de Californias, y se facer la cara, y con la adarga del sufrimiento aguardar el golpe, y despues con la espada de la razon tirar una valiente estocada, aun à el mas grande, en defensa de MARIA Conquistadora. Que no le que trae consigo el ser de la guarda de la Señora, que hace valientes: *Sexaginta fortes ambiunt, omnes tenentes gladius, Et ad bella doctissimi*. Y allí V. S. toma tambien la espada, que espero en la Señora, que no será para que tiremos revazes, sino derechos, de los muchos que sabe el Señor Fiscal en la valiente, y doctissima Jurisprudencia. Es obra de MARIA, y allí la debemos defender. Hasta aqui dicha carta, en que se vé, que miró el Venerable Padre à aquellas Misiones, como cosa muy propia de MARIA Santissima.

Mirandolas pues de esta suerte, son evidentes pruebas de la cordial devocion, y tiernissimo afecto, que le tuvo, todo lo que en ellas hizo, y trabajó; si no es que digamos, que consiguió la Conquista tan difícil, que se reputaba ya imposible, por la devocion tan grande, que à la Soberana Reyna le tenia. Lo cierto es, que el Padre se lo pedia à la Señora incessantemente, y que ella lo ayudó en todo, dando feliz suceso à todas las empreßas suyas en que entró para dilatar la fé, y establecer la reli-

gion christiana; lo libró con su proteccion de tan repetidos peligros de mar, y tierra, de enfermedades, y assechanzas de enemigos, le conservó la vida, para que le empleara en servicio, y gloria de Dios, en amplificar el Reyno de Christo, fixando el real estandarte de su Cruz en lo mas remoto, hasta el ultimo cabo del Sur, y extendiendo la fé por mas de trescientas leguas de sierras asperísimas, y encumbrados montes. En todo esto experimentó el favor, y proteccion de MARIA Santissima, de quien se professaba tan devoto.

A esta devocion de la Purissima Virgen, para que le fuera mas accepta, y agradable, añadió la de su Castisimo Esposo, y estimativo Padre de Jesus, el Santissimo admirable Patriarcha Señor San Joseph. Mucho se esforzó el Venerable Padre en obsequiar à este grande Santo. Es prueba de ello la hermosa Capilla, que le erigió en el Colegio de San Gregorio, ennoblecida hoy con una Congregacion muy devota, y muy ilustre. A este gran Protector, que habiendo obtenido en la tierra el empleo mas sublime, de que es capaz un hombre de ser Padre, aunque estimativo del mismo Dios, no tiene en el Cielo cosa reservada, y tiene una eficacia summa su intercession, y ruego, le encomendó el Padre lo que tanto deseaba, que era el ir à emplearse en la conversion de la gentilidad à las Californias, donde llegó por visperas del mismo Santo, quien manifestó allí haver interpuesto su supplica para el buen despacho de tan santo deseo, cuya consecucion reconocia el Padre Ugarte à el Patriarcha Santissimo, dandole por ellas repetidas gracias, y tributandole frequentes obsequios. Tam

Tambien se estimó mucho en el filial amor, respetoso cariño, y cordial afecto á nuestro Inclito Patriarca, y Santísimo Padre San Ignacio de Loyola, y si bien le hacia muchos obsequios, el principal de todos, y el que más aprecia en sus hijos el Santo, fue la guarda fiel, y exactísima observancia de sus santas reglas, de que fue tan puntual observador, como ya diximos. Fue asimismo cordial la devoción, que tuvo á el grande, y admirable Apóstol del Oriente San Francisco Xavier, y la manifestó bien en el empeño singular con que imitó su vida, y sus virtudes, su abtalado zelo de convertir indios, sus gloriosas proezas, sus heroicos trabajos, y apostólicas correrías: dedicóle uno de los Pueblos, que fundó, y lo ennobleció con su nombre, y haviendo puesto allí telares para que textieran frezadas los Indios, la vispera del Santo les repartia á ellos mismos todas las que havia hechas, para que cubiertos con ellas asistiéran el dia á los divinos officios, y despues las llevaran para tener en sus casas con que abrigarse: sirviendo esto para que aquella gente conciviera alguna devoción, y afecto á el Santo Apóstol, á quien todo el tiempo, que vivió en su Pueblo el Padre Ugarte, juntando á los Indios le hacia su Novena con la mayor solemnidad posible.

Veneró tambien con afecto especial á el sagrado Precursor de Christo, con cuyo nombre estaba ennoblecido; y es cierto, que convenia muy bien el nombre con la vida, y acciones del Venerable Padre, que en aquellos desiertos era voz, que sin cesar aclamaba; y las austeridades, ayuno, y desnudez en que vivió, eran muy semejantes

res á las asperezas, que el sagrado Baptista practicó. Muchas otras devociones tuvo el Venerable Padre, que fuera cosa larga referir, y de ordinario le ocupaba en obsequiar, y servir á los Santos, robándole el afecto la semejanza, que tenia con ellos en la santidad de la vida.

CAPITULO XXVIII.

*De los Dones con que enriqueció el Señor á su Siervo.*

**L**OS EXTRAORDINARIOS TALENTOS, Y dones naturales, que concedió el Señor á este su Siervo, bueno, y fiel, fueron muy grandes, y escogidos, como se vé por lo que se ha dicho; con todos ellos supo negociar con grande diligencia para restirarlos con logro, y multiplicó con ganancia de la alma propia, y de las ajenas. Empleó el Venerable Padre su claro entendimiento, despejada capacidad, y elevada comprehension en inclinar su corazón desde los tiernos años de su Juventud á seguir para siempre los caminos de la Justicia, y virtud, aspirando de continuo á remontarse á la elevada cumbre de la perfeccion, y santidad. Y habiendole dado su nombre á la Compañia de Jesus, tuvo siempre presente el fin porqué deben anhelar los soldados de esta Milicia, que es no solo atender á la salvacion, y perfeccion de las almas propias con la gracia divina; mas con la misma intencionalmente procurar ayudar á la salvacion, y perfeccion de las de los proximos. Por esto des-

pues de procurar perfeccionarse á sí, procuró de hacer Buenos, y perfeccionar á los otros. Valióse de su grande entendimiento para discutir medios, con que lograr la conversion de grandes pecadores; y consiguió muchos para hallar arbitrios, y trazas con que lograr la conversion de los gentiles, y facilitar la Conquista de Californias. En este empleo, no solo su capacidad de (medida, sino todas sus habilidades, y las que llamamos gracias comunemente, valiendo de todas, y haciendolas medios para que entrasse por los sentidos la fé en los Indios incultos, y barbados, capaces solo de percevir cosas muy materiales.

El disponer la tierra, sembrarla, y coger el fruto, el ingerir nos arboles con otros (en lo qual tuvo especialissimo talento) lo moralizaba todo, y lo aplicaba á lo que hacia con ellos, y á lo que ellos debian hacer, recibiendo sus palabras como granos en el corazon, para dar frutos de buenas obras, para estár con ellas unidos, y enlazados con Christo, como lo veian en los arboles, que ingeria. De la misma suerte las demás cosas las convertia en espiritual provecho de aquella ruda gente. Para el servirion no poco las extraordinarias, y desmedidas fuerzas, que tenia el Padre, como en otra parte se informó: eran tales, que para quebrar la cadena de una pezaca le bastaba una mano; el enderezar un cañón de arcabuz, lo hacia con la facilidad, que otro enderezar una vara torcida. Estas que parecen ponderaciones, lo parecerán á los muchos sujetos verdicos, que concuerpon á el Padre, y entre otras experiencias de su tuba

lo brazo le vieron romper, y hacer astillas una cañilla  
 fuerza de caballo, de una sola puñada. Esta robustez tan  
 estraña hizo el Venerable Padre servir à la gloria de  
 Dios, y bien de los proximos; con ella confundió el or-  
 gullo, y altivez de los Indios Californies, precitados de  
 valientes, y que se tenían por muy señalados en las fuer-  
 zas, de que hacian alarde en sus frequentes luchas; mas  
 viendo al Venerable Padre quedó ajada toda su vanidad.

Se dixo en otra parte como hizo terminar la lucha  
 de dos muy valientes luchadores, poniendo à ambos en  
 tierra. Otra vez à los principios de la Conquista, vino  
 un Indio diciendole, que queria luchar con su Reveren-  
 cia. Anda de hay, le dixo, que los Padres no luchan; pe-  
 ro el barbuto sin esperar mas razones se iba acercando ha-  
 zia el Padre, que viendo su ofadia lo tomó con solos tres  
 dedos, lo levantó en alto, y cimbrandolo, como se hace  
 con una vara, lo postró en tierra, volviendole à decir no se  
 lucha con los Padres. Con esto quedaron horrorizados  
 los Indios: mas otro, que ignoraba lo sucedido, vino con  
 la misma demanda, provocando à luchar à el Padre; pe-  
 ro fue despachado como al primero. Con esto el Vene-  
 rable Padre se dió mucho à respetar, y consiguió mu-  
 chas cosas de aquellos barbatos en bien, y provecho de  
 sus almas.

Como à estos valentos les dió tan buen empleo, y  
 dió buena cuenta de ellos à el Señor, que se los havia con-  
 fiado, justo era, ya se vé, que su Magestad le consuyere  
 en cosas mas sublimes, y así fue. Parece cierto, segun  
 todas las señales, que le concedió Dios extraordinaria

luz para penetrar las cosas ocultas, y preveer las venideras. Mas de doze cartas se encontraron despues de su muerte, todas de diversos sujetos, que decian: *Parece, que Dios ha revelado á V. Reverencia lo que actualmente sucede.* Uno de los Padres Missioneros estaba resuelto á ponerse en camino, para ir á la Mission del Padre Ugarte á comunicarle cierto cuydado de una cosa interior, y muy secreta; pues á nadie la havia comunicado. Estando en esta determinacion recibió carta del Venerable Padre, en que le decia quanto le passaba, y le daba mucho consuelo en la materia; añadiendole tambien, que no era conveniente por entonces dexar sola la Mission; porque se necesitaba de su presencia en ella; y le decia mas: *Pria para animum tuam ad tentationem.* Y luego de allí á pocos dias sucedió la sublevacion de los Indios, quienes quemaron la casa del Padre; y este se vió en grandes peligros.

Hablando confidencialmente el Venerable Padre con otro Missionero, y tratando de su empresa del descubrimiento del Golfo, le dixo lo siguiente: me havia prometido un sujeto (á este lo mentó por su nombre, porque era muy notorio lo sucedido) que me avisaria para el descubrimiento; con este seguro solo embarqué lo preciso hasta el paraje, en que dixo me esperaba. Antes de llegar allá soñé (porque ha de saber V. Reverencia que mis sueños son especiales) que vino á encontrarme un sujeto, que yo no conocia, y luego me contó cierta historia, ó que era de un Carpintero, de donde sacaba que nada traía con que avisarme. Con esto me puse en que no havia, que esperar locoito. Toda mi duda estaba en

que yo havia conocido en Mexico al sugeto de la promesa, y me parecia distinto del que vi en sueños. Presto sali de la duda; porque habiendo llegado al paraje vino el dicho sugeto muy mudado de como en Mexico lo havia yo conocido; pero ni mas, ni menos de como lo havia visto en sueños; y luego que me saludó, me dixo: Oiga V. Reverencia un quento de un Carpintero, y de este quento sacó, que nada traia.

A modo de este, como ya dirémos, tuvo otros varios sueños el Venerable Padre, de coys profunda humildad es creible, que disfrazaba sus predicciones con este nombre, y dado, que realmente fuesen sueños, no dexaron por esto de gozar los fueros de varicinius. Sueños fueron los de el gran Patriarcha Joseph, y la verdad, y realidad de los sucesos, dió á conocer, que eran illustres Profecias. Una muger en el Presidio de nuestra Señora de Loreto estava muy affigida, porque havia muchos dias, que no tenia noticia de su marido, que havia ido en una pequeña canoa al buceo de las perlas. El Venerable Padre, que con su ardiente charidad anhelaba siempre por consolar, y remediar á todos, se le hizo escotadizo á la desconsolada muger, y le dixo: no te affigas, que yo he soñado, que breve ha de venir tu marido, y lo vi, que le havia ido muy bien en el buceo; por señas, que todas las perlas tiene amarradas en un trapilo blanco. Vino dentro de breve el marido, preguntóle la muger como le havia ido: El respondió, que muy bien; y luego añadió, sacando un embobitorio, aqui trahigo todo lo, que he cogido en este trapo blanco.

Havia ido de nuevo un Padre à las Californias, à quien el Venerable Padre jamàs havia visto, conocido, ni tratado. Ofreciose hablar de dicho Padre, que havia venido, con otro sujeto, à quien le dixo el Padre Ugarte. Yo he visto en luenos à esse Padre, y tiene estas, y las otras señas, describiendolo muy por menudo por su fisonomìa, facciones, y estatura. Llegó allí al cabo de algunos dias el Padre, con todas las señas puntualmente, que havia dado el Padre Ugarte, de que quedó no poco admirado el que havia oido su descripcion.

Estando en la fabrica de la balandra, iban faltando los bastimentos, con esto los oficiales iban perdiendo el animo, y daban no poco, que hacer, y padecer, no solo à el Venerable Padre, sino tambien à el Proveedor, que repartia los alimentos, viendolo por esto acongojado, y affigido, le dixo: es no se congoje demasiado, y sepa una cosa: estando yo una vez en la contra-costa, adonde havia ido à confessar un enfermo, soñé que estava debajo de un cerrito fabricando una balandra, y que la gente se hallaba descontenta por la falta de vestimentos. Estando en esto dixo uno: *vela, vela*, y vino un barco con bastimentos, y luego vino otra embarcacion, y despues otra. Yo entonces no pensaba en hacer tal balandra, ni en este paraje. Ya se hace la balandra, y estamos en este paraje debajo del cerrito, que ví; ya está descontenta la gente, lo que falta es, que diga alguno, *vela, vela*, y vayan viniendo las embarcaciones. Todo sucedió assi, y à la letra se verificó el sueño. Siendo esto tanto mas admiralbe, quanto en lo humano ninguna se esperaba con cer-

teza, y solo de una havia alguna probabilidad, que daba esperanza de que vendria.

Eneron en cierta ocasion dos Soldados á la Misión del Padre, pretextado querer confesarse, aunque en la realidad los llevaba otro fin; apenas entraron fijando los ojos en ellos, les dixó: no vienen cierto con intentos de hacer confesion verdadera, ni tienen dolor de sus culpas; lo que los trae son estos, y los otros motivos, y les descubrió todo quanto en su interior tenían. A uno de los nuestros, que estuvo algunos años en Californias en el estado de Hermano Coadjuvór, le predixo el que seria promovido despues á el grado de Sacerdote, y lo mucho, que havia de trabajar en beneficio de las almas, como á la letra se cumplió.

Otro soldado se hallaba muy afligido, y sumamente disgustado con la muger, con que poco tiempo antes havia contrahido matrimonio: era dicha muger moza, y de salud robusta. Habló el soldado con el Venerable Padre, manifestandole su desconsuelo, y pidiendole licencia para ausentarse: así por el disgusto, que con la muger tenia, como por el, que sus parientes con él, por motivo del casamiento, que lo havian tenido muy á mal, y disgustado mucho de él. Sostególo el Venerable Padre, diciendole, que se aquietasse, que muy en breve se quieria la causa de su desazón, y le daria Dios paz, y tranquilidad. Así sucedió pues; de allí á pocos meses le dió á la muger una enfermedad con que acabó la vida, y con ella terminaron las congojas del afligido soldado.

Un P. que estuvo algunos años en aquellas Misiones,  
dice

dice haber oído á algunos soldados, que no era posible callar pecados en la Confessioná el Padre Ugarte; porque aunque ellos dixeran, no hay esta cosa, que decir, les replicaba el Padre, ó que no havian examinado bien su conciencia, ó que porque callaban tal cosa, que era de mayor importancia. Ni un solo pecado, sino todas las culpas, segun la especie, y numero referia á algunos. Uno por uno refirió todos sus pecados á otro soldado, que seria grave dificultad en referirlos. De esto se originaban dos efectos muy apreciables; el uno el amor, y obediencia al Padre, y el otro la detestacion, y aborrecimiento á la culpa;

Esto es, lo que cerca del espíritu Prophético del Padre Ugarte deponen los que informan de su vida, y es cierto, que ni de esta, ni del ajustadissimo porte, que tuvo en toda ella, es ageno este dón gratuito, con que soe el adorar el Señor á sus siervos. Y no seria mucho, que le otorgasse su Magestad la luz de la Prophecia en recompensa de aquel continuo, y filial recato, con que se acogia á su soberana bondad, y benignidad: assi que empezaba algun negocio; mientras lo continuaba, y quando lo concluia. Con esto es creible, que quitaria Dios de su entendimiento aquella obscuridad, por la qual no se pueden ver las cosas de otras, y venideras, y le alumbriaria para estos, ó aquellos medios, con que discernir las disposiciones presentes, y los efectos futuros, como si tuviera presentes los secretos de los corazones, y los futuros contingentes.

Si bien esta razón persuade haver estado eni-  
que

quecido, y adornado de la luz de la Profecía, y Venere-  
 ble Padre, no habiéndolo en la materia toda aquella segun-  
 didad, que se necessita para pillar con firmeza; y mas quan-  
 do el ser de su entendimiento tan delpietro, y perpicaz  
 lo hacia ser muy reflexivo, y que podia sacar por ilacion  
 muchas cosas; cada uno dara el silencio, que quisiere, á  
 que nro espíritu Profetico. Lo que puede creer todos  
 sin la duda mas leve, ni tezeló, es que fue un Varon ad-  
 mirable, dotado en lo humano de singulares prendas, y  
 talentos, adornado con todos aquellos dones, que hacen  
 á un hombre estimable, que toda su vida fue muy ajusta-  
 da, y conforme a la divina voluntad, que practicó todas  
 las virtudes en grado heroico, que tuvo un ardientissimo  
 zelo del bien de las almas, por cuyo provecho hizo, y pa-  
 deció cosas muy arduas, y admirables. Testigo fue de  
 estas cosas la universal Provincia el tiempo, que vivió  
 en ella, del qual la mayor parte fue en los principales Co-  
 legios como es el Maximo, y el Noviciado. Testigos  
 todos los fugatos, que le vieron, y conocieron en las Mis-  
 siones, y admiraron sus proezas, propias de un esclareci-  
 do Apostol. Con esto, sin buscar otras cosas, que si vea  
 solo para a admiracion, se halla en la vida del Apostolico  
 Padre Ugarte el fin principal para que se eliben las  
 vidas de los grandes, y esclarecidos Varones, que es la  
 edificacion, y el exemplo. Mucho tienen en esta, que  
 imitar todos los Religiosos, mucho, que aprenden los  
 Misioneros, y todos los que se dedican a cuidar del es-  
 piritual provecho de los proximos. Quiera la divina  
 Magestad, que asu sea, que con su leccion todos se ex-

giten á concevir grande amor á las virtudes, á arder en  
Apostolico zelo del bien de las almas.



A mayor honra, gloria, y  
alabanza de Dios.



# INDICE

- Cap. I. Patria, Padres, y educacion en sus primeros años del Ven. P. Juan de Ugarte. Pag. 1.
- Cap. II. De sus primeros estudios, y vocacion á la Compañia. Pag. 7.
- Cap. III. Su entrada en la Compañia, y fervores de su Noviciado. Pag. 12.
- Cap. IV. Da principio á sus estudios, y hace en ellos progressos muy lucidos. Pag. 15.
- Cap. V. De sus restantes estudios. Pag. 21.
- Cap. VI. De otros empleos en que ocupó la Obediencia al Padre Juan de Ugarte. Pag. 29.
- Cap. VII. Es asignado el Padre Juan de Ugarte para enseñar en Mexico la Philosophia. Pag. 35.
- Cap. VIII. Es el Padre Juan de Ugarte señalado para Rector del Colegio de S. Gregorio. Pag. 40.
- Cap. IX. Entra en las Californias el Padre Juan de Ugarte. Pag. 51.
- Cap. X. Passa el Padre Juan de Ugarte á la Mission de San Francisco Xavier, y lo que hizo en ella. Pag. 58.
- Cap. XI. De otros Pueblos, que fundó el Padre Juan de Ugarte. Pag. 69.
- Cap. XII. De la fundacion del Pueblo de San Miguel, y otros trabajos del Venerable Padre. Pag. 80.
- Cap. XIII. Sale á un descubrimiento por la parte del Sur el Venerable Padre, y de un suceso notable, que acaesó en la jornada. Pag. 88.
- Cap.

- Cap. *XIV*. De las graves dificultades, que venció el Padre  
*Juan de Uarte* en la construcción de una baian-  
 dra. Pag. 97.
- Cap. *XX*. Sale el Venerable Padre á descubrir el Golfo Ca-  
 lifornico, y de otros trabajos, y peligros, que tubo  
 en el mar. Pag. 104.
- Cap. *XVI*. Del modo, y orden con que administraba los Pue-  
 blos el Venerable Padre quando estaba en ellos.  
 Pag. 111.
- Cap. *XVII*. Del porte, que tubo el Venerable Padre en la  
 persona. Pag. 123.
- Cap. *XVIII*. Santa muerte del Venerable Padre Juan de Uarte.  
 Pag. 129.
- Cap. *XIX*. De la viva fe, y esperanza del Venerable Padre.  
 Pag. 136.
- Cap. *XX*. De su eximia charidad. Pag. 142.
- Cap. *XXI*. De otros admirables exemplos de la charidad de  
 Venerable Padre. Pag. 153.
- Cap. *XXII*. De su profunda humildad. Pag. 160.
- Cap. *XXIII*. De la extremada pobreza del Ven. P. Pag. 169.
- Cap. *XXIV*. De la castidad angelica del Ven. P. Pag. 173.
- Cap. *XXV*. De la repanda obediencia del Ven. P. Pag. 181.
- Cap. *XXVI*. De la grande mortificación del Ven. P. Pag. 189.
- Cap. *XXVII*. De las devociones, que tuvo el Ven. P. Pag. 198.
- C. *XXVIII*. De los dones con que enriqueció el Señor a su ser-  
 vido. Pag. 201.

